

# CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID

# CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, FEBRERO DE 1936

# *CRUZ Y RAYA*

*SE PUBLICA TODOS LOS MESES*

*Director:*

*JOSÉ BERGAMIN*

*Secretario:*

*EUGENIO IMAZ*

*Suscripción a doce números:*

*España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.*

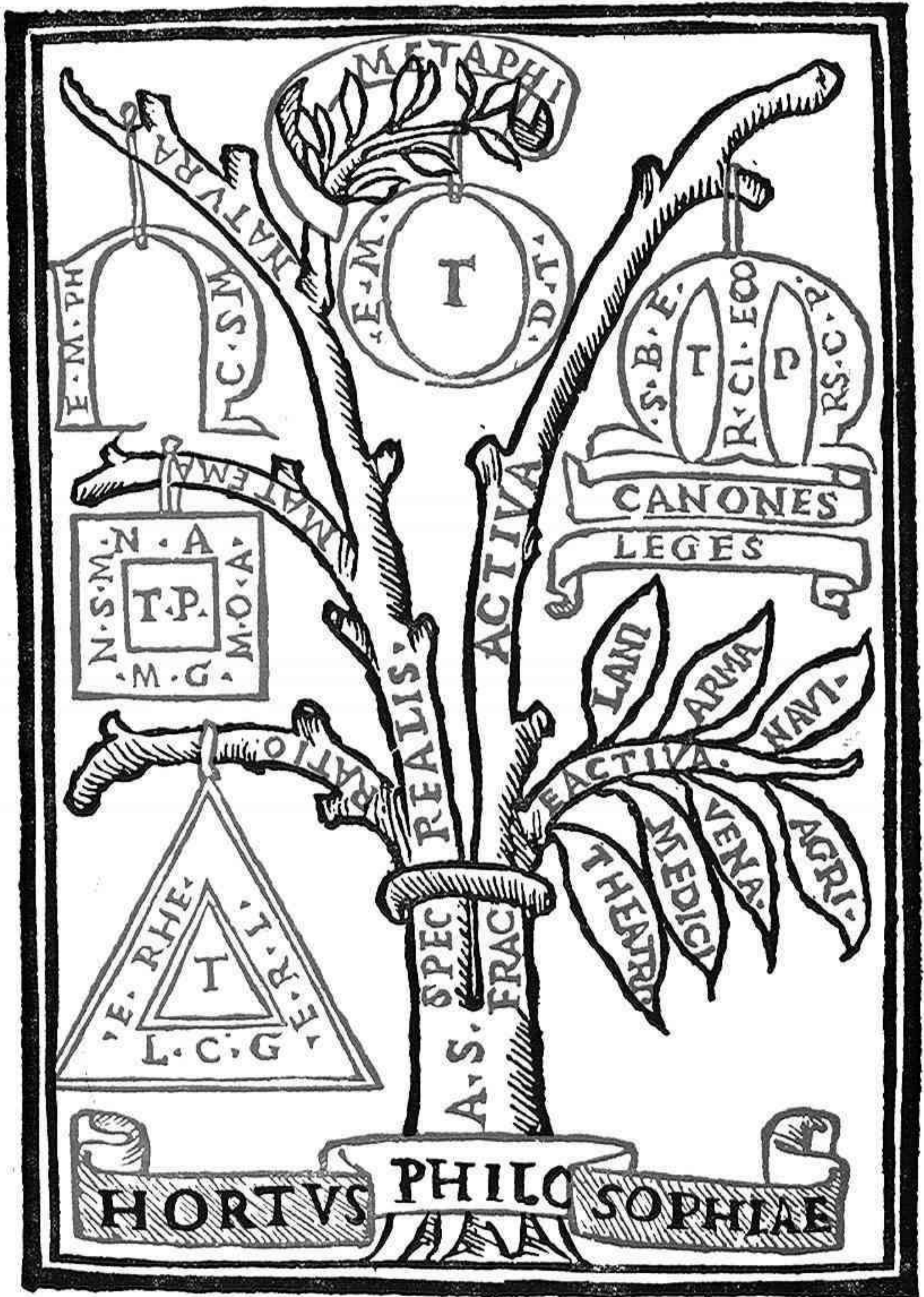
*Ejemplar:*

*España, 3 pesetas; Extranjero, 4.*

*MADRID*

*GENERAL MITRE, 5*

*TELÉFONO 17573*



## *Sumario*

*LAS HECHICERÍAS DE DON GASPAR DE GUZMÁN, CONDE-DUQUE DE OLIVARES, por Gregorio Marañón.*

*LAS DOS HEREJÍAS DE LA MODERNIDAD, por Leopoldo Eulogio Palacios.*

### *ANDREU FEBRER*

*Selección, traducción y notas de Martí de Riquer.*

### *CRIBA*

#### *LAS COSAS CLARAS*

*LA DECISIÓN DE DONOSO, por Eugenio Imaz.*

### *PASOS*

*ALGAROTTI, PERO NO TODO, por Rafael Sánchez Mazas.*

Las hechicerías  
de Don Gaspar de Guzmán,  
Conde-Duque de Olivares

*La muleta milagrosa. – Los filtros de Leonorilla. – La secta de los alumbrados en San Plácido. – El ansia de sucesión del Conde-Duque y la monja iluminada. – Los supuestos «pecados del Rey». El truhán Liébana.*



*La muleta milagrosa.*

**G**RAVÍSIMO problema era entonces — y aun hoy no ha dejado de serlo — la facilidad con que al lado de la verdadera fe religiosa crecían todas las supersticiones, milagrerías y alucinaciones, desde las de apariencia más razonable hasta las más absurdas. Y, a su lado, crecía también, porque es planta que vive en idéntico clima espiritual, la más disparatada creencia en toda clase de hechicerías. Apenas hubo en aquellos años tristes de la decadencia, espíritu que acertase a liberarse de esta plaga, entonces universal. Un hombre tan ecuánime y civilizado como el Conde de la Roca, escribía con toda naturalidad, y precisamente hablando del Conde-Duque: *El albedrío del hombre es libre; pero las disposiciones de las estrellas razonan las circunstancias de tal modo, que de nuestra voluntad obramos contra nuestra voluntad.* ¿Qué de

particular tiene que aquellos hombres interrogaran, pues, a las estrellas? Tal actitud hemos de juzgarla con la misma ecuanimidad que otras desdichas de su tiempo: porque eran los que la sufrían tan poco responsables como los que enfermaban de la peste, del tifus o de cualquiera de aquellas otras grandes infecciones que entonces destruían una población en pocas semanas y hoy han por completo casi desaparecido.

El Conde-Duque de Olivares no fué, hay que reconocerlo, dentro de la sensibilidad general, de los más insensibles a tales morbos. Creía en los mayores disparates con la misma buena fe que sus contemporáneos; y creía, además, en algunos que su situación y cultura le debía impedir aceptar. El estudio de este aspecto de su mentalidad es, no obstante, difícilísimo. Porque este orden de creencias de bajos quilates andan siempre disimuladas o cuidadosamente ocultas y sólo pueden juzgarse por indicios. Además, este punto de los errores en la fe es proyectil preferido de los españoles de todos los tiempos para lanzarlo a la cabeza de sus enemigos. No ha habido entre nosotros hombre público importante al que, al pasar por una de las obligadas fases de impopularidad que tiene toda fama, y, sobre todo, la política, no le hayan achacado, con sa-

ñudo cinismo, las consabidas inculpaciones de hereje, acomodadas a las heterodoxias propias del tiempo; y esto ocurrió, en medida increíble, con el Conde-Duque, sin duda el más odiado de los hombres públicos desde que hay noticias de la historia de España. A él, como años antes a D. Rodrigo Calderón, se le tuvo por indudable hechicero, y como tal fué denunciado, cuando ya estaba caído, a la Inquisición.

Es curioso que los que creían en sus artes mágicas supusieron que residía su poder sobrenatural — su varita de virtudes — en la muletilla que llevaba siempre para apoyarse, porque la gota le hacía cojear. Los libelos adversos aluden constantemente a su muletilla maravillosa. En febrero de 1643 se difundió, por ejemplo, un ex abrupto poético titulado *Décimas contra el Conde-Duque y el diablo que dicen trae en la muleta*, cuyo estribillo era: *dígalo el diablo de la muleta*. He aquí una muestra:

*Ahora que el mundo gime  
y que la carne padece  
porque el mundo se entristece  
y su espada Dios esgrime,  
como Quevedo no imprime*

*a más verdades, un sueño,  
si lo permite su dueño  
y los demás de la Seta (secta):  
dígallo el diablo de la muleta.*

Corrió también un epitafio que decía:

*El que a todo el mundo inquieta  
aquí yace, muerto en vida  
a causa de una caída  
sin valerle su muleta.*

Otro papel interesante y menos conocido es el titulado *La muleta del Conde-Duque de Olivares*, escrito por un partidario del valido, ya caído en esta fecha, en el que la muleta de éste, que anda sola y habla, sostiene un diálogo con un embajador, revelándole los secretos de Olivares durante la privanza y sus propósitos para el porvenir.

Los hechiceros encerraban el espíritu de sus amigos—para salvarlo—o de sus enemigos—para tenerlo en cautiverio—dentro de redomas u otros objetos. Entre éstos figuraban muletillas, como la que se suponía que utilizaba el Conde-Duque para sus magias; y así vemos que *un proceso de la Inquisición de Toledo acusó a Valeriano de Figue-*

*roa por haberse alabado de llevar a un familiar en una muletilla del Conde-Duque, con la cual allanaba todas las dificultades.*

Es fácil entresacar de todas las hechicerías que, con muletilla y sin ella, se atribuyeron a D. Gaspar las que merecen discutirse, y desechar las demás por evidentes imposturas. No obstante, citaremos algunas de éstas porque contribuyen a dibujar lo que fué el proceso de la impopularidad del Conde-Duque. Están casi todas enumeradas en el papel *Delitos y Hechicerías del Conde-Duque*. Sin contar los delitos de heterodoxia decidida y trato con judíos, etc., que se le atribuyeron, las imputaciones de hechicería propiamente dichas son las siguientes:

Puso de médico de cámara de la Reina Isabel a un hechicero llamado Andrés de León, clérigo menor y antes fraile mercenario, dos veces preso por la Inquisición. Este León perfumó y bendijo diez camisas de la Reina, *de lo cual echó unas purgaciones que impedían concebir, lo cual fué público en Palacio.*

Entró en la servidumbre real a otro hechicero, salido de la Inquisición de Cuenca (seguramente Jerónimo de Liébana, del que más adelante me ocuparé).

Tuvo comunicación con una hechicera de San

Martín de Valdeiglesias, *a la que hacía venir a Palacio y la regalaba.*

Intentó trabar amistad con un hombre que era público tenía pacto con el demonio, D. Miguel Cervellón, que se negó a tales tratos, por lo que fué a la cárcel.

No es preciso insistir sobre la insensatez de estas acusaciones. Pero no puede decirse esto mismo, sin más, de otras que examinaremos con brevedad: son las de sus tratos con las hechiceras Leonorilla y María Alvarez; los que tuvo con doña Teresa de la Cerda, priora del Convento de San Plácido, y el asunto de D. Jerónimo de Liébana, el embaucador más famoso de su tiempo.

### *Los filtros de Leonorilla.*

El asunto de Leonorilla y María Alvarez lo conocemos por un *Informe* que hizo el alcalde de Casa y Corte, D. Miguel de Cárdenas, seguramente auténtico. El resumen de esta relación es como sigue:

El alcalde Cárdenas refiere que hacia septiembre de 1622 el escribano Juan de Acevedo vino muy apresurado, por la noche, mientras él cenaba, a

denunciarle ciertos hechos en relación con *unos hechizos que el Conde de Olivares daba a S. M. para estar en su privanza*. Le refirió que Antonio Díaz Coletero, vecino de su casa, en el Barquillo, le había ido a decir que una vecina de ellos, llamada Leonor, había persuadido a la mujer de este Díaz Coletero para que le diese a él, su marido, hechizos con los que la querría más. Rehusó la esposa, temiendo que los remedios de amor pudieran dañar al esposo; pero Leonor la arguyó que se tranquilizase, pues ya estaban probados en su eficacia y en su inocencia, ya que eran los mismos que el Conde de Olivares daba al Rey para conservar su privanza. Cárdenas mandó a Acevedo, oído esto, que le trajese al Díaz Coletero, el cual, después de jurar, repitió todo lo que al escribano había dicho, añadiendo que la preparadora de los hechizos no era Leonor misma (o Leonorilla), sino una tal María Alvarez.

Cárdenas acudió en seguida al presidente, don Francisco Contreras; la gravedad del asunto lo exigía. Y aquella misma noche se fué de ronda y habló con la mujer del escribano Acevedo, que, como la mujer de Coletero, había recibido también invitaciones de Leonor; y esta escribana añadió un dato de interés, y es que el enlace entre

dicha Leonor y la componedora de los hechizos, María Alvarez, lo hacía un clérigo que vivía con nombre de hermano en su casa y que era capellán del Conde de Monterrey, cuñado del valido. Habló luego con la mujer de Díaz Coletero y repitió lo mismo. Hizo traer entonces a Leonor a casa del mismo Acevedo y se mostró muy enojada: *yo no he hecho los hechizos, decía; María Alvarez los hizo; ¿qué culpa tengo yo? María Alvarez, que hizo parir a la mujer del almirante y sabe hacer estas cosas, los habrá hecho, yo no sé nada.* Volvió Cárdenas al día siguiente a casa del presidente y le contó las nuevas noticias. Quedó Contreras muy confuso y no se atrevió a resolver nada, aconsejando que llamasen, para pedirle parecer, a Gaspar Ruiz, su notario, hombre de buen entendimiento; pero el tal Gaspar estaba *de holgura* en la Casa de Campo o en la Florida. Entonces Contreras escribió todo en un papel y se lo guardó.

Pasaron varios meses y el presidente, a pesar de los ruegos de Cárdenas, nada resolvía. Sin duda, como Olivares andaba por medio, tenía miedo. No quiso dar ni una sola orden por escrito y se negó a recibir a Acevedo y a Díaz Coletero. Entre tanto, Leonor seguía detenida en casa de un alguacil llamado Jimena. Un día el alcalde Cárdenas recibió



la visita del maestro fray Pablo Gamir, del Carmen Calzado, pidiéndole la libertad de la presa, o, por lo menos, que una persona pudiese hablar con ella. Pero, poco después, el mismo fray Pablo se lo encontró al entrar en la sala, y le dijo: *Me han dicho que la mujer por quien yo pedía está mezclada en hechicerías respecto de S. M.; guarda, guarda, ni entro ni salgo*; y asustado, se fué.

Un día más tarde, otro fraile, fray Francisco de Jesús, llamó a la mujer de Jimena, la carcelera de Leonor, a su celda. Era amigo de Olivares y le despachaba papeles. La pidió que un criado suyo pudiese entrar a ver a Leonor. La Jimena se lo vino a contar a Cárdenas y éste la dijo que no volviera al convento ni contestase.

Finalmente, antes de la Jornada de Aragón (1626), Cárdenas fué visitado por el licenciado D. Rodrigo Jurado, abogado de los Consejos, el cual le rogó una y otra vez que fuese a ver a dicho fray Francisco de Jesús. Claramente le dijo que era para hablar de Leonor, cuya vida conocía punto por punto. *El presidente Contreras, añadió, desea arreglar el asunto y no hay más obstáculo que el de vuesa merced.* Y encomió mucho la gran amistad que unía al fraile con el Conde y lo útil que, por lo tanto, podría ser para el alcalde el te-

nerle contento. Negóse el íntegro Cárdenas, y entonces el propio fray Francisco fué a su casa dos o tres veces y le habló abiertamente, sin ocultarle que era el mismo Conde de Olivares el que estaba interesado por Leonor, aunque no para nada referente al asunto que la tenía detenida, sino porque era parienta o amiga de un criado suyo. Alabó al alcalde por el secreto con que había llevado el asunto, y Cárdenas le respondió que no había ya secreto posible, pues a los testigos, los Acevedo y los Díaz Coletero, les habían querido asesinar a las puertas de sus casas y a él mismo le sucedían cosas que atribuía a un poder oculto que le perseguía. Insistió todavía el fraile para que Cárdenas fuese a ver al presidente, y éste, días después, se lo rogó también: el Conde y S. M. necesitaban la libertad de Leonor, antes de la Jornada; pero el alcalde pudo excusarse para no ir porque estuvo muy grave de un flujo de sangre. Al fin, fray Francisco se fué de Madrid, acompañando al Rey a Aragón.

Todo quedó en este estado, hasta que, habiéndose enterado Cárdenas que el presidente se retiraba de su puesto, le fué a ver y le rogó que no se fuese sin dejar resuelto este caso, a lo que Contreras se negó por ser *tan grave y confuso*. Su secretario, al salir, le confesó que era, precisamente, por

no resolver este asunto por lo que Contreras se retiraba. Por todo lo cual se decidió a dar cuenta en este *Informe* al cardenal Trejo, nuevo presidente de Castilla, sucesor de Contreras.

El papel *Delitos y Hechicerías*, menos digno de fe que esta relación, añade algunos detalles, a saber: que D. Miguel de Cárdenas obtuvo la confesión de Leonorilla por el tormento y no por la simple *amenaza de alguna vuelta de garrote*. Que el influjo sobre el Rey, ordenado por D. Gaspar, se hizo hechizando unos listones de los regios zapatos y un lienzo para las narices. Y que, al fin, el Conde de Olivares, después de la retirada de Contreras, sacó de la cárcel a la detenida, la regaló *una rica colgadura de cama* y la envió a Segovia, muy recomendada al Corregidor, deponiendo de su Alcaldía a Cárdenas, que murió en 1640, sin recobrar su puesto; esto último, cierto, como ahora se verá.

Hemos referido con detalle esta historia porque da la medida de cómo se forjaban entonces — y, ¡ay!, ahora también — las leyendas calumniosas contra los hombres públicos. No es imposible que el Conde-Duque creyese en la eficacia de los hechizos para conservar su poder, porque entonces todo el mundo creía en ellos. La literatura

sobre filtros y sortilegios para influir en el amor de los demás es interminable. De otros grandes señores de la época, como el Duque de Híjar y el Marqués de Valenzuela, del que en seguida hablaremos, se sabe que utilizaron estos medios con el intento de captar la regia privanza; la misma acusación se hizo a D. Rodrigo Calderón. Aun en el alma de los hombres superiores existen, junto a la clara estancia de las grandes creencias, rincones oscuros, restos del alma ancestral, en que anidan impensadas credulidades en el rito mágico y el azar; y es muy frecuente que ese hombre superior, que sabe bien que su destino depende de Dios y de su propia eficacia y de nada más, guarde un respeto subconsciente, como *por si acaso*, a cualquiera de las más necias supersticiones.

Pero admitido esto, como teóricamente posible, no puede darse al informe de Cárdenas más que su justo valor: el testimonio de un hombre apasionado que quería echar leña al fuego del odio popular con una historia sin trascendencia. ¡Cuántas veces en la vida pública una pretendida defensa de la justicia, de la verdad o de la moralidad es, en realidad, tan sólo arma para ofender a otros hombres y no satisfacción de la propia conciencia ofendida por la injusticia, la mentira o la inmoralidad! Pa-

rece indudable que el Conde-Duque, o alguien que tomaba su nombre, tuvo interés en libertar a Leonorilla; pero extraña mucho que el puritano Cárdenas limitase sus anhelos de esclarecer el misterio a la detención de Leonor, sin ocuparse de las dos figuras principales del aquelarre, que eran María Alvarez y el clérigo que con ella vivía. En suma, la mala intención política del alcalde es evidente. Debía ser hombre raro. Con crudo trazo nos dice la carta de un jesuíta, en 1640, que *murió miserable y pobre, en una cama de cordeles y que dejó ordenado un codicilo secreto, en que protesta haber padecido sin culpa.*

### *La secta de los alumbrados en San Plácido.*

El segundo asunto, el de San Plácido, será algún día objeto de un estudio más detallado. Aquí haré un breve resumen de los puntos esenciales. El tema ha sido fundamento de fantasías de renombre universal. En el mundo de la leyenda, el reinado de Felipe IV está simbolizado por tres grandes sucesos románticos: los amores de la Reina Isabel con el Conde de Villamediana; los del Rey Felipe IV con una actriz, *la Calderona*, de los que sur-

ge un héroe, Don Juan de Austria; y las aventuras, entre lascivas y sacrílegas, del Monarca pecador con las monjas del convento de San Plácido, que tienen el auténtico sello nacional del donjuanismo y en las que le sirve de tercero nada menos que el Conde-Duque, su privado y primer ministro. Seguramente falsos son los devaneos de la Reina y el poeta Villamediana. Certísima la historia de la comedianta y el Rey. Y en el proceso de San Plácido la realidad está tan mezclada con el delirio de una fantasía popular, sensual y pervertida por la represión, capaz de pasar, sin darse cuenta, de la pura verdad a lo monstruoso, que es difícilísimo el proceso de separación de ambos.

La iglesia y convento de San Plácido se fundaron en 1623 en Madrid, en la manzana 458 del barrio que luego se llamó de San Plácido, por doña Teresa de la Cerda y Valle, hermana de D. Pedro, del hábito de Calatrava, cuñado del famoso D. Jerónimo de Villanueva, protonotario del reino. Pine-lo enumera las monjas que vinieron a la fundación, que, por cierto, no entraron hasta el año siguiente, *a 12 de mayo, día de San Ramón, estando ya en forma decente el Monasterio*. En Mesonero Romanos y, sobre todo, en Tormo se encontrarán datos copiosos sobre este edificio, tan unido a la historia

romántica de Madrid. El convento fué derribado en 1908; pero el templo subsiste, bellísimo y menos conocido de lo que merece por indígenas y forasteros. Tiene su entrada en el número 11 de la calle de San Roque. Al derribarse el convento, se trasladaron las monjas, herederas de aquella primera comunidad tan agitada, a las Salesas Reales de la calle de Santa Engracia. Hoy, reconstruído, está de nuevo habitado por religiosas de la misma Orden.

Al hablar los libros de los sucesos de San Plácido suelen aparecer confundidos dos grandes acontecimientos, que estudiaremos separadamente: las hechicerías y embrujamientos del año 1625, y los supuestos amores de Felipe IV con una religiosa en 1638. Los datos publicados sobre ambos son muy sucintos y poco dignos de fe. Aun cuando con brevedad, procuraremos en este capítulo referirnos a documentos fundamentales y extraer de ellos la recta conclusión.

El primer acontecimiento escandaloso ocurrió el año 1628 y fué un típico episodio de la secta de los *alumbrados* o *iluminados*, cuyos orígenes precristianos estudia bien Menéndez y Pelayo. En España el primer proceso de este género aparece en tiempo del Cardenal Cisneros, y el reo fué un fraile franciscano de Ocaña que *había comenzado a pre-*

*dicar una supuesta revelación que decía haber tenido, conforme a la cual el susodicho fraile debía juntarse con diversas mujeres santas, para engendrar en ellas profetas. Esta era la esencia de la doctrina: el alumbrado, abismándose en la infinita esencia, aniquilándose, por decirlo así, llega a tal estado de perfección e irresponsabilidad, que el pecado cometido entonces no es pecado. A favor de la corrupción de costumbres del siglo XVII, la secta tuvo peligroso auge. Las sospechas de alumbrados, movidas por la maledicencia y la venganza, alcanzaron, además, a gentes intachables, algunas de las cuales sufrieron, hasta su justificación, duras persecuciones. El mismo San Ignacio y muchas de las primeras y más esclarecidas personas de la Compañía fueron sospechados de esta herejía. Pero más que verdadera heterodoxia, era el alumbramiento, en muchos casos, treta con la que seglares o frailes libidinosos embaucaban a mujeres simples, con frecuencia monjas, haciéndolas creer, en provecho de su lascivia, que los pecados, sobre todo los sexuales, eran gratos a Dios. La Inquisición persiguió duramente a estos herejes o cínicos, y en varios de los autos de fe de la época figuran reos de tal pecado quemados en la hoguera.*

De este último orden de personajes, más cíni-



cos que heterodoxos, era, sin duda, D. Francisco García Calderón, prior y confesor de las monjas benitas de San Plácido. Tenía cincuenta y seis años, lo cual hace menos excusable su desenfreno. Abusando de la enorme autoridad que tenía sobre las monjas, empezando por la priora, doña Teresa de la Cerda, provocó o contribuyó a provocar en ellas una verdadera epidemia de histerismo, que alcanzó a veinticinco de las treinta pobres mujeres que componían la Comunidad, algunas casi niñas. No hay que decir que este desequilibrio colectivo fué diagnosticado por el propio médico del convento como caso indudable de posesión del demonio. Creyeron las infelices, de la mejor buena fe, que estaban poseídas, principalmente, por un diablo feroz llamado el *Peregrino raro*, y ellas mismas describen los fenómenos nerviosos y visiones que experimentaban en sus declaraciones a la Inquisición. Son documentos clínicos de insuperable interés que tengo dispuestos para su publicación, pero que aquí no serían oportunos. Creyéndose endemoniadas, se prestaban a los conjuros y maniobras exorcistas del fraile, que evidentemente satisfacía en ellas ese instinto de dominación, reprimido en muchos hombres fracasados, que, al fin, se sacia en condiciones anormales. Enterada la Inquisición, fueron encar-

celados y conducidos a las cárceles secretas de Toledo el confesor y todas las monjas endemoniadas, más una beata, criada de D. Jerónimo de Villanueva, llamada doña Isabel de Caparroso, acusada también de iluminación y de contactos carnales con don Francisco, su director espiritual. Las sentencias recayeron en 1630, y fueron misericordiosas, teniendo en cuenta los delitos que en ellas parecen confirmados, pues condenan a D. Francisco a encierro perpetuo en un convento, con abjuración *de vehementi* y otras humillaciones, y a doña Teresa, tan sólo a permanecer cuatro años en el convento de Santo Domingo el Real, de Toledo, más las humillaciones y abjuraciones *de levi* correspondientes. Las demás monjas fueron repartidas por diferentes monasterios.

Es evidente que la Inquisición, llevada de su celo contra estas graves anomalías, se equivocó en esta ocasión. Las monjas eran inocentes de herejía. Ya en 1637 suscribieron un documento de profunda protesta de ortodoxia; y doña Teresa de la Cerda, otro de exculpación, que dió por resultado una sentencia absolutoria el año siguiente de 1638. Se dijo por entonces que este perdón se debía a la influencia del protonotario, cuñado de doña Teresa y, según algunos, antiguo novio de ella, cuando es-

taba en el mundo; y es posible, seguro, que interviniera cerca de su íntimo amigo el Conde-Duque; tenía, además, la obligación de hacerlo porque era patrono del convento. Mas no cabe duda que, aparte de estos valimientos, la revocación de la condena fué justa. La conducta de doña Teresa después de la equivocada sentencia fué ejemplar; con humildad extrema aceptó el castigo, y sólo por mandato de sus superiores escribió su exculpación. Es este papel de alto y patético interés; y demuestra plenamente, creo yo, la virtud e inocencia de doña Teresa; así lo piensan también autores tan dispares en la actitud política como Llorente y Menéndez y Pelayo. Resulta de la exculpación de doña Teresa, y también de un escrito de defensa de ella que publicó por entonces fray Antonio Pérez, monje benedictino y obispo de Urgel, que D. Francisco, el confesor, era un perturbado y un cínico; pero que las monjas, incultas, no muy inteligentes, de inexperta juventud e influídas por la preocupación religiosa de la época, que se balanceaba siempre entre la fe auténtica y la más disparatada superstición, se creyeron, con infinita sinceridad, poseídas por el *Peregrino raro*; y el bellaco de D. Francisco abusó de sus crisis histéricas. El estudio del proceso produce escalofrío porque demuestra la absoluta

falibilidad del testimonio de los reos cuando están presionados por el terror y por la mala fe de los acusadores. La pobre doña Teresa, débil, enferma y aislada del mundo, se dejó envolver en sus primeras declaraciones por un juez malintencionado, Diego Serrano, movido a su vez por la perversidad de fray Alonso de León, que era enemigo de don Francisco García Calderón. Y así se llegó a un error judicial, que no fué más grave porque la Inquisición era inteligente y sus jueces debieron leer en el aire de niña histérica de la pobre doña Teresa la verdad que mentían sus propias declaraciones firmadas.

*El ansia de sucesión del Conde-Duque  
y la monja iluminada.*

La relación de esta historia con el Conde-Duque es la siguiente: Las monjas, durante su fase de endemoniadas, se dijo que habían adquirido virtud adivinatoria; y pronto, corrida la voz por Madrid, empezó a acudir al convento una romería de gentes deseosas de conocer su porvenir. Está fuera de duda que el Conde-Duque, propenso a todo lo que fuera maravilloso, fué visitante asiduo de las religiosas, enterado, sin duda, de sus prodigios por el

patrón Villanueva, su íntimo colaborador. Nada tiene de extraño, pues entonces era muy común, que, desde el Rey al último vasallo, se sirviesen de estas revelaciones, unas veces de hechiceros declarados; otras, de religiosos en olor de santidad, y otras, de explotadores sin tapujos. Doña Teresa de la Cerda tenía fama de virtuosa; y, en principio, las consultas del valido no pueden juzgarse con otro criterio que el que llevó al Rey a inspirarse en la monja de Carrión y años después en sor María de Agreda.

Se dijo entonces que por los consejos de la priora de San Plácido se perdió la plaza de Maestrich, pues anunció al ministro que *sabía por revelación que no la había de rendir el enemigo, por cuya causa dejó de enviar socorro a tiempo*. Esta imputación es poco probable. Es, en cambio, cierta la de que D. Gaspar trató con doña Teresa sobre la posibilidad de cumplir el anhelo que le obsesionaba de tener sucesión. Más adelante explicaremos hasta qué punto se adueñó esta obsesión de su espíritu. Era para él punto esencial, ligado a las raíces de su espíritu de casta, la sucesión directa, cuya esperanza se malogró al morir prematuramente María, su hija, recién casada. Sentía esta necesidad no como los hombres, sino como los Reyes; y como ellos, en análogo trance de infecundidad, recurría a

todos los medios, los divinos y los humanos. Nada tiene, pues, de particular que los buscara en las oraciones y en los horóscopos de una monja que tenía fama de virtuosa y de visionaria. Pero la malignidad de sus contemporáneos, intoxicados de sexualidad reprimida, convirtieron esta ignorancia necia, pero inocente, en una de aquellas escenas depravadas, tan comunes en la época, en que se mezclan, con profunda perversidad, la religión y la lujuria. Dice el papel citado (*Delitos y Hechicerías*), en efecto, que *llevó el conde don Gaspar de Guzmán a su mujer a San Plácido, y en un oratorio (otros dijeron que en el coro) tuvo acceso con ella, viéndolo las monjas que estaban en él, de que resultó hincharse la barriga de la Condesa, y al cabo de once meses se resolvió, echando gran cantidad de agua y sangre, lo cual fué muy público en Palacio; y las monjas decían: o Dios no es Dios o esta señora está preñada*. Era, añade el libelo, once el número de estas monjas, que rodeaban la impúdica escena, para recordar, porque así lo manda el rito hechiceril, a los apóstoles sin Judas.

Esto dice el escandaloso libelo y otros lo repiten con palabras muy parecidas. Mas no se trata de un cuento de la calle por esta vez, pues las graves sentencias de la Inquisición de Toledo contra

D. Franciso García Calderón y contra la propia doña Teresa, repiten la acusación con las palabras siguientes: *También con esta misma traza aseguraron (el confesor y las monjas, sus cómplices) “a un gran señor que carecía de sucesión, que la tendría cierta y con brevedad”, afirmando el reo y sus cómplices, por escrito y de palabra diversas veces y prometiendo en nombre de Dios, no sólo la certeza del hijo que ofrecían, sino también grandezas temporales y mucho mayores espirituales, afirmando habría de ser prodigio de santidad, risa y alegría de la Iglesia, bien universal y contento del mundo, con otros encarecimientos locos y temerarios, que no tuvieron otro fundamento sino una imaginaria revelación de cierta cómplice de este reo (la superiora), que intervenía, con mucha estimación suya, en todo lo referido. Y asimismo la contestación y afirmación de las que tenía por demonios y endemoniadas que tantas veces repetían esta sucesión y promesa de hijo; y una de ellas, tal vez, dijo: “Que Dios no era Dios o aquella señora estaba preñada”.*

Años después, en el memorial citado, que doña Teresa elevó al Consejo de la Inquisición, pretendiendo se levantase la sentencia que se le había impuesto, explica así sus relaciones con el Conde-

Duque: *Después de ser monja, el Conde-Duque empezó a venir a verme. Viéndole afligido por no tener sucesión, hice muchas oraciones por que Nuestro Señor se la diese. Todo el convento lo tomó con tantas veras, que eran grandes las rogativas que se hacían. Un día, estando en oración, entendí que le daría Dios un hijo por intercesión de nuestro padre San Benito. Díjeselo a mi confesor y divulgóse en Casa con el ansia que todas tenían. Pasáronse algunos meses, que, aunque el Conde-Duque me venía a ver, nunca le dije palabra, si no es que fuese muy devoto de nuestro padre San Benito, que mayores milagros había hecho y yo esperaba en que el Santo había de consolarle. Un día, entendí que era la voluntad de Dios que le dijese cómo había entendido que Su Divina Majestad le daría un hijo. Fuíme a fray Francisco y a él le pareció que no se lo dijese; dejélo estar; pero apretóme el sentimiento interior a que se lo dijese; volví a fray Francisco y me dijo que se lo escribiese. Bien se vió que era ilusión del Demonio y engaño suyo, y por tal lo tengo, como todas las demás cosas que me han pasado. Pero sabe Dios cuánta vergüenza me costó el decírselo. Vínome a ver (el Conde-Duque) y le dije: “en lo que escribí a V. E. no hay que hacer caso porque como yo lo deseo*



*tanto, es dificultoso conocer si obra el deseo o es obra de Dios, porque la misma ansia de una cosa, hace representársela ya cumplida a la imaginación". El me dijo diversas veces que no era yo sola la que se lo decía, que muchas personas hacían lo mismo. Nunca traté de adular a este caballero ni a nadie, que en mi vida lo he sabido hacer, y he sido tan compasiva, que en viendo una persona afligida, me hace grandísima lástima. Este caballero, lo estaba mucho, y sólo en el cumplimiento del deseo de tener sucesión libraba su desahogo.*

A esto queda limitada la intervención de Olivares en los sucesos de San Plácido. El contagio histérico, bajo la forma de posesión diabólica o de revelaciones divinas, era entonces frecuentísimo en los conventos y fuera de ellos. El padre Feijóo hubo de reaccionar, con su generosa acometividad, contra esta plaga, reveladora de una mezcla dolorosa de incultura, debilidad mental y fanatismo. La lectura de la declaración de doña Teresa de la Cerda produce emoción por la ingenuidad con que se creía poseída del *Peregrino raro*. Famoso fué por entonces el caso de la hermana Luisa (o Lorenza), de Simancas, que pretendía, por revelaciones divinas o diabólicas, conocer el porvenir; y de Valladolid —dice el padre Chacón, jesuíta— *no había señor ni*

*señora, oidor ni oidora, grave y no grave, que no fuese a verla.* El padre Andrade refiere que en el propio Colegio de los Jesuítas se sintió poseído el hermano Zárate, al que visitaban por la noche un fantasma femenino y un diablo con hocico de puerco. Pero a todos excedió en reputación milagrera la famosa monja de Carrión, de la que hemos hablado ya. Podrían citarse muchos ejemplos más, y no debe, entre ellos, olvidarse el de doña Marina Escobar, también de Valladolid, endemoniada y pretendida santa, porque hay de él una relación del padre Miguel Ureña, rector del Colegio de San Ambrosio de Valladolid, con tan directa y viva impresión del ambiente espiritual de la época que alguna vez publicaré íntegra; está, además, dirigida al Conde-Duque, dando a entender que era pública su curiosidad por estos casos, en medio de su trabajo agobiador.

Es preciso reconocer de nuevo la enorme superioridad del Tribunal de la Inquisición, en estos asuntos, frente al sentir popular, e incluso frente a la credulidad de las Ordenes religiosas. Con verdadera severidad perseguía tales ridiculeces y fanatismos, e hizo, en este sentido, un innegable bien al alma nacional. Desgraciadamente, sus jueces eran incapaces de comprender—y no debe extrañarnos

en aquella época—que se trataba, casi sin excepción, no de delitos contra la fe, sino de meros fenómenos morbosos; lo cual, certeramente entrevió y demostró el padre Feijóo un siglo después. Sin temor a equivocaciones inducidas por la piedad o por los prejuicios científicos, puede asegurarse, leyendo los procesos de la Inquisición, que el ochenta por ciento de los que allí figuran eran, sencillamente, locos.

Estaba, no obstante, predestinado el convento de San Plácido a ser teatro de sucesos legendarios. El pueblo, como he dicho, no aceptó la inculpabilidad de las monjas, atribuyendo la rehabilitación a las altas influencias que las protegían. Son, por ejemplo, muy curiosas las notas que una mano contemporánea pone al pie de cada sentencia, en la copia del proceso de la Colección Folch y Cardona. Después de la sentencia del confesor García Calderón, escribe: *El reo estuvo (durante la lectura de la sentencia) con gran descaro y se marchó, después de haber abjurado, con la misma desvergüenza con que había salido. Dios Nuestro Señor nos tenga de su mano.* Análogo comentario, al pie de la sentencia de doña Teresa: *La rea estuvo con la misma frescura que D. Francisco (el confesor). Dios nos tenga de su bendita mano.* Y como colofón de la sincera

protesta de inocencia de doña Teresa, escribe: *Este memorial dado por esta religiosa, o en su nombre escrito por algún fraile, aunque está discreto y tuerce el hecho de la verdad, con todo eso, en algunas partes, por su misma confesión, está humeando y descubriendo el pestilencial fuego que hubo.* Por la voz de este anónimo apostillador, vacila la incredulidad popular en la inocencia de las monjas. Se dijo por entonces y por todos, que el Rey y el Conde-Duque premiaron fastuosamente a los que defendieron a las religiosas benitas. Es decir, que la gente vió en todo el proceso una serie de corrupciones y venalidades. Porque cuando la imaginación popular hace una de estas presas, es casi imposible arrancársela; en la cabeza de la multitud, la verdad, por evidente que sea, no acaba nunca de barrer al error arraigado.

En este caso de San Plácido había una circunstancia que, en cierto modo, lo explica, y era la sombra que arrojaba sobre el convento el protonotario Villanueva, personaje, a la verdad, extraño. Valdría la pena de dedicarle alguna vez la biografía que ahora no sería oportuna; pero sí se debe anotar la común creencia de sus contemporáneos de que era hombre ateo y dado a las hechicerías. Esta circunstancia, sobre la de ser uno de los ministros más

allegados al Conde-Duque, suscitó el rencor popular contra él y facilitó el que la fantasía crease leyendas maliciosas en todo cuanto tocaba y, desde luego, en el convento cuya protección ejerció.

*Los supuestos “pecados del Rey”.*

Como tal leyenda, por lo menos en gran parte, debe, a mi juicio, considerarse el segundo asunto de San Plácido, de argumento típicamente español, como que es una mera y egregia variante del folklore donjuanesco. El documento en que se basa esta fantasía es un manuscrito de la época, del que hay varias copias. Lo publicó Mesonero Romanos, aunque a título de incierta curiosidad; mas fué acogido como indudable por otros autores, algunos de la respetabilidad de Hume, que ligeramente considerara la versión como *the most trustworthy*. Al pasar a otros libros más vulgares, sin responsabilidad científica, ni remotamente se pone ya en duda la veracidad del papel; y el primitivo relato en cada versión aparece adornado de nuevos detalles pintorescos. Así se forman muchas veces los embelecos históricos al tropezar el narrador con el mayor escollo de la verdad, que es la anécdota, sobre todo

si la acción ocurre en un país como España, cuya visión aparece perpetuamente deformada por el prejuicio de lo pintoresco.

Esta historia, que no todos los autores reproducen íntegramente, porque Mesonero, delicadamente, la amputó los trozos escabrosos, es, psicológicamente, muy interesante, porque en ella, y sobre todo en esos trozos suprimidos, aparece la cruda fusión místico-sensual que alienta en buena parte de los mitos españoles de esta época, y muy típicamente en el de Don Juan, amasado con muerte y lujuria. En resumen, dice así:

Hablando un día el Rey, el Conde-Duque y el protonotario, éste, que, como patrón del convento, conocía a sus religiosas, encomió la hermosura de una de ellas, llamada sor María Beatriz para unos, y para otros, Margarita. Algunas de las versiones añaden que no fué casual la conversación, sino intencionadamente dirigida a captar por la sensualidad la atención de Felipe IV, desviándola de las preocupaciones de Cataluña, de Portugal, de Flandes y de la miseria interior, pues todo ello ocurría en los años malos que precedieron a la caída del valido. El Monarca, lleno de curiosidad, acudió disfrazado al locutorio y se prendó locamente de la monja, que era joven y, en efecto, bellísima. Desde

aquel momento no vivió más que para lograrla. *Las dádivas y ofrecimientos del Conde*, la maña del protonotario y la vecindad de la casa de éste facilitaron su deseo. Vivía, en efecto, el protonotario en unas casas que se había hecho construir en la calle de la Madera, pegadas al convento; y le fué fácil abrir una comunicación que daba a la bóveda donde guardaban el carbón las religiosas, dentro ya de la clausura. Por esta vía sacrílega se proyectó el asalto a la monjita. Pero la superiora, advertida, defendió de la real lujuria a su monja, con un recurso teatral, de pura cepa española: la hizo acostar en su celda, sobre un estrado, con luces y crucifijo entre las manos, como si estuviera muerta. D. Jerónimo, que precedía al Rey y al Conde-Duque en su escalo nocturno por la carbonera, se espeluznó al contemplar el espectáculo; y, espantado, retrocedió e hizo que el Rey se volviese sin pasar más adelante.

*Mas volvió el Conde sus baterías hacia la prelada y al fin consiguió su intento, pasando la adulación, desde el sacrilegio a irreligión; y puesta (la monja), en rica gala de azul y blanco, en traje de Concepción, se daban al lecho el Rey y la dama; y el Conde y D. Jerónimo, con dos incensarios, les*

*daban oloroso perfume, alrededor de la cama, por un rato.*

Esta escena no figura, como he dicho, en el relato de Mesonero ni en el de Hume, ni, por lo tanto (bien a pesar suyo si la hubieran conocido después), en los autores de leyendas. Sin embargo, es, y por eso la hemos copiado, absolutamente típica de la profunda y degradante corrupción del alma popular en aquellos siglos. Lo prueba el que invenciones tan disparatadas y repugnantes como la copiada aparecen, no rara vez, en la literatura clandestina de la época: líneas más arriba nos hemos referido a otra casi idéntica, al describir las conjuras y ceremonias para obtener sucesión los Condes de Olivares. En algunos procesos de la Inquisición aparecen abominaciones parecidas. Y en la gran literatura de los siglos XVI y XVII el tema del amor sacrílego fluye sin cesar y alcanza la categoría de tema nacional en el mito de Don Juan. Luego volveremos sobre la trascendencia de este componente en la psicología del español de nuestros llamados Siglos de Oro: oro de fuera, que tapaba una corrupción interior que no debe hacérsenos deseables, a pesar de su bambolla guerrera. La grandeza de la humanidad está en su ética; y ésta es hoy, con todos



nuestros males, infinitamente superior a la de entonces.

Es difícil saber si, aparte esta escenografía, religioso-sensual, desde luego fantástica, hubo algo de verdad en la aventura del Rey y la monja, con tercería del Conde-Duque. Yo me inclino a creer que no. Desde luego no se ha hallado ningún documento fidedigno en los procesos inquisitoriales, si bien la leyenda lo explica por la intencionada desaparición de los papeles en la forma dramática que ahora se dirá. Pero la razón esencial es que el relato no aparece en los libelos contemporáneos que, aun contando con el respeto que imponía la participación del Rey, no hubieran dejado de señalar, entre las abominables acciones que se atribuían al valido, ésta, tal vez la peor de todas. El papel origen del cuento es, sin duda, de época posterior a la muerte de Olivares, y está lleno de tantos disparates cronológicos, que atestiguan ser invención de un cualquiera. Y más fuerza aun que los documentos tienen otras razones de orden general que nos inducen, sin vacilar, a rechazar tales monstruosidades en el Rey, que no era, ciertamente, un asceta, pero que entre las damas de su corte y las comediantas y cantoras que sus cortesanos le ponían a tiro, como los ciervos en las cacerías, tenía material

copioso en que saciar su ímpetu conquistador sin necesidad de violar conventos.

Es cierto que los raptos de religiosas eran por entonces frecuentes y considerados casi como sucesos sin importancia, *aun como hechos corrientes* —escribe G. Amezua—, *sin darles gran valor ni la significación antirreligiosa con que hoy los corromperíamos*. En efecto, el escape del claustro y la fuga de la monja con el galán llegó a ser uno de los componentes del gran tema nacional del amor donjuanesco.

*Mal consentidas de los ministros espirituales y temporales*, las monjas podían tener correspondencia con hombres del mundo, a pretexto de consultas de devoción y petición de consejos; pero en las cartas se enredaba el amor, y el final solía ser, no raramente, el que culmina en el *Tenorio* de Zorrilla. Así vemos el recurso de la carta como elemento esencial en las aventuras amorosas conventuales. Con carta o sin ella, los documentos de la época nos dan noticia frecuente de tales desafueros, que pasaron, con tanta naturalidad, de la vida real al teatro. Pellicer refiere el rapto de una monja por el Maestre de Campo y Caballero de Santiago, Cordero; y poco después el de doña Manuela de Montaldo, que llevaba dieciséis años de hábito en

Santa Clara y era hija del boticario de la Inquisición; el galán, llamado D. Antonio de Fonseca, la sacó por la ventana de la celda con una maroma. Los jesuítas cuentan otro rapto con apertura de un tabique en la pared, como el pretendido de San Plácido; ocurrió en el convento de Santa Ana, de Salamanca, y fueron dos los galanes—D. José Pantoja y el coadjutor del arcediano de Alba—, y dos, naturalmente, las beatas. Enríquez de Zúñiga intervino en otro quebrantamiento de clausura por dos frailes, y nada menos que en el Monasterio de la Encarnación, de Avila, lleno aún de la estela ultrahumana de Santa Teresa. Y tantos más.

Pero si cualquier caballero se enorgullecía de exhibir el rapto de una monja entre la lista de sus aventuras galantes, no es verosímil que incurriese en este desliz el Monarca, sensual y débil, mas profundamente religioso, y, sobre todo, inteligente y consciente de su responsabilidad. En cuanto a Olivares, el que conozca su vida real y no la aureola falsa con que le desfiguró el odio de sus contemporáneos, tendrá por certísimo que ni su edad, ni sus convicciones religiosas, ni su recto sentido de la moral sexual, ni el agobio y pesadumbre que por entonces le tenía casi deshecho, permiten aceptar su rufianesca intervención en esta tramoya.

La leyenda añade que la aventura llegó a oídos de la Inquisición. El inquisidor general, fray Antonio de Sotomayor, amonestó al Rey, hizo alguna advertencia al Conde-Duque y fulminó su rigor sobre el protonotario, que fué encarcelado. Olivares acudió en su ayuda: fué a visitar a Sotomayor y le invitó a optar entre renunciar a su puesto de inquisidor y retirarse a Córdoba, su patria, a gozar de una renta de 12.000 ducados, o ser desterrado. Optó por lo primero el poco austero prelado. A la vez, el Papa, a instigación del propio valido, reclamó el original de la causa, que fué, prestamente, enviado en una arquilla cerrada y sellada que conducía uno de los notarios del Consejo, llamado Alfonso de Paredes. Embarcó el infeliz correo en Alicante; mas, previamente, el Conde-Duque le había hecho retratar por un pintor del Rey y había enviado la efigie a las autoridades españolas de los puertos de Italia con orden de que lo detuvieran, como así fué, en Génova, quitándole el arca y llevándole a Nápoles, en cuyo Castel del Oro fué encerrado, hasta que, quince años después, murió. La arquilla fué traída a España *por un capitán confidente del Conde-Duque*, y, sin abrirla, fué quemada en la chimenea del cuarto del Rey por éste y su ministro. *A un hijo que dejó en España Alfonso de Paredes*

*le dió el Rey empleo decoroso, con que se mantuvo con toda decencia.*

Imposible parece que tal sarta de disparates haya podido circular por libros autorizados. Bastaría recordar, con Beroqui, que Villanueva fué preso en agosto o septiembre de 1644, es decir, cuando Olivares estaba caído y desterrado y no podía ofrecer mercedes ni fulminar amenazas, ni interceptar legajos, ni quemarlos, en unión del Rey, al que, desde enero de 1643, no volvió a ver más; mas otras muchas inverosimilitudes. Lo cierto es que se prendió a Villanueva, después de caído Olivares, porque entre las pasiones que suscitó éste y sus allegados, una de las más insistentes fué la resurrección de las acusaciones de hechicerías: las del asunto de las alumbradas de San Plácido y otras que inventó la malicia popular. Ya hemos dicho que la plebe no estuvo nunca conforme con el sobreseimiento del proceso y la rehabilitación de la comunidad; y aprovechando la explosión revisionista que siguió a la caída del privado, se logró que el Rey acordara en 14 de julio de 1643 dicha revisión *por exigirlo la gravedad del asunto y las murmuraciones.*

Es igualmente falsa, desde luego, la leyenda, añadida posteriormente y creída también, por mu-

chos como artículo de fe, de que Don Felipe, como expiación, regaló a las monjas de San Plácido el maravilloso *Cristo en la Cruz*, de Velázquez, que, en efecto, estuvo en la iglesia hasta final del siglo XVIII, así como un famoso reloj con música, que tocaba, cada cuarto de hora, a muerto. Lo probable, como Beroqui aduce, es que el Cristo fuese regalado por el Rey o por el protonotario (o por el mismo Conde-Duque) sin ningún propósito expiatorio, sino como una de tantas numerosísimas donaciones de objetos de arte que se hacían por el Monarca o por los poderosos de su corte a las iglesias y conventos de su protección o devoción. En suma, de todo este cuento, disparatado, aunque elaborado con temas muy nacionales, nada debe quedar en adelante.

No conviene a este lugar el relato del proceso del protonotario, su estancia en las cárceles secretas de Toledo, su sentencia y la enérgica rebeldía con que el caballero aragonés se revolvió, en pleno Tribunal, contra ella: y con razón, porque no fué justiciero. Era, sin duda, D. Jerónimo hombre de genio violento; y esto, unido a sus riquezas y al poder omnímodo que le daba la amistad con el Conde-Duque, debieron ser los motivos del odio con que fué perseguido por la opinión y, a impulsos de ésta, por el Santo Oficio; mas sus hechos pú-

blicos, considerados desde el observatorio sereno de hoy, son dignos y normales; y aunque fuera, como casi todos sus contemporáneos, más o menos curioso por las hechicerías, fué un católico formula-riamente perfecto —que entonces esta perfección era compatible con aquellas supersticiones, y aun ahora—. La misma fundación de San Plácido lo demuestra. Su hombría de bien se declara en la fidelidad con que siguió al Conde-Duque en su desgracia, trance de prueba para la rectitud de las conciencias.

Todo, en suma, induce a hacer pensar que el protonotario fué una más de las víctimas del monstruo popular exacerbado por el veneno de la pasión política. De la injusticia de la sentencia inquisitorial no cabe duda, pues lo reconoció el propio Papa Inocencio X contra viento y marea de las presiones del Rey de España.

Es evidente que al revisarse el proceso de los alumbrados tenía que salir salpicado el Conde-Duque; y acaso apuntando a él más que a Villanueva se decretó la revisión. Sabemos con certeza que la amenaza, quizá contenida por el propio Rey al principio, se fué cerniendo sobre la cabeza de don Gaspar, cada vez con aspecto más ceñudo; y que, según todas las probabilidades, el dolor y la hu-

millación que tal amenaza produjo en el espíritu, ya trastornado y abatido, del ministro desterrado, debió influir muy directamente en sus últimos arrebatos nerviosos y en su muerte.

A esto quedan reducidas las leyendas de San Plácido: un contagio histérico en su convento; un capellán anormal y cínico; la Inquisición excesivamente suspicaz, condenando, sin comprensión humana, a las monjas inocentes junto a su culpable confesor; una variante infantil por el artificio, perversa por el argumento del castizo tema donjuanesco; una beligerancia incomprensible concedida a un papelucho sin responsabilidad, lleno de confusiones y de errores; y en todo ello, una participación levísima del Conde-Duque. Con este mismo material deleznable y con la misma falta de rectitud, se han creado la mayor parte de las leyendas que aún figuran, con categoría de historia verdadera, en las crónicas y en libros de la mayor respetabilidad.

### *El truhán Liébana.*

Y vamos con el tercer tema, el de Olivares y Liébana. Algunas sospechas suscitó, en efecto, en la mala voluntad de los comentaristas contrarios al



Conde-Duque, la relación que éste tuvo con un famoso hechicero — entre pícaro y loco — de su época, D. Jerónimo de Liébana. Pero la lectura detenida del proceso que le siguió la Inquisición demuestra que la intervención de Olivares fué de refilón y sin trascendencia. Estando Liébana preso en Cuenca, en diciembre de 1631, y condenado a galeras por supercherías y enredos anteriores, solicitó hablar al alcalde mayor de la ciudad, que lo era D. Juan Enríquez de Zúñiga, ya mencionado en otro lugar de este artículo. La denuncia sobresaltó tanto a D. Juan, que resolvió llevar la declaración a Madrid y comunicársela al Conde-Duque. Quedó éste con los papeles, y al cabo de unos días mandó traer al preso a la Corte, le recibió en persona, oyó sus embelecocos, se los refirió al Rey y dejó al pícaro Liébana libre por Madrid, aunque vigilado, entregado a todo género de honestas diversiones, como el teatro, los sermones y los paseos por las calles animadas de la Corte.

Se referían las declaraciones de D. Jerónimo a unos hechizos que había realizado en 1627, en Málaga, el Marqués de Valenzuela, en unión de otros sujetos, entre ellos el clérigo francés Dr. Guñibay, especialista en estas tretas. Tenían estos hechizos por objeto desposeer a Olivares de la regia privanza

y poner a Valenzuela en su lugar. Celebrados los ritos, realmente disparatados y cómicos, fueron enterradas las piezas mágicas dentro de un cofrecillo, en la Caleta. El efecto del hechizo aniquilador del Conde-Duque, debía empezar muy poco después, el 6 de agosto del año de 1643. Costaron al Marqués los preparativos de la tramoya 2.500 ducados, que es de suponer pasarían íntegros a la bolsa de Liébana y sus compinches. No conocía mal el supuesto hechicero a los personajes de su época; pues tanto el Rey, como su valido, temerosos de que el prodigio sucediese, decidieron, con gran contento de Liébana, la conveniencia de recoger la arqueta enterrada en la plaza malagueña para destruir su encanto maléfico antes de la fecha señalada. Nombróse al efecto una Comisión que acompañase a D. Jerónimo, que era el único que conocía el sitio donde estaba oculta. De esta Comisión formaba parte como juez D. Juan Enríquez de Zúñiga. Llegaron a Málaga, empezaron las pesquisas y, naturalmente, la arquilla no pareció. El truhán de Liébana procuró entretener cuanto pudo a sus jueces y vigilantes porque la dilación equivalía a tardanza en volver a la cárcel; les hizo volver a Málaga cuando ya, cansados, le devolvían a Madrid; y así logró que pasaran varios meses. Pero

al fin se convencieron todos de su superchería y fué llevado otra vez a las cárceles de Cuenca. Le condenó la Inquisición, saliendo en el auto de fe celebrado en Madrid el 4 de julio de 1632, con una vela en la mano, sogas a la garganta, coraza en la cabeza e insignias de hechicero y brujo; abjuró *de vehementi* y recibió 400 azotes, siendo después expedido a Córdoba, donde fué encerrado en cárcel secreta e incomunicada, a perpetuidad.

Las numerosas declaraciones de este proceso nos enseñan la malicia con que algunos bergantes, como Liébana, explotaban la credulidad de los más altos señores de la Corte; y, a su lado, el estúpido candor de algunos hechiceros de buena fe, evidentemente trastornados, que exponían su libertad y su vida por ritos que hoy nos hacen reír, pero que la Inquisición tomaba muy en serio. La figura de Liébana pertenece, por derecho propio, a lo más famoso de nuestra grey picaresca. Con garbo sin igual engañó al sesudo corregidor Enríquez de Zúñiga, al Conde-Duque, terror de los españoles, y al propio Rey. Son famosas por su desvergüenza las cartas que escribía desde Madrid a su hermano, que figuran en el proceso. En ellas contaba que era la figura de actualidad en la Corte y que el Conde-

Duque estaba pendiente de su palabra, deseando honrarle y tratándole como a un gran caballero.

Y algo de esto hubo en la realidad. Sólo cuando Olivares se convenció de que Liébana era un embustero y fabulador, perdió el miedo al hechizo del cofre y le hizo volver a la cárcel. Pecó, pues, el ministro, tan sólo por exceso de credulidad; mas ninguno de sus contemporáneos podría, a este respecto, tirar la primera piedra. Y tal vez, a pesar del desengaño, cuando en enero de 1643 bajaba, para siempre, las escaleras del Alcázar, es posible que recordase los presagios del bribón de D. Jerónimo, que fijaba su caída para junio de este mismo año; en realidad, sólo se equivocaron en unos meses.

Leves fueron, por lo tanto, las culpas del Conde-Duque en materia hechiceril; no mayores, repitámoslo, que las de cualquiera de sus contemporáneos. Pero, en la desgracia, cuando se desató sobre su persona indefensa el odio, tantos años contenido, bastaron estos indicios para que el Santo Tribunal alzara su mano terrible contra él. No fueron mucho mayores los cargos hechiceriles que se atribuyeron a D. Rodrigo Calderón y le empujaron hacia el patíbulo. En la biblioteca de D. Gaspar había libros que, juzgados sañudamente, podían ser, como en otros casos lo fueron, indicios para la per-

secución. Pero, sobre todo, el viento de la ira popular, el que tuerce como ninguna otra influencia la rectitud de la justicia, soplabá en contra suya; y a su favor se admitían como culpas no sólo estos vestigios de culpabilidad, sino las calumnias descabelladas de los libelos del arroyo. En 1645 el Santo Oficio abrió proceso contra el ministro caído. Por dicha suya era inquisidor general D. Diego de Arce, quien debía su encumbramiento al reo de ahora; y con indulgente malicia retrasó las pruebas, enviando incluso a Italia a buscar testigos para algunas de las acusaciones que pesaban sobre él. Acaso sabía el buen inquisidor que la existencia del viejo ministro tocaba a su fin y esperaba que su parsimonia daría lugar a que la muerte desenlazase piadosamente la tragedia que tramaban el odio de los despechados y de los perseguidos.

Porque la bondad de Arce y el sentido justo del famoso Tribunal no le hubieran quemado ni encarcelado sólo por rastros de culpa y por calumnias monstruosas; pero hubiera sido inevitable el proceso, el juicio ante la Mesa del Tribunal, en suma, la humillación; y esto era aún más terrible que la muerte para aquel hombre orgulloso cuya sangre estaba hecha de herencias de Reyes y de santos. Por eso su mente desquiciada se hundió defi-

nitivamente en el delirio cuando desde los altos de Toro, por donde todas las tardes salía a otear el camino de la Corte, columbró a lo lejos, o creyó que columbraba, la sombra negra de los siniestros familiares que se acercaban en su busca.

**GREGORIO MARAÑÓN**

# Las dos herejías de la modernidad

*La infidelidad de Europa, herejía. — La historia moderna y sus direcciones antagónicas: naturalismo y racionalismo. — Deudas de ambas posturas al cristianismo, en razón de ser herejías. — La falta de equilibrio y coexistencia armónica entre las dos tendencias. La naturaleza y la gracia que la perfecciona. ¿Qué le ocurre al mundo moderno que olvida las posibilidades de gracia y, por tanto, de equilibrio? — La doctrina protestante de la justificación extrínseca abre un abismo entre la gracia y la naturaleza, privando a ésta de inherencia sobrenatural. — Desconcierto de la naturaleza privada del calor de la gracia. — Las herejías de la modernidad no pueden subsistir lejos de su origen.*



**C**UANDO se mira la infidelidad de Europa a su abolengo cristiano, salta a los ojos la cuestión de saber hasta qué punto el pensamiento de la época moderna es infiel a su ascendencia religiosa, y qué asumió y desechó del antiguo tesoro de la cultura occidental. Porque de nadie pudo nunca verse abandonada esta herencia del cristianismo, ni nunca llegó a marchitarse la madurez de su fruto, que perduró en el regazo de la misma cultura secular de los tiempos nuevos con un olor de vida inmarcesible.

No es, en efecto, la moderna infidelidad de Europa un abandono absoluto del camino que seguían sus mayores, ni un desprecio universal hacia su inspiración cristiana. Es, en cambio, una crítica, un discernimiento en el depósito de las verdades tradicionales de la Iglesia, una preferencia del parecer individual que, puesto en libertad frente a ellas, selecciona las que le agradan y desecha las que le

estorban. Esta infidelidad moderna del mundo occidental a su stirpe cristiana es, pues, una herejía.

Herejía, αἵρεσις, es algo más que infidelidad. Toda herejía es infidelidad, pero no toda infidelidad es herejía. La menor extensión de este último término asegura su mayor comprensión. *Haeresis est infidelitatis species*, puntualizaba el de Aquino; la herejía es una especie de infidelidad, perteneciente a aquellos que profesan la fe de Cristo, pero corrompen sus dogmas. (*Summa theol.*, 2-2; X, 1.)

Esta diferencia entre infidelidad y herejía es imprescindible si se quiere con algún rigor determinar el comportamiento del hombre moderno frente al hecho religioso del cristianismo. Se trata de averiguar si las dos corrientes más típicas de la modernidad, el naturalismo y el racionalismo, no son meramente movimientos infieles al pasado, y si es ineludible contar para su explicación con los dogmas de la Iglesia, y en consecuencia aplicar a esas corrientes el nombre de herejías, en tanto que eligen en la doctrina cristiana del hombre un principio y prescinden o rechazan el resto. Αἵρεσις... *ab electione dicitur*, afirma San Jerónimo. Y en herejía han caído, y no en mera infidelidad, tanto el naturalismo como el racionalismo, pues lo que hacen es elegir y abstraer en el concepto global del

hombre entendido cristianamente una parte — el instinto, la razón —, aislarla del todo, y sustituirle con ella exclusiva, parcial y heréticamente.

Rota aquella entrañable sujeción del hombre a la Divinidad que había caracterizado lo mejor de la civilización cristiana durante los siglos medios, y deshecho aquel íntimo consorcio que bajo la mirada tutelar de Dios emprendían la Iglesia y los Estados, las ciudades y los gremios, los intelectuales y la plebe, y sueltos los ímpetus del individuo frente a la comunidad, y abierta la desconfinaza con respecto a las creencias tradicionales, y abiertos también los manuscritos ignorados de la antigüedad pagana, aún fragantes del mar que los había medido en su travesía desde Constantinopla a Italia, advino al occidente esa secularización de la vida que, próxima o remotamente, es el distintivo común del Renacimiento y la Reforma. Como el nuevo mundo que se había dibujado en las pupilas asombradas de los conquistadores hispanos incitándoles a dejar huellas en Indias orientales y occidentales, así el mundo todo, al desperezarse matinal de la modernidad reciente, era también un convite al descubrimiento y la conquista.

Es en este despertar largo donde poco a poco

van disgregándose en tendencias opuestas y antagónicas las actividades del hombre, antes juntas por el lazo de la unidad católica. La tendencia naturalista empieza a hacerse patente en la rebelión del instinto, abandono desembarazado a la naturaleza, y por consiguiente en la aversión, al comienzo contenida y callada, pero después manifiesta y locuaz, contra la ascesis del claustro. No tiemblan ya las manos ante las rosas de la vida, ni sienten miedo a que su fragancia embriague los sentidos y enajene peligrosamente la razón. Ni se temen ya las fiestas de los prados floridos, en que descalzas van las pastoras coronadas de mirto y de laureles. *¿Qué prado verde hay donde a lo menos con el deseo no hayas hecho fiesta a tu lujuria?*, dice un tratado ascético del padre Granada. Porque los libros renacentistas de pastores habían empezado a borrar de los prados la imagen del Pastor divino conduciendo sus fieles por el cielo, *alma región luciente*, y se tornaban lascivas sus apacibles verduras, más aptas ya para el juego de las bulliciosas ninfas que para el silencioso retiro del corazón turbado.

A través de dos siglos, aquella pastoril arcadia de Sannazaro, de Montemayor o de Gil Polo, irradiaba los verdes reflejos de su donosura sobre el fondo plácido de las praderas de Chenier o de Watteau;

y en ellas se baña también la índole soñadora de Rousseau, en sus juveniles pasos por los caminos de la Saboya, bajo el parpadeo de las estrellas y el dulzor de las esquilas lejanas. En toda la ideología rusioniana late el jugo campestre de la vida natural, nostalgia de retorno a la selva primitiva, abandono de la civilización corruptora, sustituida por la espontánea, libre y desbordante indisciplina del instinto. Rousseau le había escuchado cuando en 1749 preguntó la Academia de Dijon: *Si le progrès des sciences et des arts a contribué à corrompre ou épurer les mœurs*. Pregunta que, dicho sea de paso, lleva ya en sí mucho resabio naturalista, y algo así como un rusionismo prerrusioniano, por el solo hecho de poder enunciarse. Pero donde florece y llega a colmo el naturalismo es en su respuesta. Rousseau pensó, en efecto, que como las letras y las artes atestiguan la civilización de una sociedad, si se parte del supuesto de que la civilización es mala, letras y artes atestiguan la maldad de la civilización. Y como, en cambio, el vicio y el error son extraños a la constitución del hombre, siempre que a éste se le deje en su estado natural, libre de instituciones innecesarias, urge que se desembarace de su carga, y la sacuda de sí cuanto antes. Palabras tan fecundas, que al ser plantadas en el terreno de

lo político engendran la Revolución francesa, y dan origen en lo cultural al romanticismo, con la idealización de tipos patibularios o rebeldes, que, cuanto más bajos en la escala social, más engrandecimiento nos presentan, a fuer de más naturales y menos contaminados por las exquisiteces de la sociedad. El romántico, al igual del héroe de Espronceda,

*Ni leyes sabe ni conoce al mundo,  
Sólo a su instinto generoso atiende.*

Instinto generoso con el que la tendencia naturalista de la modernidad quiere sustituir a la razón.

*Oui, la raison se tait, mais l'instinct vous répond.*

Es Lamartine quien habla, buen discípulo en esto de Rousseau. La actividad imprevisora del instinto no necesita de más norte que su propio impulso; todo lo que sea coartarle en su ímpetu sagrado por disciplina individual o social es desconocer al hombre, bueno por naturaleza, es falsearlo con artificio inútil.

No son el romanticismo y el naturalismo, que por lo general se estudian como movimientos se-

parados y sucedientes, sino expresión de una misma cosa, ecos donde repercute de diferente manera la única y dominante carcajada de Dionisos, el dios de la exaltación naturalista, que alegra con el antiguo vino la serpiente de sus pasiones.

Medir la modernidad con el módulo de esta corriente instintiva, rebelde y dionisiaca sólo nos daría media parte de la verdad. La otra media nos la proporciona la opuesta corriente de la razón, el método y la disciplina. Junto a Dionisos, perseguidor de ninfas, Apolo, tirano de reglas y compases. El antagonismo de Apolo y Dionisos conviene particularmente para caracterizar las dos concepciones de la vida secular y profana que imperan a lo largo de la modernidad.

Con regla y compás en su mano exacta, entró, sí, la Edad Moderna, creando la dura tendencia antiinstintiva, racionalista y disciplinaria que corre mezclada por mil lugares con su antagónica, todo a lo largo del cauce histórico de estas centurias últimas. Mano de hierro usó la Edad Moderna con las libertades locales y con las eclesiásticas, cuando empezaron a constituirse las grandes nacionalidades regalistas y cesáreas que se alumbran en lo político, y culminan en nombres como Carlos III,

Luis XIV o Federico II de Prusia. Mano dura usó también el absorbente capitalismo del nuevo régimen para con la holgura amorosa de los gremios, que ya en 1791 mordían el polvo francés de la Revolución, y continuaban con apresuramiento en los demás países su carrera de muerte. En todo momento puede ver el historiador de estos últimos siglos, junto a la rebeldía inherente al Renacimiento y la Reforma, otro gesto de austeridad y comedimiento, de varapalo y férula. Junto al disperso amor renacentista por la naturaleza, el *lucidus ordo* de la razón endiosada; junto a la rebeldía contra el orden social, la gigantesca unión de los Estados modernos y del imperialismo; junto a la indisciplina y comezón antiectlesiástica de los protestantes, la frialdad de Calvino o la seca admonición del puritano. Y es que estas dos corrientes, entrelazadas y mezcladas por mil lugares, son imprescindibles entre sí, y sólo se pueden explicar la una por la otra, pues, aunque mal, se sirven mutuamente de contrapeso.

Es toda esta serie abundantísima de términos opuestos y contradictorios la que corre esparcida a lo largo del curso histórico de la modernidad, y tan en desorden y dispersión, que salta llamativamente a los ojos del espectador más superficial, si quiera sea para ponerle en guardia frente a posibles



hipótesis unilaterales. Términos opuestos, contrarios y contradictorios, que como el racionalismo y el sensualismo, la anarquía y el imperio, el instinto y la disciplina, no cesan de coexistir en pugna y de sucederse en la azarosa marejada vital que corre desde el seiscientos hasta nuestros días, como elementos desacordes y enemigos, que son la nota más típica de nuestra historia, pero que vistos en perspectiva la hacen aparecer ante nosotros como esa disgregación de materias elementales que contemplaba Empédocles en su visión cosmogónica, y que al influjo de la discordia perdieron la amorosa amistad que las ceñía en el regazo indiferenciado de la primitiva esfera.

Porque en la historia hubo también un regazo amoroso, un seno de unidad primitiva, que abrazaba a los hombres y a sus actividades con ese orden que apellidaba en términos antiguos nuestro Raimundo Lulio ceñidor del amor, *cingulum veneris*, por el estrecho lazo con que reducía a la concordia las diferencias sumas. Hubo algún momento antes de la época moderna en que esos elementos desparejados y desacordes hallaban entre sí la conciliación y el equilibrio, porque era entonces cuando la doctrina católica del hombre imperaba en el mundo. El ver cómo de su desintegración nacen aislada

y antagónicamente el racionalismo y el naturalismo, que antes coexistían en ella como substancias de un supuesto común, me justificará el haber dado a esos movimientos ideológicos de la modernidad el nombre de herejías.

Por lo que hace al racionalismo, pone admiración considerar sus deudas a la herencia cristiana del occidente, si se mira a su distintivo esencial, que no es en última instancia sino la afirmación rotunda de que la realidad más real es la razón, es el sujeto humano, el yo, puro espíritu puro, sin mezcla ni contagio de experiencia sensorial. Esta doctrina, que no es, naturalmente, del todo cristiana — por eso es herejía —, está en conexión con uno de los aspectos fundamentales del cristianismo: la primacía del espíritu sobre la carne, del πνεῦμα sobre la σὰρξ en términos de San Pablo (tomados aquí en su significación antropológica), evidencia vivida por la cristiandad durante sus siglos todos. Sentada la cual primacía no viene con ella el cristianismo a aborrecer el cuerpo ni la materia, ni este mundo coronado por un firmamento de estrellas que proclaman las maravillas visibles del Señor, trasunto de otras investigables; pues como el mismo Apóstol había afirmado: *Caro con-*

*cupiscit adversus spiritum et spiritus adversus carnem*, estableciendo así que estos dos términos antagónicos, divorciados por la disparidad de sus intentos, desean cada cual lo exclusivamente suyo en menoscabo de su consorte: pugna de la naturaleza humana entre sí misma, que sólo consigue pacificar, armonizar y equilibrar la gracia. El solo hecho de que la gracia, como escucharían siglos después los muros de las escuelas claustrales, no quite la naturaleza, sino la perfección, indica palmariamente el respeto que el cristianismo muestra para con el hombre todo, no sólo para su espíritu, sino también para su carne, no sólo para su razón, sino también para su instinto. Por eso cuando la época moderna, en lo que hace al racionalismo, abstrae de la doctrina católica y total del hombre un solo aspecto, el espíritu, caracterizándole como yo, sujeto humano o conciencia, renuncia separatística y parcialmente al resto, constituyéndose así en herejía.

Nadie ha dudado seriamente de que Descartes, padre del moderno racionalismo, fuera católico. Pero de lo que se ha dudado siempre es de que su filosofía lo sea, cosa que no ha ocurrido con otros filósofos. Y no porque se ajuste mal a creencias de la fe y explique mal sus dogmas, pues acaso no es ese el intento de la filosofía, sino por no saber expli-

car al hombre, al compuesto humano en la totalidad de su ser, cuerpo y alma, razón e instinto. El matematismo cartesiano lleva al filósofo a una impotencia absoluta para explicar las relaciones entre la *res cogitans* y la *res extensa*. Esta última, la realidad corpórea, depende tan en absoluto del yo, del espíritu pensante, que apenas si conseguimos verla fuera de él, deslumbrada como está en el resplandor de aquella realidad primera, geométrica y pura, clara y distinta, de su idea.

El creciente racionalismo idealista que de aquí parte sufre de este herético parcialismo, que, por dominar la antinomia del sujeto cognoscente y el objeto conocido, prescinde de este último, y todo lo hace emerger del yo.

Pero aquel carácter señalado al cristianismo como doctrina integradora de todos los aspectos del hombre hace que no se contente la modernidad con abstraer de ella uno solo, el relacionado con el espíritu, sino también el que dice referencia a la carne. El naturalismo tiende así, durante estos últimos siglos, a exaltar junto al racionalismo uno de los elementos de la doctrina cristiana del hombre en menoscabo de su consorcio con el otro. El racionalismo tomaba de la naturaleza del hombre considerada cristianamente lo que ésta tiene de espiri-

tual y puro, de ideal y simple; el naturalismo, por el contrario, basándose en el otro aspecto del hombre cristiano, toma lo que la naturaleza le presenta de natural y espontáneo, de corpóreo y sensible.

Corpóreo y sensible, pasmo de los ojos y arrobamiento del sentido, fué Nuestro Señor entre los hombres como un hombre más sobre la tierra. Es suficiente esta convicción de la ortodoxia para poner en entredicho toda tendencia parcialmente racional y apriorística que se presente con ínfulas de cristiana. Y a la vez que condena al racionalismo como herejía, nos ofrece una explicación del naturalismo, que no es sino la otra corriente herética de la modernidad, que se queda con el sentido corpóreo y sensible del cristianismo, rechazando lo que en él, además de esto, hay de espiritual y consciente.

De que Nuestro Señor no fué puro espíritu y del sentido totalmente humano que de ello se deriva, dan testimonio fehaciente las Escrituras de la nueva Ley. Y viendo allí su integridad, no sólo en lo que respecta al alma sensible y racional de su humanidad sin culpa, sino en lo que hace al cuerpo con que nos le presentan los evangelistas, desde que nos exponen su estirpe según la sangre de David, y nos hablan de su nacimiento y hasta nos men-

cionan los paños con que fué envuelto por la inmaculada Virgen, antes de colocarle en el pesebre humilde; y cómo va creciendo en edad y en sabiduría, y cómo se comporta su trato entre los hombres, uno más entre ellos, hablando con todos, y cual todos susceptible al hambre y a la sed; comiendo y bebiendo, durmiendo, paseando, rendido del camino, sudando sangre, flagelado, clavado para morir en cruz y sepultado; y al considerar después que todas estas acciones era el Verbo, Dios mismo, hecho carne, quien las hacía por redimirnos, se pone más en relieve y realce el dogma de la Encarnación, y la importancia que vieron en la defensa de la noción total del ὁμοούσιος ἡμῖν los teólogos.

Que la verdad central del cristianismo es la Encarnación de Dios es cosa que palpita cotidianamente en el corazón de la Iglesia, y en el santuario de la fe por quien los fieles se saben redimidos. En este misterio luminoso, que en la oscuridad de su noche, como todos los misterios de la Iglesia, atesora un inconfundible raudal de luz para los ojos de la fe, se asienta la esperanza y la caridad del alma que mira en Jesucristo, Dios y hombre, el modelo de su perfección posible, y el mediador que alarga su dadivosa diestra a los mortales, para reconciliarlos con el Padre y, nuevo Adán, reengendrar y recapi-

tular sus criaturas todas, las de los cielos y las de la tierra. (*Ef.*, I, 10.)

El asentimiento a esta verdad, tan honda y valerosamente defendida por siglos en el seno de la Iglesia frente a las herejías gnósticas y maniqueas, cátaras y albigenses, es la fuente de mayor consuelo donde se baña la piedad del cristiano, porque aleja de sí el temor al aislamiento que la criatura solitaria sufre bajo la infinitud del Creador. Ahora, cuando sabemos que el mensaje de Cristo es la anunciación que Dios envía para que nos salvemos; ahora, cuando Dios está entre los hombres como un hermano más que vive en sus hermanos, y que estos aires que nos besan la frente oyeron sus palabras, y que esta arena donde el pie se apoya sintió también el peso de sus divinas plantas, y que esta sangre que nos da la vida fué la sangre de su corazón amado, y que este universo mundo, con toda la armonía y lucidez que encierra, no se ha engendrado sino para alumbrar al Justo, restaurador de la silla que nuestro primer padre había perdido, ahora todo se enciende en torno con una nueva luz de primavera, en pascuas de alegría inmarcesible y de salud eterna, porque todo lo que perdimos se ha restaurado en el Señor, y todo lo que anhelamos se nos promete en prenda de bienandanza.

Con la Encarnación de su Hijo Dios levantó hacia sí todas las cosas (*Juan*, XII, 32), y pudo sin temor la vista rastrear en sus huellas el origen de la creación y ordenación divinas, y pudo observar el cristiano sin recelo el mundo corpóreo y sensible que se le ofrecía a la mirada. Este ensalzamiento de las criaturas operado por la Encarnación es tan esencial al cristianismo, que teólogos hubo para sostener la opinión de que aún no habiendo pecado nuestro primer padre Adán, Cristo se habría encarnado, pues todas las cosas habían sido previstas por Dios en Cristo con el designio final de la Encarnación. De ahí que los ángeles y todos los seres racionales, sin excluir al primer hombre, hayan tenido que creer explícitamente en este misterio, no en cuanto se ordenaba a la liberación del pecado por la pasión, sino tan sólo a la consumación de la gloria. Santo Tomás lo dice (2-2, q. 2): *Mysterium Incarnationis Christi aliquo tempore esse creditum apud omnes: diversimode tamen... Nam ante statum peccati homo habuit explicitam fidem de Christi Incarnatione, secundum quod ordinabatur ad consummationem gloriae, non autem secundum quod ordinabatur ad liberationem a peccato per Passionem* (1).

Bien es verdad que, como ha hecho notar el pa-



dre Arintero, Santo Tomás se inclina luego en la tercera parte de la *Summa* a opinar que la Encarnación no se hubiera verificado si el hombre no pecara, aunque también la otra opinión pueda sostenerse con visos de probabilidad, como el mismo Doctor en otro lugar lo dice (*In III Sent. D. I., q. 1, a. 3*): *Quia in canone Scripturarum, et in dictis sanctorum (latinorum), haec sola assignatur causa Incarnationis, redemptio scilicet hominis a servitute peccati, ideo quidam probabiliter dicunt, quod si homo non peccasset, Filius Dei homo non fuisset. Alii vero dicunt, quod cum per Incarnationem Filii Dei non solum liberatio a peccato, sed etiam humanae naturae exaltatio, et totius universi consummatio facta sit, etiam peccato non existente, propter has causas Incarnatio fuisset. Et hoc etiam probabiliter sustineri potest (2).*

Es esta *naturae exaltatio* de que nos habla Santo Tomás la que dió origen a aquel movimiento naturalista del siglo XIII, que bebe en San Francisco su frescor sagrado, y que ya un siglo antes enseñaba San Bernardo, haciendo partir sus prácticas religiosas de la vida humana y terrestre de Jesús. El franciscanismo que tiene como virtud reina a la Pobreza, no muestra, paradójicamente, desdén por el universo, porque sólo nos pertenece lo que des-

preciamos, y es la pobreza quien nos posesiona de más bienes. Parece que hay aquí un dejo del *nihil habentes et omnia possidentes* de San Pablo. Así decía la plegaria de Francisco: *Oh, Señor Jesús, descúbrenos las sendas de la Pobreza bienamada. Sé que el Antiguo Testamento es una imagen del nuevo. Y a los judíos les hiciste allí esta promesa: Os pertenecerá todo lugar que holléis. Hollar es despreciar. Y así lo desprecia todo la Pobreza, porque ella es la Reina universal.*

Todo el humanismo franciscano se deja conducir de la mano por esta reina que lo tiene todo, y el sol, y la luna, y las estrellas, y el viento, y el aire, y la nube, y el agua, y el fuego, y *la madre tierra que nos sostiene y alimenta, y cría toda suerte de frutos y hierbas y matizadas flores*, van haciendo más inmediato para el hombre el interés por la Naturaleza, y abriendo cauce a las tendencias del humanismo renacentista, y del naturalismo que de él nace, paganizadas ya las cosas, y sin luz cristiana las criaturas que en un momento cumbre y luminoso tuvieron para los ojos de San Francisco la enhiesta claridad de un orden concertado en peso, medida y número por el mismo Padre de los cielos.

Y es que hemos llegado ya al origen de las herejías modernas, al punto donde se dislocan las ac-

tividades de la naturaleza humana, y en que la razón se va por un lado, tras las regiones espirituales de la conciencia, y el instinto por otro, en pos de las indolencias del mundo sensible y múltiple.

¿Qué le ha pasado a la naturaleza que así desvara hacia la inquietud y el desequilibrio modernos? ¿Qué le ha ocurrido a esta naturaleza humana que ya es incapaz de vivir en concierto consigo misma, y producir un orden entre sus actividades y sus hombres como el que culmina en algunos momentos de la Edad Media? Es que la naturaleza, abandonada a sí misma, es como un reino dividido entre sí, y el hombre sin Dios un alboroto constante de sus partes opuestas, una pugna continua entre el instinto y la razón, entre la disciplina y la rebeldía, entre la indolencia y el ímpetu. Es que la naturaleza sin gracia que la perfeccione, sin participación divina que nos haga consortes de Dios (*II, Petri, I, 4*), permanece desmadejada y floja, sin vigor ni luz, sin unidad ni coherencia.

Arrastra la naturaleza milenariamente su original caída, la pena de su pecado primero, que la destituyó de la gracia y de los dones preternaturales que inmunes del dolor, de la ignorancia, de la concupiscencia y de la muerte gozaban en alegría

virgen nuestros primeros padres. Y aunque al cumplirse la plenitud de los tiempos mesiánicos resplandeció el Justo entre los hijos de los hombres, y relumbró por toda la redondez la anunciación de nuestro reengendramiento sobrenatural en Jesucristo, y nuestra restitución al estado en que el primer hombre fuera, y no sólo sin reservas, sino con sobreabundamiento de gracia (*Rom.*, V, 15-20; *Efes.*, I, 8); y aunque cantó la Iglesia la feliz culpa que mereció tener tal y tan grande Redentor, siempre le queda al hombre la posibilidad de desaprovechar esos frutos de vida eterna, y de echarse en brazos del hombre viejo, y desatender así el estado de gracia a que le invita constante y amorosamente la Iglesia.

La gracia, en efecto, no quita la naturaleza, sino que la perfecciona. *Gratia non tollit naturam, sed perficit*. No obstante ser dos órdenes esencialmente distintos, la naturaleza toma su perfección de la gracia, y esto de un modo tan imprescindible, que permaneciendo en su propio ser, se aumenta con algo que no es suyo, y de lo que, sin embargo, carece. Y de que el catolicismo no concibe la naturaleza como mala da prueba el hecho de que atribuya los efectos del pecado no a la naturaleza misma, sino a algo que no es suyo, a la gracia, a un orden

distinto del natural, pero de cuya privación la naturaleza se resiente, porque en él cifra su perfección toda. Y abona lo que digo la mera noticia de que haya podido preguntarse la teología si el hombre es más débil en el *status naturae lapsae*, en el estado de naturaleza caída, que en el *status naturae purae*, en un estado posible de naturaleza pura, sin mezcla de gracia, en que sus fuerzas naturales actuasen sin más fin que el bien natural. A lo que se ha podido responder — Suárez, Belarmino — que las fuerzas naturales del hombre no están más disminuídas por el pecado que le coloca *in statu naturae lapsae*, que lo estarían en el *status naturae purae*.

El que la gracia o justicia original sea necesaria para la perfección de la naturaleza, y que su carencia constituya una privación dolorosa, sin que, por otra parte, la naturaleza se vea por esto disminuída en su ser, nos explica el hecho de que, al perderse por el primer pecado esa justicia original, se sintiese el hombre vulnerado, y sin vigor ni luz las actividades de su alma. *Justitia originalis* — decía Santo Tomás (1-2, q. 82, a. 2) — *continebat omnes animae partes in unum*. La justicia original aunaba todas las partes del alma. Perdida ella, se perdió la unidad que era su fruto. *Per peccatum*

*originale deordinantur omnes animae partes.* Todas las partes del alma se desordenan por el pecado original, por la pérdida de la gracia. En cuanto el hombre deja de sujetarse a Dios se transforma en un plantel de intereses opuestos, en un campo de batalla donde lidian ejércitos encontrados. Y es el desorden quien goza sobre ellos la victoria, ese desorden que triunfa también en la modernidad cuando ésta priva a la criatura de su contacto y sujeción con Dios.

Santo Tomás, en efecto, ha hablado maravillas sobre el desorden que el pecado original, privada ya de gracia, ha dejado en la naturaleza; desorden donde miro yo ahora la raíz de todos los males modernos, y que atribuyo, con el de Aquino, a la pérdida de la gracia que perfecciona la naturaleza confiriéndola su armonía. *Sicut soluta harmonia corporis mixti, elementa tendunt in contraria: et similiter, soluta harmonia originalis justitiae, diversae animae potentiae in diversa feruntur* (3). Pero en el caso de los males modernos la *originalis justitia* no se pierde *simpliciter*, porque no se puede perder más de lo que se posee, y la Redención no había reparado a la naturaleza sino en lo que hace a la pérdida de la gracia, y no en lo que toca al don de integridad, no en lo que toca a los dones preternatu-

rales que nos inmunicen de la concupiscencia, la ignorancia, el dolor y la muerte. De ahí que sea menester cooperar a los méritos de Cristo, y deba cada uno tomar su cruz para aprovecharse de la Redención. Sólo así le es posible al hombre participar de la gracia, y vivir en la unidad, armonía y perfección que ella confiere. Pero esta posibilidad es precisamente la que ignora el mundo moderno.

Ahora bien: ¿qué le ha acontecido a este hombre moderno de los cuatro siglos últimos para que haya venido a abandonar así la gracia, que es como perder la herencia de los cielos? ¿Qué ofensa ha recibido el señorío de la gracia para retirarse de este modo de la naturaleza, y dejarla abandonada a sus propias fuerzas, lo que equivale a decir desamparada a un divorcio interno entre sus actividades propias? Cada parte del alma, decíamos, se marcha por su lado, porque se les ha ido la unión y la armonía que operaba la gracia; y a la totalidad de sus actividades en equilibrio, a la plena integridad del hombre justificado y santo, del hombre íntegro, sucede el hombre herético que exalta su sensualidad y su instinto en menoscabo de sus otras potencias, o la razón y la disciplina con ahogo de sus otras facultades. Surgen las herejías de la modernidad, el naturalismo y el racionalismo. Pero lo importante

del caso es que no podremos explicárnoslas sin acudir a la grande y auténtica herejía de los tiempos nuevos, a la herejía protestante, a la Reforma, que no es sólo herejía, sino generadora de herejías. Y mirando cómo concibe el protestantismo la naturaleza y la gracia, y sobre todo sus mutuas relaciones, que son las relaciones del hombre con Dios, y viendo, por tanto, su doctrina de la justificación, no nos extrañará observar cómo en él ambos órdenes divino y humano se excluyen recíprocamente, y cómo, en última instancia, son incapaces de comunicación auténtica. Y es que por la doctrina protestante de la justificación extrínseca la naturaleza pierde el calor de la gracia, y, sin gracia ya para nada, se deja arrastrar a todos los separatismos, parcialidades y herejías modernas.

El mes de junio de 1530 reunía en Augsburgo las mejores esperanzas del Emperador y de los protestantes. La asamblea podría tener como resultado una pacificación de los corazones y las iglesias, una amistad y avenencia en el seno intranquilo de Europa. Carlos no logró ver el fruto de esa ilusión, ni tampoco los protestantes más pacíficos. Poco después las manos del Emperador recibían la *Confessio Augustana*. Ni la pluma del dulce Melancton, pre-



ñada de transigencia y deseosa de armonía, pudo rehuir la carga de hacerse portavoz de la doctrina de la Reforma en uno de sus puntos esenciales, en el de la justificación del hombre ante Dios, que era, como decía su maestro Lutero, la suma de toda la doctrina cristiana: *summa totius doctrinae christiana*. El artículo 4 la exponía así:

*Item docent quod homines non possint justificari coram Deo propriis viribus, meritis aut operibus, sed gratis justificentur propter Christum per fidem, quum credunt se in gratiam recipi et peccata remitti propter Christum qui sua morte pro nostris peccatis satisfecit. Hanc fidem imputat Deus pro justitia coram ipso (4).*

Todo lo cual se funda en esto: la fe sin las obras salva. No que las obras sean en sí imposibles; lo imposible es que presenten algún mérito a los ojos de Dios. Las obras son fruto de la naturaleza; pero, según el protestante, la naturaleza está radicalmente viciada por el pecado original, y es incapaz de nada meritorio. Ya no se trata aquí de aquella naturaleza que la gracia sin destruir perfecciona; porque el pecado original ha separado para siempre el orden sobrenatural del humano, abriendo una sima que no logra colmar ni la Redención ni las aguas lustrales del bautismo. Para Lutero, el pecado ori-

ginal se ve identificado con la concupiscencia, y como ésta persiste en el hombre, de lo que a nadie le cabe la menor duda, concluye que el pecado original subsiste en nosotros a pesar de la Redención y el bautismo. Sin posibilidades para aspirar a la corona del justo cooperando a la gracia, toda vez que esta cooperación, dada la maldad radical de la naturaleza, consistiría *siempre* en desechar la gracia suficiente, y, por tanto, en obras de iniquidad, encuéntrase Lutero con que sólo puede justificarnos la fe confiada en los méritos de Cristo, y la imputación que Dios haga de ellos al aplicárnoslos. *Anima per fidem solam... justificatur, santificatur, verificatur, pacificatur... ne cuiquam opus sit lege aut operibus ad justitiam et salutem*, dice en su *De Libertate Christiana*, 10 (5).

Este abismo que en la concepción protestante separa la criatura del Creador, y que sólo se logra salvar por medio de dos subjetivismos, la confianza de salvarse en el hombre, y la imputación de los méritos de Cristo en Dios, escinde en otras tantas realidades incomunicables y lejanas al hombre y a la Divinidad. Ya no es Cristo quien habita en el alma del justo, que es su reino (*Luc.*, XVII, 21), y le transforma y renueva maravillosamente, y anima de su propio espíritu conduciéndole de claridad en

claridad, lavado y limpio de pecado; ya no es él quien le reengendra ontológicamente, haciéndole partícipe y consorte de la naturaleza divina, hijo adoptivo de Dios y templo del Espíritu Santo; ya no es Cristo quien intrínsecamente le justifica habitando en su interior y santificándole, sino la *fiducia* de creer que, desde lejos, le serán imputados los méritos del Señor, que en vez de destruir realmente el pecado le escondan, encubran y oculten. *Sancti intrinsece sunt peccatores semper: ideo extrinsece justificantur semper*. Los santos son siempre pecadores por dentro; de ahí que hayan de ser justificados extrínsecamente (por imputación de méritos ajenos, los de Cristo).

Esta justificación extrínseca, por la que el hombre permanece a la vez caído y levantado, pecador en sí y justo para Dios, es la que da al protestantismo fiel esa conciencia turbada, neurótica y desapacible que infiltra su desconcierto en la modernidad siguiente. *Mirabilis et dulcissima misericordia Dei*, dice Lutero, *qui nos simul peccatores et non peccatores habet; simul manet peccatum et non manet* (6). Y en otro lugar: *Sciunt (sancti) in se esse peccatum, sed propter Christum tegi et non imputari* (7).

Los resultados de esta concepción errónea de

las relaciones entre la naturaleza y la gracia, entre el hombre y la Divinidad, en que se basa la doctrina protestante de la justificación, son, como se ha visto, separar ambos órdenes, y prescindir de toda inherencia mutua, de toda cooperación de la naturaleza en la gracia, o de toda restitución o reengendramiento de aquélla por ésta. Con lo cual se hace caso omiso del verdadero papel de la gracia, que es el de perfeccionar la naturaleza, y privada ésta del asidero divino, esto es, de sus posibilidades de alcanzar realmente por inherencia a Dios, sufre todo lo que sufre el hombre *in statu naturae lapsae*. En primer término la pérdida de unidad, y el desorden consiguiente de todas las facultades; la exaltación parcial de cada una de ellas en menoscabo de las demás; las herejías, en suma, que tratan de abstraer en el complejo total del hombre bien la razón (racionalismo), bien el instinto (naturalismo).

No es que venga yo ahora a tomarle cuentas a la modernidad extremosa, pues sus extremos, quiero decir, sus herejías, han sufrido ya el punzante choque de la realidad histórica, y apenas si logran sostenerse en pie, por lo mismo que ya no hay quien haga pie en su movediza superficie, y de por sí con-

tradictona, incoherente y desacorde. Olvidado aquel arrimo y convivencia en Dios que caracterizaba lo mejor de nuestra Edad Media, sólo el catolicismo amparó las verdaderas relaciones entre la naturaleza humana y Dios, afirmando invariablemente desde el Concilio de Trento la posibilidad que tiene el hombre de ser justificado por una gracia inherente a su alma, según aquello del Apóstol que dice (*Tit., III, 5-7*): *Salvos nos fecit per lavacrum regenerationis, et renovationis Spiritus Sancti, quem effudit in nos* (8).

La modernidad que aparta sus ojos de la Iglesia los viene con el tiempo a apartar de Dios, y lejos de la altísima fuente de la gracia se derriba ante los ídolos de la tierra. Apolo se llama el uno; Dionisos el otro. ¿Cómo encontrar compostura entre ambos, rígido y atildado el uno, sin tasa ni freno el otro? El racionalismo y el naturalismo se disputan desde entonces el triunfo de la humanidad sin Dios.

No es que le niegue yo unidad a esas posturas ante la vida que se resumen en estas dos tendencias; antes bien, la tienen, y mayor que el catolicismo, pero a costa de renunciar a media parte del hombre. O idealizan la materia y juzgan razonable al instinto, o naturalizan al espíritu y la razón, con lo cual prescinden de su respectiva estructura. El

hombre dejado a sus propias fuerzas no puede reconciliar ambas cosas, sino viendo en una la otra, esto es, identificándolas. Identidad ilegítima, porque según se incline del lado de la razón o del instinto surgen dos tipos de hombre completamente diversos. Si la identidad fuese legítima, daría igual que se llegase a ella por uno cualquiera de los dos extremos, pues el tipo de hombre resultante sería el mismo, y se acabaría el problema que nos plantea esta antinomia, cuya conciliación sólo puede operar y resolver la gracia.

Quiero insistir en este punto, a reservas de hacerlo en otra ocasión con más ahinco. La falta de unidad que yo deploro no es la unidad limitada que transparece en esos movimientos ideológicos de la modernidad, hecha de exclusivismo, partido o bandería; unidad de partido, sí, de herejía; unidad de individuo, indiviso en sí, pero dividido de todo lo demás. Y no es esto lo peor. Posiblemente el fracaso del moderno individualismo se deba en parte a que el individuo se haya dado a exaltar de pronto su individualidad propia, aquello que le divide, que le separa y distingue de todo lo demás; pero que se haya ido acostumbrando a este juego, hasta el punto de que cuando quiere recordar se encuentra, no sólo dividido de los otros, sino dividido también

de sí mismo. La definición que da Santo Tomás del individuo: *quod est in se indistinctum, ab aliis vero distinctum*, la aplicaría yo al hombre moderno de esta otra manera: *quod est in se distinctum, ab aliis etiam distinctum*. Por el mero hecho de quedarse solo, despierta la angustia del hombre moderno, la íntima pugna entre las tendencias opuestas de su alma, y también algo de esa estertórica agonía que Unamuno ha querido hacernos pasar por cristiana. El hombre empieza a dar bandazos a diestra y siniestra, ebrio capitán de un barco cuya tripulación no le obedece, insurreccionada en el babor y el estribor de la razón y el instinto. Ni le obedecerá ya nunca, porque el capitán se ha recostado en la cubierta, y ha empezado a sentir la fruición de su desconcierto, la poesía de su inestabilidad y balanceo, y se pone a entonar alegremente la canción romántica:

*Mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan...*

Este individuo inestable, dividido solitariamente de Dios, de los demás y de sí mismo, apenas si puede subsistir como persona, y acaba por ser un *elemento de la colectividad*, cuya repetición engen-

dra el *número* de que se nutren las estadísticas, en vez de ser un *miembro* de la *comunidad*, cuya repetición ni acrecienta ni disminuye la *unidad* de la Iglesia. Y de ahí que sea característico en algunos representantes de la época moderna esa angustia de sentirse aislados en la soledad de todos, ese doliente grito a la soledad social, donde su voz prolonga el eco sin descanso, porque es ilusorio que las cosas logren hallar arreglo desde fuera, y es vano todo ofrecimiento de armonía cuando los hombres, huérfanos de la gracia, no sienten la penetración viva del Espíritu que lo une todo en el milagro de la comunión de los santos.

Esta gracia unificante, principio de armonía, cumbre donde los justos ascienden en busca de los dones del Espíritu Santo, para bajar encendidos en caridad y gozo, mansedumbre y modestia, no la encontrará quien se obstine en vivir a solas con su naturaleza humana. Para que la naturaleza viva en equilibrio, para que el hombre ande concertado consigo y con los otros, es menester que se trascienda a sí mismo, y como dardo estremecido y ansioso vaya a clavarse en el paradero de Dios. La filosofía ha comparado alguna vez a la Divinidad con un círculo que tuviera su centro en todas partes y su circunferencia en ninguna. Pues bien, esa maravilla es un



prodigio viviente cuando se realiza en la Iglesia. Todos los fieles son su centro, porque su centro es Cristo, pero Cristo mora en cada uno de sus fieles. Cuando el hombre traspasa los propios límites para abrazarle, y comienza el aliento divino a espirar en su pecho, y a transformarle en reino suyo con el regalo de la gracia, y a convertirle en *alter Christus*, le está a la vez transformando en centro de la Iglesia. Esto no sólo acontece en un fiel aislado, sino en todos los que de veras gozan su plenitud inagotable. De ahí que la circunferencia de este círculo no pueda trazarse nunca, por tener tantos centros cuantos son los fieles justificados, y cobre así plena significación, junto a la unidad, la universalidad del catolicismo. Unidad y catolicidad: he aquí el vivo portento de la Iglesia. Porque milagro parece afirmar que todo lo que es ella, mansión de gracia y reino de Dios y templo del Espíritu Santo, lo es también cada uno de sus fieles. San Agustín lo dice con literalidad pasmosa: *Hujus templum omnes, et singuli templum sumus (De Civitate Dei, X, 3)*. Todos y cada uno somos templos de este templo. Las notas de la Iglesia pueden predicarse de cada fiel justificado. Por renunciar a su particularismo, este hombre que antes era un granito de arena hundido en el desierto

de la nada, lo es ahora todo, porque Dios lo es todo en todos.

San Pablo dice expresamente que no nos pertenecemos a nosotros mismos: οὐκ ἐστὲ ἐαυτῶν. *¿O ignoráis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? (I Cor., VI, 19).* Y en otro lugar: *Vivo yo, ya no yo: vive en mí Cristo.*

*Mihi vivere, Christus est.* ¿Cómo iba a comprender la modernidad esta palabra paulina, ella que concibe la naturaleza como autónoma? El cristiano, en cambio, reclina su naturaleza en el seno de la gracia, que es su perfección, como San Juan reclinaba su cabeza sobre el pecho de Jesús. Porque sólo Cristo ha logrado levantar nuestra pequeñez remota al ápice de su unidad, y hacerse hombre para ensalzarnos hasta su pecho de Dios. *Entrando Dios en el alma, dice fray Juan de los Angeles, hay calor y vida; y en faltando, frío, amargura y muerte.*

En frío, amargura y muerte queda el hombre tras la secularización de la cultura que siguió al Renacimiento y la Reforma. Es el mismo hombre, cristiano por naturaleza, pero sin gracia para vivir consigo y con los otros. No es católico ese hombre, sino herético y parcial.

Acaso no le quede otro remedio a la moderni-

dad extremosa que renunciar a sus extremos, a sus herejías, y tornar a la gracia de su madre, reduciéndose a la Iglesia, fuente de donde ha salido. Acaso también sea esto y no más lo que le acontece al hombre moderno: que se sale de madre, y dispersa por los campos del mundo sus dos corrientes del naturalismo y el racionalismo, sus dos herejías. No son éstas manantiales independientes, frutos que puedan subsistir lejos del árbol, cual hijos en plenitud de vida. Puede su curso remontarse hasta el origen que les mana el sustento, y ver cómo va agotándose y degenerando en la muerte su figura. La creciente desesperación del mundo le va dando la razón a San Cipriano: *Quidquid a matrice discesserit, seorsim vivere et spirare non poterit, substantiam salutis amittit (De Unitate Ecclesiae, 33)*.

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS

## NOTAS

(1) «El misterio de la Encarnación de Cristo tuvo de  
»alguna suerte que ser creído en todo tiempo y por todos;  
»pero de diversa manera... Pues anteriormente al estado de  
»pecado el hombre tuvo fe explícita en la Encarnación de  
»Cristo, según se ordenaba a la consumación de la gloria, no  
»según se ordenaba a la liberación del pecado por la Pasión.»

(2) «Porque en el canon de las Escrituras y en las pala-  
»bras de los santos (latinos) sólo se asigna esta causa a la En-  
»carnación, a saber, redimir al hombre de la servidumbre del  
»pecado, algunos dicen con visos de probabilidad que si el  
»hombre no pecara el Hijo de Dios no se habría hecho hom-  
»bre. Pero otros dicen que al haber sido efectuada por la En-  
»carnación del Hijo de Dios no solamente la liberación del  
»pecado, sino también la exaltación de la naturaleza humana  
»y la consumación de todo el universo, la Encarnación se  
»habría realizado por sólo estas causas, aun no existiendo  
»pecado. Y esto también puede sostenerse con probabilidad.»

(3) «Igual que al romperse la armonía de un cuerpo com-  
»puesto cada elemento se va por su lado, parejamente, rota la  
»armonía de la justicia original, las diversas potencias del  
»alma son arrastradas en direcciones diversas.

(4) «Otrosí enseñan que los hombres no pueden ser jus-  
»tificados ante Dios por sus propias fuerzas, méritos u obras,  
»sino gratuitamente, a causa de Cristo, por la fe, creyendo  
»ser recibidos en gracia y serles perdonados sus pecados a  
»causa de Cristo, que con su muerte pagó la deuda de nues-  
»tros pecados. Dios imputa esta fe como justicia ante sí  
»mismo.»

(5) «El alma por la sola fe... se justifica, se santifica, se  
»torna a la verdad y pacífica... de tal modo, que a nadie le  
»son necesarias la ley o las obras para obtener la justicia o la  
»salvación.»

(6) «Maravillosa y dulcísima misericordia de Dios, que  
»nos tiene como pecadores y no pecadores; permanece el pe-  
»cado y a la vez no permanece.»

(7) «Saben (los santos) que en ellos permanece el pecado;  
»pero, encubierto a causa de Cristo, no se les imputa.»

(8) «Nos salvó por el lavacro de la regeneración y de la  
»renovación del Espíritu Santo que derramó en nosotros.»  
En otros varios lugares declara San Pablo la misma doctri-  
na, v. gr.: *Rom.*, V, 5, 19; *Efes.*, IV, 23. El Concilio de Trento  
afirmaba que la gracia es una realidad intrínsecamente inhe-  
rente al alma del justo, y no una mera reputación nuestra en  
Dios. *Justitia Dei, non qua ipse justus est, sed qua nos jus-  
tos facit, qua videlicet renovamur spiritu mentis nostrae; et  
non modo reputamur, sed vere justus nominamur et summus*  
(*Sess.*, VI, c. 6). «Justicia de Dios, no por la que El es justo,  
»sino por la que nos hace justos, por la que verdaderamente  
»somos renovados en espíritu interior. Y no sólo por reputa-  
»ción somos llamados justos, mas de verdad lo somos.» Por el  
contrario, la Reforma afirmaba con Lutero: *Non enim quia  
justus est ideo reputatur a Deo, sed quia reputatur a Deo ideo  
justus est. In Rom.*, II, 13. *Justificat, id est, justus reputat. In  
Rom.*, III, 7. «No al ser alguien justo es reputado tal por  
»Dios, sino que al ser reputado por Dios es justo.» «Justifica,  
»esto es, le tiene como justo.» La trascendencia de estas dos  
concepciones gravita sobre la modernidad toda.

(9) «Lo que sale de madre no puede vivir y alentar fuera,  
»y pierde la substancia de su vida.»



# ***ANDREU FEBRER***

QUE vivió a principios del siglo xv, que fué *algutzir* de Alfonso el Magnánimo, que en 1420 tomó parte en la expedición a Cerdeña en compañía de Jordi de Sant Jordi y que se halló en una cruzada contra la morisma en 1432; he aquí todo lo que sabemos de N'Andreu Febrer, poeta catalán y primer traductor de la *Commedia* de Dante.

En torno a su figura los eruditos del siglo xvi tejieron las más osadas imaginaciones y patrañas. Hiciéronle vivir en el siglo xiii, llamáronle Jaume Febrer y le atribuyeron *sonetos*. No me detendré en tales disparates, hoy del todo desmentidos.

Pero, así como tenemos pocos datos de su biografía, de sus obras buena parte ha llegado a nosotros. Quince poesías nos quedan de Andreu Febrer y la versión completa de la *Commedia* del Alighieri.

El marqués de Santillana, en el *Prohemio* que dirigió a aquel Condestable de Portugal que llegó a ser Pedro IV de Barcelona, dice de nuestro poeta: *Mossén Febrer fiço obras notables, e algunos afirman aya traído el Dante de lengua florentina en catalán, non menguando punto en el orden del metrificar e consonar*. Y eso es cierto; se conserva la versión de la *Commedia*, acabada por Andreu Febrer el 1 de agosto del 1428, poco antes de que Enrique de Villena acabara la castellana; y para que veáis que el marqués de Santillana no anduvo equivocado al decir que Febrer no menguó *punto en el orden del metrificar e consonar*, comparad los endecasílabos—o decasílabos a la catalana—del texto original y de la traducción:



Nel mezzo del cammin di nostra vita  
*En lo mig del camí de nostra vida*  
mi ritrovai per una selva oscura,  
*me retrobé per una selva escura,*  
che la diritta via era smarrita  
*que la detra vía era fallida.*

E quanto a dir qual'era, è cosa dura  
*Ay quant a dir qual era, és cosa dura*  
questa selva selvaggia e aspra e forte  
*esta selva selvatge, aspra e fort*  
che nel pensier rinnuova la paura!  
*que e · l pensament nova por me procura!*

Tanto è amara che poco è più morte:  
*tan amargant que poch és plus la mort:*  
ma per trattar del ben ch'i'vi trovai,  
*mas per tractar del bé que eu hi trobé,*  
diró dell'altre cose ch'io v'ho scorte.  
*diré l'als que hi descobrí, si · u recort.*

I'non so ben ridir com'io v'entrai,  
*Yo no sé bé redir com hi entré,*  
tant'era pien di sonno in su quel punto  
*tant era ple de son en aquell punt*  
che la verace via abbandonai.  
*que la vera via abandoné.*

En la producción lírica y original de Andreu Febrer, que recoge la tradición catalana y con ella la trovadoresca—Bernat de Ventadorn, Guiraut de Bornelh, Guillem de Cabestany, Ricart de Barbezilh, Bertran de Born y otros se recuerdan en algunos pasajes de nuestro poeta—, aparece también la influencia italiana, de Dante, autor que conocía, naturalmente, como pocos, y del Petrarca. Petrarca tuvo entre los líricos catalanes del siglo xv inteligentes admiradores que en algunas ocasiones le imitaron, como Jordi de Sant Jordi, Llorenç, Mallol y sobre todo Auziàs March.

Pero es tal vez en Andreu Febrer donde las influencias tanto italianas como provenzales—y quizá francesas: Alain Chartier, Guillaume de Machaut y Odon de Gronson eran muy conocidos y hasta traducidos en Cataluña—, aparecen más mitigadas; no superficiales, pero sí mejor asimiladas, producto del choque con una verdadera personalidad lírica.

En algunas de las poesías líricas de Andreu Febrer podemos seguir las vicisitudes de su historia sentimental, y entre éstas han sido escogidas las que forman la presente antología; pero también de otras circunstancias o aspectos sabe sacar asuntos para sus poemas.

De la cruzada que el Magnánimo armó contra Djerba (1432), Andreu Febrer, que de ella formó parte, compuso dos poemas. El primero, un *sirventesch*, es un canto de guerra para animar a los cruzados en la empresa y para excitarlos contra los sarracenos:

*Say començant per terra de Granada  
e discorrent tota la Berberia,  
que del sol colch tro lay on naixs lo dia  
no · n romanch us de lor secta malvada.  
(Comenzando allí en la tierra de Granada  
y extendiéndose por toda la Berbería,  
que desde poniente hasta donde el día nace  
no quede uno de su malvada secta.)*

La escuadra del rey Alfonso estuvo a punto de naufragar a la altura de Mallorca, y Andreu Febrer describió la tormenta:

*Ço fo celh jorn que seguint lo viatge  
dels sants crusats, fom lay denant Malorques,  
quan l'enemichs nostres mayres exorques  
volch de nós far, gitant-nos a carnatge,  
e l'aura forts ab molt gran felhonia,  
e mar través nos saltet al devant...*

(Fué aquel día que continuando el viaje de los santos cruzados, estábamos delante de Mallorcas,

cuando el enemigo nuestras madres estériles  
de nosotros quiso hacer, lanzándonos a la lucha,  
y el viento fuerte con grande ira  
y mar a través nos saltó delante...)

Pero las invocaciones a la Virgen les ahorraron una muerte cierta.

Muy personal, pues difícilmente encontraríamos algo semejante entre sus compatriotas contemporáneos, es un poema de Andreu Febrer, donde declara que si en el mundo se perdiera la gentileza, él sabe la fuente de donde mana; es decir, la casa del conde de Cardona, y se entretiene en describir las galanías de su corte y las principales damas que la componen. Desfilan por los versos de Andreu Febrer la condesa de Cardona,

*Qui de valor e de granda proesa  
val mays que Isolt ne Serena la blanca,  
(Que en valor y en gran hidalguía  
vale más que Isolda y Serena la blanca),*

dona Johana, dona Francesquina, N<sup>a</sup> Sobrejoy, dona Elpha, dona Yolant, N<sup>a</sup> Beatrís d'Anglesola, Johana Pineda y Elphita la de França.

La presente traducción que acompaña a cuatro poemas de Andreu Febrer no pretende tener mérito alguno por sí sola; ha de ser, y confío en que lo será, una ayuda para el lector del texto catalán, para que recurra a aquélla cuando no entienda éste; por tal motivo espero que se me perdonen las frecuentes repeticiones de palabras y la poca soltura de la versión. He procurado ser siempre muy literal, pero a veces es tal la dificultad del texto—a trechos manifiestamente corrompido—que me he tenido que limitar a dar sólo una idea de lo que se puede intepretar del original.

M. R.

## I

**J**A per dir-vos mon cor e mon talant,  
bella, no-m cal venire may denant vós,  
car ab acort ferm e volenterós  
vos suy vengutz, dona, mil vetz denant  
que yeu vos dixés mon cor e m'entendença  
e com per vós muyr amant finament;  
mas lay on cuyt haver plus d'atrivença  
pert lo gosar e l parlar exament.

D'on yeu maldich l'amor que l començar  
me pres de vós ab ten gran senyoriu,  
car lunny de vós ab coratge fortiu  
vos prech e us gos dir que m vulhats amar  
e us quir mercè e us responch ses dubtança  
e suy de vós alegres e jausent;  
veus ab quin joy nez ab qual benanança  
pas cascun jorn mon amorós turment.

E mantes vetz axí pensant m'oblit  
tan fort que si m saluden no l respon,

I

**P**ARA deciros mi corazón y mi deseo,  
bella, ya no necesito más ir ante vos,  
pues con firme y voluntario acuerdo  
he ido, señora, mil veces a vuestra presencia  
para deciros mi corazón y mi entendimiento  
y cómo muero por vos, amando fielmente,  
pero cuando creo tener más atrevimiento  
pierdo la osadía y hasta el habla.

Por esto maldigo del amor que al principio  
me cautivó de vos con tan grande señorío;  
pues lejos de vos con robusta valentía  
os suplico y oso deciros que queráis amarme  
y os pido merced y os contesto sin vacilación  
y estoy alegre y contento de vos;  
ved con qué alegría y con qué bienestar  
paso mi amoroso tormento cada día.

Y varias veces así pensando me distraigo  
tan fuertemente que si me saludan no contesto,

d'on li plusor díson que ergulós son,  
ez yeu d'ayçò no n auray res ausit.  
Ay Dieu! qui pot penssar com hieu seria  
plus d'ergullyós, dona, si yeu hagués  
hun dels cent plaers que n vós pensant tot dia,  
e com me suy en la folia mes.

En tal folhor cové que me deport  
ses haver plus en què m vaxa ne m vir;  
ez altra vetz me vetz revenir  
devers vós; donchs suplich-vos que us recort  
que ieu no y seray vengutz per altra enpresa  
mes per dir-vos mon esmay;  
bé say que amor que n me s'és tant encesa  
denant vós no m o lexará dir may.

## II

Del cor preyon mi pàrton li sospir  
que pòrton lay mey huelh, trist remirant,  
al douç repaus on estay sayornant  
la plus gencers que l món s'ecord ne s mir,  
cuy valors fay sus les autres gresir  
tanc om no pot ses beutats pro lausar,  
car Dieu la volch eslegir e triar  
tal on no crey pogués mays assire.

por lo cual los más dicen que soy orgulloso,  
y yo de esto no habré oído nada.  
¡Ay Dios! quién puede imaginar cuánto estaría  
más orgulloso, señora, si tuviese  
uno de los cien placeres que continuamente me  
y cómo he entrado en la locura. [forjo de vos,

En tal locura me conviene solazarme  
sin tener otra cosa a que vaya o con que me entre-  
y si otra vez me véis volver [tenga;  
hacia vos, os suplico que recordéis  
no iré con más finalidad  
sino el deciros mi desmayo:  
bien sé que amor que en mí tanto se ha encendido  
delante de vos no me lo dejará decir nunca.

## II

Del corazón profundo me parten los suspiros  
que se llevan mis ojos, mirando tristemente,  
allá, al dulce refugio donde mora  
la más gentil que el mundo recuerda y mira,  
cuyo valor complace más que el de las otras  
en tanto que sus bellezas no se pueden alabar bas-  
pues Dios la quiso elegir y escoger [tante,  
tal donde no creo que pudiese sentarse ninguna.

Que anch puys en crotz volch sos bratz es-  
[pandir

Dieus no n formech tan belha, al meu semblant,  
bel cos e dreyt, blanx e lis, benestant,  
gay, humiliu, escusat defalhir,  
a cuy no cal pausar nez affegir,  
que n ses fayçons no s pot res milhorar;  
benaja amors qui la m faç tant amar,  
que n altre part no m torç ne m vol ne m vire.

Car pus m'avench de vós, bella, partir  
ultra mon grat, ja plus guerra no m dan  
mey huelh ne l cor, mas retornar poran  
lay on vós etz per plus yvars morir;  
c'al bé m val mort si us vey e no us gos dir  
—ne far pervey ab semblant nes esguars—  
l'amor que us hay, ne m i aus venturar,  
mas plorar cuig dels hulhs quan vos remir.

E sol que un pauch vos plagués sofferir,  
ja plus no vuelh que me detz bossa ne gan,  
ne guisardós autre ges no us deman,  
mas que us posqués ab vostra grat servir;



Pues nunca desde que quiso extender sus bra-  
[zos en cruz

Dios formó otra tan bella, a mi parecer,  
bello cuerpo, blanco, liso, dichoso,  
alegre, humilde, sin ningún defecto,  
al cual no hay que poner ni añadir nada  
porque en sus facciones nada se puede mejorar;  
bienhaya amor que tanto me la hace amar,  
que no me tuerzo a otra parte ni me vuelvo ni me  
[inclino.

Porque así que convengo, bella, alejarme de vos  
contra mi voluntad, no me dan ya más guerra  
mis ojos y mi corazón, pero podrán volverse  
donde estáis vos para morir más de prisa;  
pues todo bien me significa muerte si no os veo y  
[no oso deciros  
—no hago caso del semblante ni de la mirada—  
el amor que os tengo, ni oso aventurarme,  
pero me imagino que mis ojos lloran cuando os  
[miro.

Y sólo que os pluguiese soportarme un poco,  
pues quiero ya que no me déis bolsa ni ganancia,  
ni os pido otro galardón,  
sino poderos servir a vuestro agrado;

que yeu suy plus richs, dona, d'açò que us quir  
no fon Jason del velhor conquistar  
quan los perilhs del drach fer poch sobrar,  
e mays dels bous qui l cuydaren aucire.

Donques, si us platz, no m fessatz pus lan-  
[guir,  
que yeu no suy mort ne me n vau molt tardant

que l gran desir e l'auney m'aulciran  
si ab vós no puix mercè, breu, conseguir;  
car tant no m luny que eu vos puxa fugir,  
axi co l cerffs com se pot may tudar  
ffuig e quant ve que no pot scapar  
torna a las mans del cassadors morire.

A vós me ren, que alhors no pux gandar,  
Angel, pus vey ma mort apropiar;  
vós me valets, qui m podets restaurar,  
car altrament ja suy prop de finire.

### III

Dompna, lo jorn que yeu me parti de vós  
partí mon cor del cors e tench sa via,

pues soy más rico, señora, de esto que os pido  
que lo fué Jasón al conquistar el vellocino  
cuando pudo superar los peligros del fiero dragón,  
además de los bueyes que creyeron matarlo.

Así, pues, si os place no me hagáis languidecer  
[más,  
pues no estoy muerto, pero no estoy muy lejano  
[(a la muerte)  
porque el gran deseo y la congoja me matarán  
si no puedo conseguir pronto merced de vos;  
pues no me alejo bastante para que os pueda huir,  
así como el ciervo cuando no se puede refugiar  
huye, y al ver que no puede zafarse  
se vuelve para morir en las manos del cazador.

Me doy a vos, porque no puedo escapar de otra  
Angel, pues veo acercarse mi muerte; [manera,  
acorredme, vos que me podéis reanimar,  
pues de otra manera estoy en guisa de perecer.

### III

Señora, el día que me separé de vos  
separé mi corazón del cuerpo y emprendió su ca-  
[mino

no say vas un, mas bé pes que *ab* vós sia,  
que n autre part no pux creure que fos;  
per què ay bon dreig e raysó que yeu me *planya*,  
belha, de vós qui l m'avets tant lunyat  
del cors, qui say roman desesperat  
si que de plor tots jorns ma faç se banya.

E puy que axí los tenits entremdós  
acompanyats jus vostra senyoria,  
no m'oblidets; mas si per gelosia  
los vol partir algun truan gelós,  
metets lo meu primer en l'avantguarda  
que lh guardarà vostra onor *finaments*,  
si com leyals e fis e franchs servents  
de vostra amor que n nulh bon fayt se tarda.

Car de vós és e de vós ha estat  
mon cor tostemp e serà de ma vida;  
e par-ho bé, car a la departida  
l'ay yeu perdut e vós l'avetz guanyat;  
de què podets haver ferma creença  
que yeu suy ses cor per dones requerir;  
vós n'avets dos per la fe mantenir  
contra tots celhs qui m *vólon* far offensa.

no sé hacia donde, pero cierto estoy de que está  
[con vos,  
pues no puedo creer que en otro sitio;  
con lo cual llevo justa razón al lamentarme,  
bella, de vos, que me le habéis alejado tanto  
del cuerpo que permanezco aquí desesperado,  
de tal suerte, que todos los días de llanto se baña  
[mi faz.

Y pues ya que así los tenéis entrambos  
en compañía bajo la señoría vuestra,  
no me olvidéis; pero si por celos  
los quiere separar algún truhán celoso,  
poned el (corazón) mío primero en la vanguardia  
y él velará fielmente vuestro honor,  
como un leal y fiel y franco servidor  
de vuestro amor que ante ningún buen acto vacila.

Pues es vuestro y vuestro ha sido  
mi corazón siempre y lo será toda mi vida;  
y es así, pues en la separación  
perdílo y vos lo habéis ganado;  
por ende podéis tener firme convencimiento  
de que no tengo corazón para requerir a las mu-  
y vos tenéis dos para mantener la fe [jeres;  
contra todos aquellos que quieran ofenderme.

Ez ab aytan mandats ço que us playrà,  
senyora proz, car no m veuretz estrayre  
de far tot quant me comandets a fayre,  
ans per tostemps de cert vos amarà,  
malgrat d'aycelh qui tots jorns se rencura,  
can vostre cors veu tan gen captenir  
de gay solaç, d'autament aculhir,  
on valetz mays quez outra criatura.

Qu enaxí crex tots jorns vostra beutats  
e valors grans qui de vós naix e brulha,  
quez yeu no say d'Espanya tro en Pulha  
home que us vis no n fos enamorats;  
e per ço crey bé que seretz requesta  
per tots aycelhs que mils sabran triar;  
mas vós, amor, prech vulhatz-me guardar  
can serà obs, ma joyosa conquesta.

Angel, en vós ha tanta de mesura  
e de bos aips que us sabetz *far* grasir  
als pauchs, e lls grans amar e cartenir,  
e mays als proz en cuy fis pretz atura.

Y entretanto mandad lo que os plazca, señora excelente, pues no me veréis esquivo en hacer todo cuanto mandéis que haga, sino que para siempre os amaré de verdad, a pesar de aquel que continuamente se enoja, cuando ve vuestro cuerpo sustentar gentileza tanta de alegre solaz, de abierta acogida, porque valéis más que otra criatura.

De esta manera crece cada día vuestra belleza y grande valor que de vos nace y brota, pues no conozco desde España hasta Pulla hombre que al veros no se enamorese de vos; pero cierto estoy de que seréis requerida por todos quienes sabrán escoger mejor; pero a vos, amor, os ruego me queráis guardar para cuando sea necesario, mi dichosa conquista.

Angel, hay en vos tanta medida y buenas gracias que sabéis hacer placenteras a los pequeños, y a los grandes (sabéis) amar y [apreciar y más aún a los hidalgos en cuya fidelidad hay mé- [rito.

IV  
(BALADA)

Ay cors avar, escàs, richs de mercè,  
larges e franchs, de tota onor complida,  
lo mils del món; si no us hay fayt per què,  
las, com voletz axí fenir ma vida?  
trist, enguxós, desamat, plen d'esmay,  
amorós bast de tota grieu tristura,  
pus que yeu no suy vostre, de qui seray?  
Mort, vina tost, fenex ma aspre ventura.

Abandonats cuy amors no sosté,  
marrits, caytius, hon hauray may gandida,  
pus la non par e millor de tot bé  
no m vol per sieu e ab non chaler, oblida  
la fina amor e l ben voler que yeu hay?  
e mon las cor d'autra amar ges no s cura;  
pus que yeu no suy vostre, de qui seray?  
Mort, vina tost, fenex ma aspre ventura.

Mala viu hanch la dolor qui us manté  
e l fin gay pretz d'on etz la mils aybida,  
e mal anch viu ma ferma leyal fe  
qui de tal bruyt a ma amor haunida,



## IV

### (BALADA)

Ay, cuerpo avaro, mezquino, rico de merced,  
liberal y franco, dotado de todo honor,  
el mejor del mundo: si no os he dado motivo  
desgraciado de mí, ¿por qué queréis así acabar mi  
[vida?,  
triste, angustioso, desamado, lleno de desmayo,  
amorosa carga de toda grave tristeza,  
¿pues no soy vuestro, de quién seré?  
Muerte, ven pronto, acaba mi áspera ventura.

Abandonado, sin que mi amor me mantenga,  
triste, desgraciado, ¿dónde hallaré huída,  
pues la sin par y mejor que todo bien  
no me quiere por suyo y no le importo, y olvida  
el fiel amor y la benevolencia que le tengo?  
Y mi cansado corazón no se preocupa de amar a  
¿Pues no soy vuestro, de quién seré? [otra.  
Muerte, ven pronto, acaba mi áspera ventura.

Alguna vez vi mal el dolor que os mantiene  
y la fiel alegre estima de que sois la más perfecta;  
y alguna vez vi mal mi firme y leal fe  
que de rumores hayan deshonrado mi amor,

que autre plaser jamés de vós hauray,  
mas solament l'amor si us par dretura.  
Pus que yeu no suy vostre, de qui seray?  
Mort, vina tost, fenex ma aspre ventura.

Londan amor, tot quant vey say ne lay  
m'és vil e leu com l'ombra que pauch dura.  
Pus que yeu no suy vostre, de qui seray?  
Mort, vina tost, fenex ma aspre ventura.

pues no tendré nunca otro placer en vos,  
sino solamente el amor si os parece correcto.  
¿Pues no soy vuestro, de quién seré?  
Muerte, ven pronto, acaba mi áspera ventura.

Lejano amor, todo cuanto veo aquí y allí  
me es vil y deforme como la sombra que dura poco.  
¿Pues no soy vuestro, de quién seré?  
Muerte, ven pronto, acaba mi áspera ventura.

El texto catalán aquí reproducido está copiado de la edición de las poesías líricas de Andreu Febrer, preparada por Manuel de Montolíu. No obstante, lo he revisado ante el manuscrito original y único—7 de la *Biblioteca de Catalunya*—, lo cual me ha permitido introducir algunas variantes en el texto de la citada edición. Los poemas que aquí llevan los números I, II, III y IV, tienen allí los números II, V, VI y XI. Las principales variantes en esta edición con respecto a la básica son: poema I, línea 31, ed. Montolíu *de say*, aquí *bé say*; poema II, línea 12, ed. Montolíu *sensat defalhir*, aquí *scusat defalhir*; en el mismo poema, línea 34, ed. Montolíu *neo suy*, aquí *no suy*.

## BIBLIOGRAFÍA

*La Comedia de Dant Allighier (de Florença) traslatada de rims vulgars toscans en rims vulgars cathalans per N'Andreu*

*Febrer*, editada por Cayetano Vidal y Valenciano. Barcelona, 1878.

Manuel Milà i Fontanals: *Poètes lyriques catalans*. (*Obras completas*, III, 443.)

Amadée Pagès: *Auziàs March et ses prédécesseurs*.

*Las poesias líricas de Andreu Febrer*, edición crítica publicada por Manuel de Montolíu. (Extrait de la *Revue Hispanique*, tome LVII, New-York-Paris, 1923.)

Marçal Olivari: *Notes sobre les poesies líriques d'Andreu Febrer*. (*Revista de Catalunya*, 7 ener del 1925.)

(Selección, traducción y notas de MARTÍ DE RIQUER)

# ***CRIBA***

# LAS COSAS CLARAS

## CIENCIA Y PACIENCIA

*¿Quién te dió a ti cuidado de las estrellas y puso a tu cargo sus caminos? ¿Para qué gastas tu vida en acechar curioso sus jornadas? Deja el cuidado a la providencia de Dios y a la ley que las gobierna, en cuya obediencia trabajan día y noche; que por más que te fatigues en entender los secretos del cielo, no has de saber más de lo que tú inventares y soñares, disponiendo las cosas para entenderlas, y nunca las entenderás como están dispuestas, por más que estudies.*

(De Quevedo: *La cuna y la sepultura.*)

## LA DECISIÓN DE DONOSO

*Donoso Cortés. Leben und Werk eines spanischen antiliberalen.*  
(Edmund Schramm, *Ibero-amerikanisches Institut*, Hamburgo).

El racionalismo es el pecado más parecido al  
pecado original.

Todos los locos son racionalistas.

*Donoso.*

Apenas si abarca medio siglo la dramática vida de Donoso. Dramática por dentro, pues su vida visible, con su viudez temprana, con su moderantismo, con su distanciamiento diplomático y su inhibición política, es de las más apacibles de ese encrespado evo. ¡Qué medio siglo, qué precipitación de tiempos, de sacudidas revolucionarias y de paradas militares! Sacudidas y paradas que flanquearán, como dos vertiginosos abismos, su paso rápido por la tierra. Que le atraerán espantosamente o que le espantarán atrayéndole en una angustiosa agonía hasta descansar, apocalípticamente, en la fe.

En la *Memoria sobre la situación actual de la Monarquía* que eleva a Fernando VII a los veintidós años, en los momentos críticos en que el rey, convaleciendo de muerte, restablece la *Pragmática sanción*—octubre del 32—y se van espesando, agolpando, los temores de la guerra civil, Donoso no ve más que un peligro: el de las facciones carlistas, y aconseja al Gobierno—Cea Bermúdez—que se constituya él también en facción. Con el bozo apunta el dictador, el dictadoreense. El otro peligro, el revolucionario, no existe porque ya *los espa-*

*ñoses saben que la revolución que ataca actualmente a la Europa es menos una revolución política que una revolución social..., porque las masas no hacen las revoluciones por principios, sino por intereses.*

Dos años más tarde publica sus *Consideraciones sobre la diplomacia*, que son una interpretación racionalista, guizotiana, de la misma. El señorito de Don Benito ha encontrado su maestro. Sorprendente encuentro éste de Donoso y Guizot, dos vidas paralelas, sin embargo, que no podían encontrarse nunca.

Guizot ha crecido al uso de la razón con la revolución, y toda su vida, centenaria casi, no tendrá más sentido ni será sostenida por otro empeño que el de hacer entrar a la revolución en su uso de razón. Completarla, acabarla, asentarla, cerrando la libertad social con la libertad política, que no otra cosa significa el gobierno representativo. Con qué seguridad, con qué imperturbable, faraónica seguridad, a través de los años y de los desengaños, seguirá creyendo en los fueros de la inteligencia, de la razón, de las clases medias racionalistas e inteligentes, en el sentido común, *genie de l'humanité*, y en sí mismo, numen consciente de una época definitiva. Con la misma seguridad con que aborrece del pueblo: *ce monde du dehors, illimité, obscur, bouillonnant, que les bruyons et les badauds appellent le peuple.*

¿Será el miedo al pueblo – a la masa, que no hace la revolución por principios – lo que lleva a Donoso al regazo seguro, razonablemente entrañable, del gran maestro? Lo que le lleva y lo que le trae. En pleno fervor racionalista, inteligentista, pegadizo fervor de catecúmeno, reiteran atractivamente su presencia los dos abismos, y la angustia no cede sino ante la explicación analítica: lo mismo las dictaduras – soberanía del Gobierno – que las revoluciones – soberanía del pueblo – encuentran su razón de ser, su justificada existencia, como pronunciamientos de la razón en estado de necesidad. La razón,



sofocada, sale violentamente por sus fueros. Son la *última ratio* o ultimátum de la razón.

Le lleva y le trae. En los meses que separan las *Consideraciones sobre la diplomacia*—su primera profesión de fe racionalista—del prólogo que le precede han ocurrido el cólera que se inicia en Vallecas y la matanza de frailes que comienza en Madrid. En ese prólogo plantea nada menos que el problema del mal, de la conexión entre el mal físico y el mal moral. *Cuando estas coexistencias de calamidades físicas y de perturbaciones morales se verifican en un pueblo, el espectáculo que ofrece es siempre una lección para los que gobiernan, porque la sociedad se presenta desnuda de los velos que la cubren...* Todavía no se ha encendido el fanal luminoso que serán luego para él las revoluciones; pero nos espabila el rápido viraje del reflector que trata de sorprender un contacto.

Dos años después de su famoso cursillo apologético de la razón política, en el Ateneo—con su inesperada evocación del hombre fuerte—, dos años nada más, en 1839, establece el *juicio crítico sobre los doctrinarios* en una *polémica con el Dr. Rossi*. Buen análisis de los analíticos doctrinarios, eficaces mientras se trata de allanar obstáculos—que impiden la fundación de la libertad política por el Gobierno representativo—, de quemarlos a la luz concentrada del análisis, pero *impotentes* para construir, lo contrario de lo que ocurre a los dogmáticos de la soberanía popular—Rousseau—o del derecho divino de los reyes—De Maistre—. ¡Aquella nonnata fe de Donoso en la razón y aquel su miedo al pueblo que se le metió en el cuerpo mientras huía del cólera!

Con el desencanto en el alma, pasa en Francia sus años de emigrado y conspira desde París en la caída de Espartero—julio de 1843—, que le permite volver a la patria. Son los años en que Guizot emprende desde el Poder su resistencia dilatoria contra las *reformas parlamentarias y electorales* que traerán en bandeja de banquetes la revolución del 48. No tiene fe en

Guizot, en sus resistencias analíticas contra los dogmáticos; pero tampoco dispone de un dogma político. La experiencia francesa y la de su patria le reavivan acaso lecturas de uno de sus vates favoritos, aquel vizconde inquieto que había escrito en 1834, en la *Revue des deux Mondes: L'Europe court a la démocratie*. Él lo ve ahora, limpios sus ojos de las telarañas de la razón y lejos ya el miedo del cuerpo. Uno de los dos abismos parece que se le viene encima, irremisiblemente, como en esas tomas de cine a contrapelo. El romanticismo político no pide sino acomodarse a los tiempos para salvarlos. Darles la libertad, pero cristiana. Aceptar la democracia, pero haciendo antes que el pueblo vaya a Dios para que sea su portavoz.

Pero... *la revolución de febrero vino como viene la muerte: de improviso*. Como vinieron el cólera y la matanza de frailes. El 4 de enero pronuncia en el Congreso su discurso, de resonancia europea, sobre la dictadura. Las leyes se han hecho para la sociedad y no al revés. Ahora que la civilización europea, la amurallada civilización católica, amenaza derrumbarse al estrépito de la trompetería socialista, urge oponer a la dictadura del puñal la del sable. Pero no haya cuidado de que él lo blanda; su instinto se revela contra su razón; él no es capaz de hacer daño a nadie (1). ¡Por algo aconseja Unamuno —buen argumento *ad hominem* de este otro agonista— que sean los mismos que dictan sentencia de muerte quienes la ejecuten!

Se marcha de embajador a Berlín, abandonando el campo a Narváez. El 16 de julio de este mismo año está fechada la sorprendente carta que dirige a los señores redactores de *El País* y *El Heraldo*. Cuando las lecciones del Ateneo, el auxiliario Gallardo se había metido con el bisoño guizotista llamándole plagiaro, pequeño *guizote*, y calificando su estilo de *apocalíptico* (2). La verdad es que todos sus escritos tiemblan de anticipaciones tremebundas, de abismáticas proyecciones,

de manoteadas ansias de asidero, de precipitaciones mentales absolutas, de clavos ardientes perforando futuros. Pero esta carta es, al pie de la letra, una interpretación apocalíptica de la historia, de toda la historia, desde la creación al final juicio. En el mundo triunfa, *naturalmente*, el mal, y es menester nada menos que una *intervención personal* de Dios para restaurar el reinado del bien. Así desde la creación hasta el diluvio; desde el diluvio hasta la venida de Cristo; desde Cristo hasta el día del Juicio. ¿El día del Juicio? *No sería prudente olvidar que va ya para seis mil años que el género humano peregrina sobre el mundo.*

Estamos, pues, en el año mil. *La sociedad europea se muere; sus extremidades están frías; su corazón lo estará dentro de poco. Y ¿sabéis por que se muere? Se muere porque está envenenada.* Ya no cabe duda que la civilización se derrumba, sin remedio, al estrépito de las trompetas socialistas. Este es el veneno, el socialismo; esto es, el racionalismo en su expresión más absoluta y consecuente, con la negación del mal, del pecado original, con la emancipación absoluta de la razón. *Yo no había comprendido la rebeldía gigantesca de Luzbel hasta que he visto por mis propios ojos el orgullo insensato de Proudhon... En cuanto al dogma de la perversión ingénita de la naturaleza humana y de su inclinación hacia el mal, ¿quién lo pondrá hoy en duda si pone los ojos en las falanges socialistas?* (Carta a Montalenbert, 25 de mayo de 1849.)

En su libro *La démocratie en France*, también de enero de 1849, Guizot, el descalabrado, sigue impertérrito, conmovedoramente impertérrito, en sus trece, en sus 1789 y 1830 exactamente. *On ne suprimera pas plus la démocratie dans la société que la liberté dans le gouvernement.* La república puede ser un Gobierno digno como el parlamentario; pero ¿a qué ese empeño en titularse oficialmente *democrática*? ¿Es que se llama así la república norteamericana, que sirve de modelo, y que, socialmente democrática, es políticamente presiden-

cialista? Pero no es esto lo malo; mejor dicho, lo peor; lo peor es que se está dando mucho aire a eso de la *república social*, simple eufemismo por *guerra social*: *un fléau, une honte que notre temps ne peut accepter.*

*Un fléau. Une honte.* En una de las cartas que escribirá desde París Donoso nos dirá, aleccionado por las luchas francesas por el censo electoral, que la revolución de 1789 (3), la de Guizot, no ha sido sino una batalla ganada por los ricos contra los reyes y contra los pobres para, ya en el Poder, duplicar su riqueza. Metternich le confiesa en una ocasión que Guizot es un *bon garçon qui revient à la vérité* (4). Efectivamente, en ese mismo libro tiene escrito *qu'il faut résister, non seulement au mal, mais au principe du mal, non seulement au désordre, mais aux passions et aux idées qui enfantent le désordre.* Y su *esprit de gouvernement* no pide ayuda ahora al *esprit révolutionnaire*, como en 1830, sino al *esprit de famille*, al *esprit politique* y al *esprit religieux*. Pero Donoso ha visto definitivamente, a la luz del último fanal iluminado con las teas incendiarias, que la revolución burguesa de 1789 y 1830, la revolución republicana de 1848 y la revolución social que se avecina son los tres miembros de un solo silogismo. El Gobierno parlamentario no es más que la revolución en el Parlamento, y el doctrinarismo, Guizot, un espíritu fantasma, una vaciedad inaprehensible, cuya inexistencia se puede demostrar también silogísticamente como la del escepticismo.

Sus cartas desde París—1851 y 1852—sobre la situación política en Francia rezuman un desengaño corrosivo. Las clases medias, amigas siempre de los hechos victoriosos; el *gran partido del orden*, que no es ni partido, ni grande ni de orden; la monarquía legítima, que parece cegada por Dios para su perdición, tal la contumacia de su torpeza; en fin, el pueblo, republicano, esto es, ingobernable. Teme, teme obstinadamente que el presidente llegue tarde con su golpe de Estado. Continúa la sugestión de los dos abismos. Un último intento,

todavía, a pesar del desengaño apocalíptico. Último y audaz, pues consiste nada menos que en abrir un paso entre aquéllos. Golpe de Estado e inmediatamente el baño jordanesco del sufragio universal. *Yo tengo motivos para afirmar que esto último es lo que se propone el Presidente de la República.* (Carta del 24 de octubre de 1851.) Los motivos suyos eran que le había llamado a consulta Luis Napoleón para conocer una opinión que coincidía con la suya.

El intento prosperó espléndidamente, y acaso por eso el desengaño de Donoso será definitivo. Napoleón III, como su ilustre tío, pacta con la revolución. Reveladoramente nos dice en carta al director de *El Herald* (30 de abril de 1852): *Si hay un hombre en la tierra que se subleve y salga fuera de sí con sólo nombrar esos dos monstruos de la especie humana —tiranía y revolución—, ese hombre soy yo; y aun por esto mismo debo pasar y paso por uno de sus admiradores.* No; las tiranías, como las revoluciones, son *fenómenos injustificables*, explicables tan sólo como males que Dios permite para sacar de ellos un bien de escarmiento. *Pero al fin se me dirá: cuando esa bella libertad católica no existe, ¿qué se ha de hacer? ¡Qué se ha de hacer! Buscarla, o resignarse al turbulento flujo y reflujo de las tiranías y de las revoluciones. A mí no se me ocurre que haya que hacer otra cosa.* Su última decisión, la de la libertad cristiana, mata su vacilante, su angustiado *decisionismo* paralizándolo. ¿O es que eso de la libertad cristiana es una teoría política? Y ese buscarla, ¿será decididamente a cristazos y no por la libertad de la Palabra? (5).

Donoso, por ese doble escotillón, se escapa de la política a la religión. Agustinianamente comprometido en el problema del mal, al que San Agustín llega por dentro, por el sabor agridulce del pecado, sabor de las peras hurtadas que le repite eternamente y al que Donoso parece haber llegado por fuera, a través de las calamidades, de las dictaduras, de las revoluciones, de las pestes. San Agustín afronta serenamente

la caída de Roma en manos de los bárbaros. ¿Cobra, por fin, serenidad Donoso en su retirada con el pensamiento de que *en ningún pueblo verdaderamente católico se han conocido jamás por largo tiempo ni la dictadura de un hecho brutal ni el hecho brutal de una dictadura?* (París, 30 de abril de 1852.)

Donoso, que ya empleó el dilema de malos y buenos contra los carlistas, sabe de esas *muchedumbres ateas que tienen hambre y sed*, sabe que *de lo que hoy se trata sólo es de distribuir convenientemente la riqueza que está mal distribuída (ésta, Señora, es la única cuestión que hoy agita al mundo)* y que *la revolución ha sido hecha en definitiva por los ricos y para los ricos*. (Carta del 26 de noviembre de 1851 a la Reina Madre.) He aquí un bonito trozo de interpretación materialista de la historia—¿y qué otra cosa sería su cristiana visión apocalíptica?—que algo puede tener que ver con esas interpretaciones cristianas que nos ofrecen algunos materialistas históricos. Este antirracionalista tremebundo se acordaría acaso de sus primeras palabras, *que las masas no hacen las revoluciones por principios*, ahora que aquellos intereses son el *hambre y la sed*, ahora que *al egoísmo insolente de los ricos se enfrenta vindicativa la impaciencia criminal de los pobres*. ¿No está más allá ya de las dictaduras y de las revoluciones, no han descubierto sus ojos, sus descorazonados ojos, otro abismo, abismo tapado ciegamente por su ímpetu, que ya no flanquea su paso, sino que se lo devora bajo los pies, cuando anuncia el escándalo de su sorpresa porque habiendo habido siempre ricos y pobres sólo ahora, en nuestro tiempo, se han sublevado definitivamente los pobres? Él cree saber que esas muchedumbres hambrientas de hambre, de sed y de Dios, disponen de la *maza de Hércules del sufragio universal*. ¿Cómo es que a su profetismo se le escapa ahora, como al principio el peligro liberal, el verdadero peligro socialista? El *Manifiesto comunista*—48—les había dicho ya a los proletarios de todos los países *uníos* porque había visto—con la

cabeza: interpretación materialista y apocalíptica de la historia—que esa maza era la carabina de Ambrosio y había vestido a la luciferina *Filosofía de la Miseria* con el sambenito de su miseria filosófica.

*La riqueza, acumulada por un egoísmo gigantesco, es menester que sea distribuída por la limosna en grande escala. La palabra ha sido, es y será siempre la reina del mundo. La Sociedad no perece por otra cosa sino porque ha retirado a la Iglesia su palabra, que es palabra de vida. Pero pensaba en el remedio de la limosna cuando todavía tenía fe en las monarquías y en las dictaduras, en los monarcas santos y en los hombres mesiánicos. Rota esa fe, descuajada como su frágil decisionismo imponente, ¿qué nos quiere decir la insolitez de su sorpresa, cuando estadística y cristianamente la maldad de los hombres se distribuye con generosa indiferencia por todos los tramos de su historia? ¿Y qué hay de su fe en la palabra—con minúscula—tras esa evidencia, tan amargamente pregustada, de que los pueblos que pierden la fe no vuelven, como los individuos, a ella? Preguntas con que le queremos poner de pie en nuestra época.*

Los *ibero-amerikanische Studien* del Instituto del mismo nombre, de Hamburgo, han publicado un bello estudio de Edmund Schramm sobre la enigmática figura, tan española, de Donoso. Este libro, que es una guía completa, ponderada, sagaz a veces y siempre útil a través de la obra dedálica de Donoso, nos ha incitado a abordar el tema Donoso, tantas veces maltratado por manos poco o demasiado expertas. El título de este libro no lo anticipa, a pesar de su concreción antiliberal, como otros títulos tan absolutamente indeterminados que rezan, por ejemplo, *su posición en la historia de la filosofía del Estado europeo*. Siempre al hilo de los documentos, con abundantes resúmenes, con inflexiones y vueltas bruscas como las que marca constantemente el biografiado, no le haríamos

más reproche que el de su virtud, su ponderación de guía indicador que le impide la resolución del compromiso. Insinúa, por ejemplo, que dos corrientes, una religiosa y otra política, corren paralelas y a veces se entrecruzan, dejándonos en el aire la dentera de lo inacabado. Virtud irreprochable, por el contrario, cuando no insiste, aunque lo aluda literalmente, en ese decisionismo que Carlos Schmitt atribuye modestamente a Donoso. Tampoco en ese otro descubrimiento de que *en toda gran cuestión política va envuelta una gran cuestión teológica*. Si Donoso se sorprende de la sorpresa de Proudhon, nosotros no nos sorprendemos de la fecunda mina que Carlos Schmitt ha encontrado en la explotación de ese descubrimiento. Tendría su explicación en un capítulo cualquiera de la Sociología del saber, del saber alemán, claro está, pues la Sociología puede y debe, como la economía, regionalizarse, como la tendría en otro capítulo de la Sociología del saber español el sarampión schmittiano que cunde entre los jóvenes pensionados españoles. Pero en fin, el sarampión pasa, acaso tenga que pasar, mientras que la obra de Schmitt queda, se queda como un claro ejemplo de decisión. En resumen, un libro recomendable y al que también nosotros estamos agradecidos porque, entre otras cosas, le debemos las citas que indicamos. — E. I.

(1) Otra curiosa muestra de su decidido indecisionismo, de su escisión entre decisión e indecisión, es aquel trozo de una carta, un poco posterior, que Schramm destaca, donde nos declara, refiriéndose al Gobierno de España por entonces, cómo le es imposible practicar la transigencia que su razón considera necesaria en el gobierno (gobernar es transigir, se ha dicho siempre). El desprecia, repugna tanto transigir cuanto los oportunistas desprecian la virtud.

(2) Recordado por Edmund Schramm.

(3) Guizot, en sus *Memorias*, al final, distingue analíticamente en la re-



volución francesa la revolución de 1789, o sea la del gobierno representativo; la de 1791, o sea la de una monarquía republicana; la de 1793, o sea la republicana.

En su libro *Le gouvernement de la France...* (1830) había distinguido fundamentalmente en la revolución lo que fué en sus principios: lucha por el imperio de la ley moral, y lo que fué como hecho acontecido entre dos fechas. La invocación a la *soberanía del pueblo* fué sólo un instrumento de combate, nunca el principio que le sustentaba. Los dos libros, éste del 30 y *La démocratie en France* del 49, son también las dos fechas memoradas que abren y cierran otro acontecimiento: el gobierno representativo con Luis Felipe.

(4) Citado por Edmund Schramm.

(5) *Yo tengo fe en pocas cosas, pero la tengo en mis ideas, que triunfarán después del diluvio, que no ha de tardar en llegar*, dice poco más o menos en otra carta—citada también por Schramm—, que por su fecha se coloca entre la del 16 de julio de 1849 y la del 30 de abril de 1852. El *momentum catastrophicum* definitivo, apocalíptico, se adiluvia y achica hasta dar en la mareada mar—flujo y reflujo—de las revoluciones y las dictaduras.



# *Pasos*



*RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS*

*ALGAROTTI, PERO NO TODO*

(1712-1764)

**FEBRERO**

**1 9 3 6**

2006

2006

2006

2006

2006

2006

2006

## LA VANAGLORIA VI SARÁ SCONFITTA

(Verso del «Triunfo de la muerte» en el camposanto de Pisa, donde reposan los restos de Francisco Algarotti.)

EL conde Francisco Algarotti nació en Venecia el año 1712, de una familia de mercaderes ricos que aspiraba a la nobleza. Sus hermanas casaron con gentileshombres apuntados en el *Libro de Oro*. Francisco era el menor y obtuvo para sí y para Bonomo, su hermano primogénito, el título prusiano de conde por íntima privanza con el gran Federico. En verdad, Algarotti trabajó siempre para el rey de Prusia.

Venecia rara vez o nunca dió gentes con una radical vocación para las cosas del espíritu; no dió jamás grandes filósofos, ni grandes santos, ni grandes poetas. La República, *reloj de los príncipes y sabia escuela*, era un magno aparato de eficacia, donde el mayor deseo de excelencia lo asumía el Estado, y en los individuos se sustituía generalmente por la ambición, la vanidad y la mediocridad. Algarotti, ante todo, es un vano. Su vida, como aquella pompa de cristal de los vidrieros de Murano—o como aquella pompa de jabón, que él mismo describe en una de sus mejores páginas—, quiere irisarlo todo, pero se deshace sin consecuencia. *Splendet dum frangitur*. Quiere aparecer ante Europa como un hombre que sabe todas las ciencias, anda en todas las cortes, escribe en todos los idiomas y se cartea con todos los que le parecen grandes hombres. El centro de toda esta curiosidad es él mismo, en función de vanidad redomada. Vive, como Goethe—sin la altura

de Goethe—, para la biografía; escribe cartas para que sean publicadas; se viste para los retratos; se muere para el mausoleo. ¡Pobre conde Francisco Algarotti! No tuvo en la Venecia de su tiempo el alma divertida, fantástica y poética de los Gozzi, ni el ingenio burgués y ameno, que vino algo después, del abogado Carlitos Goldoni. No pudo resistir la alegría alocada de los carnavales de la Piazzetta y anticipó el resentimiento melancólico de Juan Jacobo, a quien la chavala de mantoncito negro, que pasaba el Rialto desde la Pesquería, dijo una vez: *Anda, Zannetto, déjate de Venecia y vete a Ginebra a estudiar las matemáticas*. Y se fué como Juan Jacobo. Pero él volvía la espalda—sin la razón de Dante—a las fuentes de su bautismo.

Así se hizo europeo de gran tono. Pero tampoco llegaba en la elegancia, que era sin duda preocupación fundamental en él, a la línea de aquel otro conde vagamundos, toscano éste, vano y egoísta como él y de auténtica raza de gentileshombres, que se llamó Lorenzo Magalotti y fué como su precursor. Yo hubiera querido, de tener libros a la mano, reunir en una sola antología estos dos hombres que se parecen como el eco de sus apellidos. Lorenzo Magalotti era un postgalileano de la escuela de Torricelli en 1685, como Algarotti era un newtoniano en 1750. Los dos amaron por igual argumentar en los salones con el gesto de su mano pulida, que salía de una manga de encajes. Los dos sirvieron *el cetro de los reyes con librea de rosas*, y los dos pudieron escribir a sus amigos, como Balzac, el viejo: *Je me sauve a la nage, au milieu des parfums*. Uno y otro, quisieron hacer príncipes a sus cincosentidos, y un gran cataclismo de Europa se consumaba risueñamente en ellos: la inteligencia se ponía al servicio de la sensibilidad, y la empirie asumía por todas partes el nombre de razón. La señora se hacía sierva, y la *concierge, madame*.

Algarotti estudió en el Colegio Nazareno, de Roma, que todavía existe, y luego en Bolonia, donde fué discípulo de doctos





*Francesco Maria Zanotti*



académicos—muy celebrados por Voltaire—, como Francisco María Zannotti y Eustaquio Manfredi. Ellos le enseñaron las matemáticas, la astronomía, la física. Aprendió además la anatomía, el griego, el latín, el francés, el inglés y, más tarde, de acá para allá, todo lo *scibile*, desde la táctica militar a la ópera de música. Dijo que quería vivir *con leyes inglesas bajo ático cielo y en casa francesa frente a un palacio del Paladio*. Era anglómano y afrancesado. Hubiera hecho el amor a Corina. Fué precoz. Sus maestros, que le adoraban, le llamaron *el algarottino*. A los veintiún años marchó a Francia, a París de Francia, como niño prodigio. Era un Juanito del siglo xviii. Herborizó en el Monte Valeriano antes que Rousseau, y escribió en 1733 el *Newtonisme pour Dames*. Quiso hacer con Newton lo que había hecho Fontenelle con Descartes. En Italia, el marqués Scipione Maffei, de Verona, y Zannotti, el de Bolonia, habían empezado ya a escribir los diálogos científicos y amorosos con señoras, que bajo el cielo de Venecia, dos siglos antes, había enseñado León Hebreo. Algarotti, en su *Newtonisme*, se ufanaba de haber evitado toda pedantería, lo cual suele ser siempre la máxima habilidad de los pedantes.

Entró pronto en la rueda de los De Maupertuis y De Clairaut, que le convidaron a Suecia para definir la figura del globo terráqueo. En seguida fué admirado por Mesdames du Boccage y de Chatelet, y a través de los mejores *boudoirs* filosóficos y con laboratorio, llegó a las gracias del señor de Voltaire. Hacía carrera. No tenía el garbo del abate Galiani; pero quería, como él, escribir lo mismo un ensayo sobre el comercio de trigos que un libreto para comedia con música. Era un modelo para nuestros caballeritos de Azcoitia, que son ya de tercera mano. El fondo de su alma debió de ser árido y enojoso, y por eso se esforzó con buena fortuna y linda cara en hacerse divertido y amable. Casi lo logró por completo en algunos instantes. Plagiando el *non omnis moriar* de Horacio, quiso

que su epitafio dijera: *Algarottus sed non omnis*. Este es el consejo mejor para leerle y conocerle: *Algarotti, pero no todo*. Todo, sería insoportable. Algo, puede ser delicioso. Lo he traducido espigando al azar su obra copiosa, sin gran empeño ni gran vocabulario, en ocio de verano y a la ligera, como quiere y merece él ser tratado. Su estilo está lleno de encantos y de imperfecciones, a pesar de la larga limadura. A veces, en la traducción, he tentado restituirle sin violencia a lo que él pretendía a ratos, que fuera el aire toscano de su prosa. A pesar de los muchos defectos del hombre y de la obra, quedan de Algarotti algunas chispas diamantinas de gran escritor. Un crítico listo diría que era sobre todo un gran periodista. Pero eso ya se ha dicho de los autores de los cuatro Evangelios y de Napoleón Bonaparte.

En el fondo de todo italiano de alguna raza hay siempre un antiguo, y bajo la frialdad académica de Algarotti, como bajo aquel volcán en la nieve, que dicen Miguel Angel y nuestro Moreto, hay a veces un resplandor de los mejores días, la gran llama mental del siglo xv, que en el xvi empieza a crecer retorcida en volutas barrocas y en el xvii es ya una fantástica, complicada locura de humo y de fuego. Es la llama que canta, como la espiral de Bernouilli: *Eadem mutata resurgo*.

Tuvo Algarotti una espléndida cultura de los ojos. Sus estudios de óptica y de astronomía, sus viajes hiperbóreos, su gusto apasionado por la pintura, hacen de él como la figura central de uno de esos cuadros de Breughel dedicados al sentido de la vista, donde hay paredes cubiertas de pinturas, prismas y copas de lucido cristal, vasos llenos de agua y de flores, mesas de pórfido, espejos, mapas, astrolabios, telescopios, lámparas, libros abiertos, bolas de azogue, ventanas abiertas al aire libre, al vuelo de los pájaros, al cielo, a los jardines, a un fondo de mar con navíos en un puerto de rocas azuladas. Acaso, lo que amó de verdad fué la pintura como

engaño, como ilusión diabólica, como cámara oscura de Luzbel, ángel de luz y de tinieblas.

No pretendo traer ni siquiera un esbozo biográfico ordenado de la vida frívola y varia de Algarotti, donde el mayor paréntesis es la privanza con Federico *el Grande* en Postdam, ni tampoco una referencia bibliográfica de sus obras, que ocupan diecisiete volúmenes en la edición veneta de Palese o en la cremonesa de Manini. Algarotti—hemos dicho—, pero no todo. Fué, por ejemplo, consejero militar íntimo de Augusto III de Polonia. Fué innumerables cosas distinguidas e interesantes—amigo de Pitt y de Benedicto XIV—; pero preferimos limitarnos a recoger algunas briznas de su obra, ya poco leída, tras de hacer con su figura lo mismo que él hizo con el cosmos: una divagación caprichosa.

Como su precursor Magalotti, fué tenido, sobre todo en provincias—en Bolonia, en Padua, en Verona—, por un cortesano perfecto, que en Berlín, en París, en Londres, en Varsovia continuaba la línea iniciada en Urbino por Baltasar de Castiglione. Pero Castiglione inventaba cuadros a Rafael y el Algarotti a Mauro Tesi. Tampoco es probable que estuviese tan fuerte en la esgrima ni se tuviese tan bien a caballo como los interlocutores de la duquesa Isabel. Su salud era precaria, y la dulzura de su trato, un poco femenino, no debió de ser su peor recomendación en Sans-Souci.

Se enamoró de una de aquellas marquesas de cultura que, en villas de los lagos o del Brenta, vivían en salones pintados por Tiépolo y en arquitecturas al gusto del Palladio. Todavía Fogazzaro hace cuarenta años sentía la nostalgia de amores así entre frescos del siglo xviii, violoncellos y excursiones en coche a ruinas de sepulcros. Algarotti es un pre-romántico y Fogazzaro es un post-romántico. Por aquellos lagos, ríos y colinas, donde ellos amaron, yerra la sombra de Stendhal, que encuentra su quietud solamente en el café bur-

gués de Padua, donde le cuentan una tarde la historia entera de *La Chartreuse*.

Federico *el Grande* llama a Algarotti en la epístola que le dedicó:

*Elève d'Horace et d'Euclide  
naturalisé par Ovide.*

Y luego, en otros versos de broma por alguna leve enfermedad, le dice:

*Ami, le sexe de Berlin  
est bien prude ou bien c...*

Y al final:

*Du centre de la Faculté  
ma fidèle fièvre salue  
votre nouvelle infirmité.*

Pero todo esto quedó en secreto, y Su Majestad le dijo riendo: *Notre secret sera inviolablement gardé.*

No dejó de haber en él una punta de aventurero veneciano –Casanova de poca alcoba– a través de cortes y capitales, ni perdió tampoco –y esto le hace honor– su raza de mercader de Venecia como chamarilero de reyes. Compró por mil cequíes de oro un Holbein para el rey de Polonia, y éste fué uno de los cuadros más caros de su tiempo.

Murió el año 1764 en Pisa –donde luego fueron a morir varios tísicos del romanticismo–, y en torno a su cama tuvo a un médico defensor de la vacuna, pastor arcade y francmasón, al caballero Guazzesi, traductor de Voltaire, y a un joven pintor de cuadros eruditos y ruinas de Palmira –Mauro Tesi, el *Maurino*–, con el que le unía tierna amistad.

Se extinguió en una de esas casas de techo bajo que están sobre el Arno triste de Pisa. Las aguas del río llenan las estancias de un cálido resol, y al atardecer, hoy todavía, se adensan allí sombras de las antiguas tardes. Las moscas, sobre las cor-

tinias de muselina bordadas de florecillas de colores, asistieron a su enfermedad al mismo tiempo que algunos lores y ladies de la colonia inglesa. Era una de esas casas como aquella en que hace poco más de cien años Montalambert fué a presenciar, sobre este mismo Arno de Pisa, el idilio patético de Alexandrine d'Alopeus y Alberto de la Ferronnays, que para Maurice Barrès fueron dos modelos de sensibilidad heroica en el amor.

Murió Algarotti, igual que el niño de Tagore, recibiendo la carta del rey. Dedicó las últimas horas de su vida a ordenar regalos para sus amigos predilectos. Al médico filósofo le dió la roseta de diamantes que llevaba en el dedo. Se hizo traer la miniatura de la marquesa a quien empezó a amar casi niño —¿no fué aquella a quien hizo un soneto de adolescente el día de bodas?— y la tuvo temblando en las manos. Ella había sido su heroína, no en el cristalino cielo de Dante, sino entre prismas newtonianos, en los diálogos sobre la óptica, a orillas del Garda.

La muñeca izquierda se le hinchaba bajo la bocamanga de encaje de su rica camisa de seda. Luego quiso corregir de propia mano el dibujo de su mausoleo.

*—No, no—dijo— este diseño es demasiado grave para mí. Convendría a mis doctos amigos los cardenales Quirini y Passionei. A Bernis, que también es cardenal, le disgustaría.*

Pero Bernis había compuesto el madrigal a los hoyuelos de la risa de la Pompadour:

*Ainsi que Hébé, la jeune Pompadour...*

Luego, el conde Algarotti, pidió a *Maurino* que en el mausoleo dibujase el relieve de una Psiché levísima y un Amor con la antorcha humillada. Venía invadiendo la estancia la sombra de la tarde. Llegó en esto el cuarteto de músicos, a la hora de todos los días, para la velada. Pidió que le tocasen un fragmen-

to de la ópera del gran Federico, el dúo del *Coriolano*. Cuando llegaron al último compás, el conde Algarotti había muerto.

En su mausoleo grabaron el epitafio que él había compuesto:

*Algarottus, sed non omnis.*

Añadieron la inscripción funeraria que mandó el rey de Prusia:

*Algarotto  
Ovidii aemulo, Newtoni discipulo.*

El caballero Guazzesi puso aún al pie:

*Fredericus Magnus.*

Sólo había vivido para las apariencias. Con ellas, la vida de Algarotti no fué más que juego, y su muerte revistió esta misma apariencia de juego con charadas sobre su sepulcro. Allí se empolva, en el camposanto de Pisa, sobre tierra de redención que trajeron de Jerusalén las galeras de la República, y no lejos está aquel doble fresco, trágico y jubiloso, del Orcagna, que ayer, hoy y siempre enseña a los párvulos de la ciudad a temer el peor de los infiernos y a amar el más bello de los paraísos. Y esto ya es serio.



## ULTIMA CARTA DE FEDERICO *EL GRANDE* A FRANCISCO ALGAROTTI

*Postdam, 1764.*

*JUZGO del estado de vuestra salud por la carta que me habéis escrito. Esa mano temblorosa me ha sorprendido y me ha dado una infinita pena. ¡Si pudierais restableceros pronto! ¡Con qué placer recibiría esta buena noticia! Aunque los médicos de este país no sepan mucho más que los vuestros para prolongar la vida de los hombres, uno de nuestros esculapios ha curado, sin embargo, a un tísico atacado en los pulmones bastante más violentamente que Maupertuis cuando vos le visteis acá. Me haréis el favor de enviarme vuestro «*statum morbi*», para ver si la consulta de este médico os puede servir de algún socorro. Yo contaré entre los instantes más alegres de mi vida aquel en que pudiera procurar el restablecimiento de vuestra salud. Deseo con todo el corazón que ella sea bastante fuerte para que podáis volver a este país. Os mostraré entonces la colección que he hecho de cuadros de vuestros compatriotas. Digo respecto a ellos y a sus pintores lo que Boileau decía de los curas: «*De joven me enamoraba Ovidio y de viejo estimo a Virgilio*». Os quedo obligado por la parte que tomáis en mis cosas. Por lo demás, estad convencido de que la noticia más alegre para mí será el saber por vos mismo que estáis enteramente curado. Para lo que ruego a Dios os tenga en su santa y digna custodia.*

*FEDERICO*





*Francesco Algarotti*



## *Las Artes*

*Presagio de la arquitectura racional.*

**N**ADIE advirtió en la arquitectura número tan grave de abusos como un valeroso contemporáneo nuestro (Fray Carlos Lódoli, del Orden Franciscano), que los juzgó, no ya introducidos por los bárbaros, sino por aquellas naciones reputadas en todo género de disciplina como reguladoras y maestras. No le retuvo autoridad de tiempo ni nobleza de ejemplo y quiso toda cosa subordinada al examen más riguroso de la razón. Y no teniendo él otro fin sino la verdad, inculcándola siempre y mostrándola bajo varios rostros y semejanzas, como Sócrates hizo con la filosofía, entendió purgar la arquitectura de vanos infundios y, por decirlo así, de falacias de sofistas.

La buena manera de edificar, viene él a decir, ha de formar, ornar y mostrar. Tales palabras, in-

terpretadas por él mismo, significan en nuestro lenguaje vulgar que nada debe verse en una fábrica sin que tenga su propio oficio y sea parte integrante de la fábrica misma; que, de lo necesario, debe resultar omnímodamente el ornato, y que no otra cosa sino afectación y falsedad será todo aquello que introduzcan en sus obras los arquitectos, más allá del fin a que en el edificar va verdaderamente ordenada cada una de las partes. Según tales principios, no pocas son las prácticas condenables entre las más comunes y ejecutadas, así por los modernos como por los antiguos: el hacer, entre otras cosas, la fachada de un templo, que dentro sea de un orden solo, repartida en dos órdenes, pues mientras la cornisa del orden más bajo muestra y acusa un compartimiento que debiera encontrarse en el interior, no hace sino acusarse a sí misma de falsedad. Con mucha más razón es de reprobar la cornisa en el interior de las fábricas, o sea en lugares cubiertos, ya que el oficio propio de la cornisa es el de verter fuera de la fábrica las aguas, defendiendo los muros y las dependientes columnas. Igualmente, los tímpanos de puertas y ventanas se habrán de desterrar de tales lugares como del todo inútiles. También ellos fueron creados para defender a los moradores y a aquellos que entran a la casa de las llu-

vias y nieves; y el hacerlos en lugar cubierto es igual que ponerse bajo la sombrilla cuando se está a la sombra. No es de creer que viniera nunca el filósofo a encontrar bueno esto de que se reconociera un punto de belleza donde no se demuestre alguna utilidad; y, si le apretaran, tendría que reírse de Cicerón cuando sostiene que, mirando a la elegancia de la forma, sería aprobado el frontón del templo de Júpiter Capitolino, aunque vaya puesto sobre las nubes, donde no hay peligro que llueva.

¿Qué hombre en su sano juicio – me parece oír exclamar a nuestro filósofo – no se burlaría de aquel que se presentase en medio del Foro revestido de una armadura, aunque ella fuese bruñidísima y hasta cincelada por Cellini? ¿Quién no haría befa del otro que en Venecia criase caballos ingleses o en la tierra firme pagara gondoleros de regata? Ninguna cosa – insiste él – se debe poner en representación si no está también, verdaderamente en la función y con palabra justa se debe llamar abuso, aquello que más o menos se aleje de semejante principio, que es el fundamento verdadero, la piedra angular donde reposa el arte arquitectónico. Pero no queda aquí la cosa. Firme el filósofo en aquel su principio fundamental de que la buena arquitectura ha de formar, ornar y mostrar, siendo en ella una cosa idén-

tica la función y la representación, procede con sus argumentos más allá y saca una consecuencia demasiado terrible. Esta: es la de que se debe condenar, no una u otra parte, sino todos juntos los edificios, tanto antiguos como modernos, y singularmente los que tienen mayor renombre de belleza y son decantados como los modelos del arte. De piedra han sido fabricados y parecen de maderamen... ¿Por qué razón, además, la piedra no representa la piedra; el leño, el leño; cada materia a sí misma y no a otra? Todo precisamente lo contrario de cuanto se practica y enseña, tal debe ser la arquitectura; cual conviene a las cualidades características, a la docilidad o rigidez de las partes componentes, a los grados de resistencia, a la propia esencia, en una palabra, o naturaleza de la materia que sirve a la obra... No se verían tales desórdenes si de cuanto requiere la propia esencia y la índole de la materia se obtuviesen las formas, la construcción, el ornato. Se llegará solamente así a construir con verdadera razón arquitectónica, o sea que por ir la materia tratada en cada una de las partes, según su propia índole y naturaleza, resultará en las fábricas perfecta solidez y armonía legítima. Y he aquí el fuerte argumento, el ariete del filósofo con el cual bate impetuosamente y, casi de un



golpe, quiere derribar la antigua y moderna arquitectura. A la cual sustituirá, cuando sea, una arquitectura de otra especie, homogénea con la materia, ingenua, sincera, fundada sobre la verdadera razón de las cosas, y en la que se mantendrán firmes los edificios, enteros y en una flor de larga y casi perpetua juventud.

*(Ensayo sobre la Arquitectura. Bolonia, 1756.)*

**L**A arquitectura debe remontarse a lo alto con el intelecto y deducir un sistema de imitaciones de las ideas de las cosas más universales y lejanas de la vista del hombre, porque casi con justa razón se podría decir que entre las artes ocupa el lugar que tiene entre las ciencias la metafísica.

**L**OS muros, siguiendo los principios del filósofo, serían únicamente lisos, o a lo más realzados con sillares a la rústica. De lo airoso de las columnatas, de la belleza y dignidad de las columnas, no habría ni que hablar, y tampoco de la variedad de los órde-

nes, que en la arquitectura son lo mismo que en la retórica los diferentes estilos o los diferentes modos de la música.

**EN** la arquitectura chinesca hállanse columnas sin capitel, como se hallan sin base en la griega. Así que, reuniendo los ejemplos sacados de estas dos naciones, se presienten las columnas desnudas, sin acompañamiento alguno de bases y capiteles.

*(Ensayo sobre la Arquitectura. Bolonia, 1756.)*

### *Educación del pintor.*

**YA** que la demostración de esta ciencia (de la perspectiva) se saca de la doctrina de las proporciones, de la propiedad de los triángulos semejantes y de la intersección de los planos, no estaría mal que el joven pintor, para saber con fundamento dichas reglas y no por ciega práctica, estudiase un compendio de Euclides. De este estudio, como únicamente aplicado a su arte, podrá salir impuesto en

el espacio de pocos meses. Y así como a un pintor sería inútil desentrañar toda la anatomía de Monró o del Albino, sería lo mismo si quisiera engolfarse en alta geometría del brazo de Taylor, que ha tratado la ciencia de la perspectiva con aquella jugosa profundidad que, sin duda posible, hace más honor a un matemático que avío a un artífice.

Pero, aun cuando para fundarse en los antedichos estudios se requiriese un más largo espacio de tiempo, no será nunca largo lo que es necesario. Más bien, se puede francamente afirmar que, en cualquier arte, la brevísima entre todas las sendas es aquella que muestra las cosas en tal modo que la práctica vaya guiada por la teoría. De ahí, aquella facilidad por la cual uno tanto más avanza a grandes pasos cuanto más seguro se siente de no pisar en falso; mientras aquellos que no han sido adoctrinados por la ciencia van tentando medrosos, decía no sé quién, y buscando el camino con el pincel, como los ciegos buscan con sus bastoncillos las salidas y entradas que no saben.

**E**L arte se remonta a los arquetipos de la naturaleza; coge la flor de todo lo bello, que acá y allá le cae ante los ojos; sabe reunirlo y ligarlo en mo-

delos perfectos, que propone a la imitación de los hombres. Así, aquel pintor, que tuvo desnudas ante sí las doncellas calabresas, no otra cosa hizo, como ingeniosamente dice el Casa, sino reconocer en muchas los miembros que ellas, quien éste y quien aquél, habían usurpado casi de *una sola*, a la cual hizo restituir por cada una lo que de aquélla sola era, y entonces a aquélla sola púsose a retratar el pintor, imaginando que tal y tan unida debiera ser la belleza de Elena.

**BASTANTE** más conforme a la razón y más provechoso sería no ponerse a dibujar el desnudo de la Academia sino tarde; esto es, después que, bien estudiado lo antiguó, de algún modo se puedan ayudar las cosas, que se copian del vivo. Así, quien ha aprendido a discernir dónde el natural, o por brazos demasiado flacos o por torso demasiado grave o por otra razón cualquiera, va fuera de la justa proporción, sabrá corregirlo al copiarlo y reducirlo a los términos convenientes. La pintura es, en este aspecto, como la medicina, un arte de quitar y añadir. No es de disimular, por otra parte, que siguiendo este método de aprender la pintura se podría caer en cierto otro peligro. Y éste es el de dar en lo

esculpido y seco a fuerza de mirar las estatuas, así como estudiando demasiado sobre los cadáveres se acaba por representar unos cuerpos casi desollados.

No hay sino el natural que, además de una cierta lozanía y viveza, tenga en sí aquel aire de sencillez, facilidad y blandura, que mal se puede aprender en las cosas muertas o en las cosas del arte.

EN materia de dibujo no hay culpa que no sea grave. Así se comprende el gran sentido que encierran las palabras dichas por Miguel Angel al Vasari después de ver un cuadro del príncipe de la Escuela Veneciana: *Es una gran lástima – dijo – que éste no aprendiera desde el principio a dibujar bien.* La energía de la naturaleza se explica en los mínimos, y en los mínimos está la excelencia del arte.

ACOSTUMBRA a decir un valeroso contemporáneo nuestro que para hacer resurgir en nuestros días la pintura querría él fundar una Academia donde no se hallase otra cosa sino el libro de Vinci, un catálogo de las excelencias de los grandes maestros, yesos de las mejores estatuas griegas y los cuadros, sobre todo, de la *cámara óptica*. Aquel uso que

hacen los astrónomos del telescopio y los físicos del microscopio es el mismo que debieran hacer de la *cámara óptica* los pintores. Igualmente conducen todos estos aparatos a mejor conocer y representar la naturaleza.

**AQUELLOS** vanos rodeos y grupos de pliegues de que se ven a veces llenas, por obra de algunos, las enteras figuras, hacen aparecer los paños como deshabitados...

Como del tronco del árbol nacen acá y allá diversas ramas, así del pliegue principal y maestro deben nacer muchos otros pliegues. Y del mismo modo que de la calidad del árbol depende aquel ramificarse suyo, más o menos gentil, cerrado o abierto, así de la calidad del paño debe depender el discurso de los pliegues, más o menos roto, asentado o ligero... Los pliegues deben ser naturales y fáciles; deben demostrar el desnudo que cubren y la suerte de paño en que están hechos; han de explicar, como decía aquél, y explicarse.

*(Ensayo sobre la Pintura. Bolonia, 1762.)*

LOS medios de que la pintura se vale para hacer sus imitaciones son circunscripciones de términos, claroscuro y colores, cosas que parecen únicamente aptas para mover y herir la potencia visiva. Sin embargo, la pintura puede representar, además, lo duro y lo blando, lo liso y lo áspero, que van a la cuenta del tacto; y ello en virtud de ciertas tintas y de un cierto claroscuro que se muestra diverso en el mármol, en la corteza de los árboles, en las cosas mórbidas y plumosas. Aun está en su poder expresar mediante las sombras y luces y ciertas particulares configuraciones, el sonido y hasta, a veces, el tránsito de un lugar a otro. ¿Quién ante un cuadro de Dietrick no creería oír el murmullo de las aguas y aun verlas tremolar y correr a través de saltos y de rocas? En las batallas del Borgoñón parece oírse verdaderamente el son de las trompetas y verse huir, a través del campo, el caballo, caído el caballero de la silla. Pero todavía más maravilloso es el poder que la pintura tiene, merced al vario colorido y cierta particular disposición, para llegar a expresar los sentimientos y los afectos íntimos del alma, haciéndola, en cierto modo, visible, con lo

cual se diría que el ojo viene no solamente a tocar y a oír, sino a discurrir y apasionarse.

(*Ensayo sobre la Pintura*. Bolonia, 1762.)

**D**IVERSOS aparecen siempre los accidentes de la luz y la sombra en un objeto realzado y en un objeto plano; diversos en el cubo y la esfera; más débil es la luz en las cosas lejanas que en las próximas. En los cuerpos duros y lisos, como el mármol, la luz es viva y centelleante, pero se esfuma en lo blando y suave de una almohada. Tales cosas cada uno de nosotros las ha aprendido sin querer y se las sabe a pies juntillas, por virtud de reiteradas pruebas, que ha hecho y hace cada día. Y aunque ninguna semejanza exista entre el centelleo de la luz y la tersura del mármol o en mil otros casos parecidos, siempre sucede que apenas el ánimo ve despuntar una de estas ideas, cuando ya la otra, aunque diferentísima, surge también a escape y la hace compañía. No en virtud, vuelvo a decir, de semejanza alguna, sino del ligamen que entre ellas existe. Pero, silencio... He aquí, Madama, que al sentir allá lejos, a la vuelta del canal, gritar *ohé*,



bastantes otras cosas surgen en la mente que ningún parecido tienen con aquella voz. ¿No es verdad que vemos en seguida, con el ánimo, al gondolero que hunde el remo en el agua, el perfil de la góndola, aquellos que van dentro y otras cosas juntas a éstas?

Me puso aquí boca de risa Caritea, y luego me dijo: *De cuanto vos decís veo ya claro en qué consiste todo el engaño, o sea la perfección de la pintura. En virtud de la exacta representación, que pertenece a un solo sentido, ella tiene el poder de hacer conocer, y a ello reclama en seguida a la mente, aun aquello que va por cuenta de los otros sentidos...*

*En eso verdaderamente – yo repuse – está la maestría.*

(Caritea. Diálogo.)

*Pátina.*

UN cuadro que se ve largos años después de pintado, aparece como se vería recién hecho a través de un velo, o mejor como dentro de un espejo cuya luna estuviese un poco empañada. Y no deja de tener fundamento la opinión de que Pablo Veronés,

mirando sobre todo a la frescura de los colores y a lo que llaman el estrépito, dejase al tiempo por venir el cuidado de poner en su pintura un perfecto acorde y, en cierta manera, de aclimatarla.

*(Ensayo sobre la Pintura.)*

*País de Poussin.*

**POUSSIN**, hombre estudioso y llamado por los franceses *el pintor de los que entienden*, ha rebuscado los paisajes más extraños y peregrinos, por no decir exóticos; los ha enriquecido con fábricas de formas insólitas; los ha poblado de figurillas eruditas, como poetas que enseñan versos a las selvas o mancebos que se ejercitan en la antigua gimnástica. Parece, en suma, que sus paisajes más bien los haya copiado de las descripciones de Pausanias que sacado de la naturaleza y la verdad.

*(Ensayo sobre la Pintura.)*

*País de Lorena.*

**CLAUDIO** de Lorena miró, más que a otra cosa, con su ingenio, a expresar los varios accidentes de la luz, tal como aparecen singularmente en el cielo. Merced al más infatigable estudio, hecho bajo el dichoso clima de Roma, llegó a pintar los más lúcidos aires del mundo, los más cálidos y vaporosos horizontes que se puedan mirar. Y aun casi consiguió representar al sol en persona, que, para el pintor, sólo es representable por sus efectos, como sólo por sus efectos Dios es visible al hombre.

*(Ensayo sobre la Pintura.)*

*País de Tiziano.*

**TIZIANO**, el mayor confidente de la naturaleza, es el Homero de los paisajistas. Tanto tienen de verdad sus paisajes, de variedad, de frescura; te invitan a pasear allí dentro. Y quizá el paisaje más bello, que se haya pintado jamás, es aquel de la tabla de San Pedro Mártir, donde de la diversidad de los troncos y de las hojas, del vario porte de las

ramas, uno puede percibir la diferencia que hay de árbol a árbol; donde los terrenos están tan bien quebrados y se suceden con un garbo tan natural; donde iría a herborizar un botánico...

*(Ensayo sobre la Pintura.)*

### *Panorama.*

EN la estancia se ve pintado, todo alrededor y al hilo del alféizar de las ventanas, un gran balcón de balaustres, desde el cual se divisan hacia todos lados, como si fuese abierta campiña, frescos parajes deliciosos, con edificios y figuras de muy buena mano, a lo que yo recuerdo. Uno creería hallarse en la azotea de lo alto de una casa, desde donde se dominase a la redonda un inmenso país. La bóveda de la estancia, sin cornisa ni partición alguna, finge el aire, y los ornatos de las puertas y ventanas, que en parte imitan ruina, son simulados y nacen con mucha naturalidad como del balcón mismo, que gira todo alrededor.

*(Carta a J. Bartolomé Beccari. Venecia, 16 mayo 1744.)*

*La galería de Ulises.*

EN mi segundo viaje a Francia, pocos años hace, pude ver todavía en Fontainebleau las pinturas de Niccolino, tan frescas aún, llenas de aquel relieve y aquella fuerza que ha descrito el Vasari y dignas de verse cubiertas de cortinajes ricos, según dice el Vedriani que lo fueron en el siglo pasado. Cuanto sobre los yerros de Ulises había una vez imaginado el rey de los poetas y había sido luego traducido a dibujo por el Primaticcio, fué coloreado maravillosamente por el buen Niccolino. No le sabré decir con qué deleite yo me puse a mirar aquella visible poesía. Ya estaban sobre el techo de la galería de Ulises los albañiles que derribaban y deshacían todo aquello. Pero si yo tardaba pocas horas, la cosa estaba hecha y habría de llorar para siempre. Llovían abajo trozos de fábrica y sueltos pedruscos, y fuerza me era rogar de tanto en tanto a los albañiles que suspendieran la faena un poco, para ver todavía el can que olfatea a su antiguo señor Ulises, y le reconoce, y para ver al mismo Ulises, que, cargado su fuerte arco, desafía a los afeminados pretendientes. Y todos aquellos especiosos milagros: *Antiphatem, Scyllamque et cum Cyclope, Charybdin...*

(Carta a J. Bartolomé Beccari. Venecia, 1744.)

## *Madona de Holbein.*

DEJO a un lado hablar de la pureza de las actitudes, de la corrección del dibujo, de la maestría de los escorzos, de la verdad del colorido, de la realidad y variedad de las expresiones y de aquel cierto no sé qué de celestial en el aire del rostro de la Madona. Tan acabada es la pintura, que ninguna lente ordinaria descubriría en la carnación un solo rastro de pincel. Por el contrario, en los cabellos el pincel es tan firme, que apenas el buril podría alcanzar tanto, y aun estoy por decir que en cada cabello se discierne su propio y particular claroscuro. Y con todo este acabado, la impresión y el efecto de la pintura son los que nos causan los pintores francos y resueltos. En cuanto a accesorios, como tapices, ornamentos, paños y cosas parecidas, han sido logrados de tal modo, que bastaría uno para hacer una joya de cualquier cuadro. En la veste de la Madona, en la corona que le ciñe la frente, toda historiada de figuras, y en alguna otra parte, Holbein, según el uso aquel de los nuestros, anteriores al Ghirlandaio, se ha servido del oro; cosa censurada por el docto León Bautista Alberti y que va contra el arte. Pero él, allí encima, ha trabajado con el pincel y ha venido a velarlo de manera que el oro

no desentona un punto; más bien parece que lo ponga todo en mayor armonía. La conservación y frescura de este cuadro, que lleva ya dos siglos encima, son, por lo demás, maravillosas.

*Camarera alemana.*

UN cuadro al pastel, casi tres pies de alto, obra del famoso Sr. Liotard, representa a una joven camarera alemana, vista de perfil, que trae una bandeja con un vaso de agua y una jícara de chocolate. Es una pintura casi limpia de sombras, en fondo claro, y recibe la luz de dos ventanas, cuyas imágenes se ven reflejadas en el vaso, trabajadas allí con medias tintas, desvanecimientos de luz insensibles y un relieve admirable. Todo expresa una naturaleza, en modo alguno amanerada, y siendo una pintura europea no dejaría de gustar extraordinariamente a los chinos, enemigos jurados, como sabe usted, de sombrear.

*(Carta a Jean Mariette. Postdam, 13 febrero 1751.)*

*Primera pintura de la tarde.*

EN uno de estos cuadros ha pintado una villa de gusto antiguo, apoyada en la falda de una colina y dispuesta en tres grandes terrados o azoteas, que se van restringiendo hacia lo alto y se comunican entre sí por medio de grandes escalinatas. El piso bajo es rústico, con grandes hornacinas semicirculares en el medio y estatuas colosales de ríos; el segundo es dórico; y del tercero, sobre la gran escalinata que se ve de frente, surge la Rotonda del Capra, que remata en pirámide la invención, maravillosamente. Arbolillos acá y allá, fontanas y cosas semejantes rompen los planos. En el primer término hay un gran obelisco en sombra, del que se ve lo menos un tercio, y reposa sobre un hermoso pedestal redondo.

*(Carta a Juan Bautista Tiepola. Bolonia, 4 marzo 1760.)*

*Segunda pintura de la tarde.*

EL segundo cuadro representa un lugar de sepulcros. En el primer término se ve uno ornadísimo,



que reposa sobre unos gruesos cubos de piedra, cuya tosquedad contrasta a maravilla con las estriadas columnas, los festones y otras gentilezas del sepulcro. Detrás se ve un gran columbario redondo, medio en ruina; así que se tiene la vista de su exterior y de su interior. Me lo ha inspirado, en parte, la idea del Teatro Olímpico de Palladio. Se espeja el columbario en el agua, que le ciñe en torno. Más allá se ve el sepulcro de los Escipiones, con aquellos grandes nichos fuera, de obra reticulada, pirámides y columnas sepulcrales, que despuntan, acá y allá, entre una espesura de cipreses.

*(Carta a Juan Bautista Tiepólo. Bolonia, 4 marzo 1760.)*

### *Tercera pintura de la tarde.*

LOS dos cuadros grandes son de una invención en extremo rara y peregrina. El primero es el interior de un edificio nobilísimo convertido en bodega, según la suerte de las cosas humanas. A una parte tiene la entrada por una hermosa columnata dórica de mármol violado, a través de la cual llega la luz. Los muros están enriquecidos de nichos con esta-

tuas, de un bello monumento ornado de estucos, y viene terminado el edificio, al fondo, por una vasta conca, pintada en gran parte de grotescos antiguos. Al pie de estas pinturas y estatuas están los toneles, ordenados a lo largo de los muros y en el nicho grande, que de este modo han venido a servir al nuevo uso. En el primer término se ve un bellísimo sarcófago de mármol pario, a la manera del de Cecilia Metella. Junto a él hay una gran tinaja, que pende hacia delante boca abajo y compone bastante bien con el sarcófago. Al otro lado se ve el principio de una rampa, que baja a un subterráneo.

*(Carta a Juan Bautista Tiepola. Bolonia, 4 marzo 1760.)*

#### *Cuarta pintura de la tarde.*

EL otro cuadro representa la nave de un gran templo de orden corintio, vista en su diagonal. En medio de uno de sus muros hay un nicho gigante, que tiene toda la altura del orden, y al que se sube por una escalinata labrada en un estereóbato. A los lados del nicho hay un intercolumnio ciego, que, en su altura, queda partido por la imposta del arco, la

cual cae entre las columnas. Corre encima un bajorrelieve, y abajo hay nichos con estatuas. Dentro del nicho gigante hay un Júpiter Serapis, colosal, sentado con el cetro en una mano y la otra posada en el dorso de un águila, que tiene a la derecha. La estatura del Júpiter no es, sin embargo, tal, que puesto de pie diese con la cabeza en el abovedado del nicho... Frente a las dos columnas extremas, que flanquean el nicho, se ven sobre el estereóbato, que resalta un poco hacia fuera, dos esfinges del mejor estilo. A los dos lados, en los intercolumnios ciegos, se abren dos vanos, parecidos a los del Panteón, por donde se ven dos cámaras internas con momias. La nave termina en un gran arco, que monta sobre un intercolumnio, y sirve para fortificar y restringir la embocadura de la nave. Más allá del gran arco, y sobre algunos escalones, se ve parte de una estancia en ruinas, o sea un columnario con órdenes de pequeñas hornacinas, ornadas de pinturas grotescas. Más allá, entre la rota arquitectura, se divisa un paisaje de palmeras y una ciudad turca, que como tal se muestra por dos minarettes, a los lados de una cúpula blanca de mezquita.

## *Figuras.*

EN este cuadro quisiera una mujer que, con una mano, sostuviera una urna sobre la cabeza y diese la otra mano a un niño que subiese del subterráneo, por la rampa. Y detrás del sarcófago de mármol pario, que convertiremos al uso de hacer la colada, quisiera otras mujeres y algún niño desnudo, que sobre las puntas de los pies y agarrándose al borde de piedra hiciese esfuerzos por subirse. Acá y allá, otras figuras para hacer notar las distancias, según convenga.

*(Carta a Juan Bautista Tiepola. Bolonia, 4 marzo 1760.)*

EN este cuadro, que podemos llamar egipcio, quisiera figuras vestidas a la levantina, que mirasen con estupor la magnificencia del templo y el imponente Júpiter, mostrando no comprender nada. Junto a ellas, quisiera también algún lindo paje y algún perrillo a la paolesca.

*(Carta a Juan Bautista Tiepola. Bolonia, 4 marzo 1760.)*

## *La sala pintada.*

EN la sala del Palacio Pisani, en la Mira, Tiépolo y Mingozzi pintaron, con mucha propiedad, el recibimiento hecho una vez por aquella noble familia, y en el mismo Palacio, a Enrique III de Valois, rey de Francia. La historia principal aparece en el muro del lado derecho de la sala, que queda bastante espacioso, entre dos puertas, colocadas casi en los ángulos. A través de un gran vano, fingido en el muro, se ve al rey, que sube las gradas de una logia, con un amplio cortejo de gentileshombres franceses y polacos, pajes, guardias, enanos, trompeteros y demás personas. Se ve a los Pisani, de toga, que lo reciben en las gradas, y, al fondo, las aguas de la Brenta, con una varia animación de barcas y los bellos palacios y jardines.

En el testero izquierdo, por estar en el medio la puerta de la escalera, que va al piso de arriba, quedan, entre ésta y las puertas de los ángulos, que corresponden a las del lado opuesto, dos espacios menores. En ellos se han representado dos ventanas con poyos, que dan sobre la sala, y muchas personas, asomadas con gracia veneciana, que están mirando la llegada del rey. En los otros dos frentes de la sala no había lugar para figuras, por abrirse, en

uno y en otro, dos ventanas y un portón en medio de las dos.

En la bóveda se ha simulado una abertura como la del Panteón de Roma, pero cuadrilonga, con su barandilla, y en torno a ésta se ven otras figuras, hombres, mujeres y chiquillos, pintorescamente vestidos todos ellos, que miran hacia abajo a la sala, impacientes de que aparezca el rey.

*(Carta a Gian Pietro Zanotti. Venecia, 10 mayo 1759.)*

### *Movimiento de caballos.*

EN casa de los Chiarelli hay un salón que llaman *la cuadra*. De caballos, dispuestos en varias maneras y actitudes, aparece pintado todo el friso; y una yegua blanca, de tosca lámina, que corre allí los pastos, vale más doblas que el más bonito potro de Rovigo. El modo cómo la hace andar el Guercino es éste: que las patas de un lado sean convergentes y divergentes las del otro; es decir, que avancen diagonalmente, en forma que si el animal levanta el remo derecho, al mismo tiempo levante la mano izquierda. En lo cual sabéis que han variado los

artífices. El caballo del Verrocchio, que tenemos aquí en Venecia, anda con las patas paralelas por cada flanco, y así también los cuatro famosos caballos antiguos de San Marcos. Lo mismo hace el caballo de Gattamelata, que he observado en Padua nuevamente, y es de Donatello; como también el caballo de Caodelista, que, según afirma el Vasari, es una obra también del mismo maestro. Y, todavía, el caballo de bronce de Ferrara, delante del cual se solía pasear el Ariosto, anda así, con las patas paralelas por cada banda. Por el contrario, trota diagonalmente el centauro de Villa Borghese, con los amorcillos a la grupa, y también los tan alabados centauros del cardenal Furietti, sobre todo uno de ellos, en el que la actitud es mucho más explícita. Igualmente se mueven: el caballo del Gran Elector, que está sobre el puente de Berlín; la cuadriga del triunfo de Fontenoy, que yo ví grabada no hace mucho por mano tan bella como docta; la anatomía de caballo que hay en Villa Mattei; el corcel llamado de la muerte, de Alberto Durero; aquel otro de Carlos Estuardo, si no recuerdo mal esa pintura ecuestre del infeliz monarca, por Van Dick; el famoso caballo de Marco Aurelio, que está en el Campidolio, y aquel de Nonnio Balbo, hallado en Herculano, que tiene más fama que todos y

es el Brilladoro y el Bayardo de cuantos caballos fuesen modelados jamás por la mano del hombre. Y yo he observado mil veces, cuando los caballos y los bueyes están pastando y, por avanzar muy lentamente, dejan un momento sus cabos casi suspensos en el aire, que caminan en verdad de aquel mismo modo que se ve en el corcel de Nonnio Balbo y en la tosca yegua del Guercino.

*(Carta a Eustaquio Zanotti, 27 septiembre 1760.)*

### *Comercios de Rimini.*

ENTRE los edificios modernos, es de notar la pescadería, la mejor fábrica quizás que alzase el Bonamici, con hermosas mesas de mármol y fontanas, como el sitio requiere. Y convenía mucho se enriqueciese de esta bella pescadería una ciudad, que saca de ganancia, con la pesca, más de treinta mil escudos al año. Manda su pescado a Bolonia, a Toscana y a otras partes. De él hacen gran consumo los eremitorios de Camaldoli, de la Alvernia y de Valle Umbrosa, situados hacia la Romaña. Niñerías, me dirá usted, si se mira el tráfico que se hace en su país



con los arenques y merluzas que de Terranova vienen a nutrir media Europa. Sin duda; pero quien es pequeño ha de hacer cuentas con pequeñeces. Así, se considera también una gran cosa que se cuenten en Rimini hasta doce filandas de organdí y que haya una manufactura donde se separe el azufre que viene del país de Cesena:

*Zulphure, non pochum facis, o Cesena guadagnum,*  
cantó en su macarrónico estilo Merlin Cocai. Y nosotros podemos decir seriamente que, mirando las condiciones de los tiempos, míseras para estas partes de Italia, la Romaña hace no flojas ganancias con el pescado, con el azufre, con el cáñamo, con el grano y con la mayólica, a la que ha dado nombre (faïence) en su país de usted.

*Fictilibus famosa Favencia, vasis.*

(*Carta a Jean Mariette. Bolonia, 20 agosto 1761.*)

*Escenografía de jardín.*

LOS jardineros de la China son como otros tantos pintores, y no trazan, por cierto, un jardín con

aquella regularidad, que es propia del arte de construir edificios, sino que, tomada la naturaleza como ejemplo, hacen cuanto saben por imitarla en su irregularidad y variedad. Su costumbre es la de escoger aquellos objetos que, en su género, placen más a la vista, disponerlos de modo que el uno sirva al otro de contraste y resulte, así, del conjunto un no sé qué de insólito y de peregrino. Van entreverando, en los bosquecillos, árboles de diferente porte, condición, tinta y naturaleza. Varios son los parajes, que, por decirlo así, en un solo paraje representan. Aquí te sorprende una vista de escollos artificiosamente tallados y como pendientes en el aire, con cascadas de agua, grutas y cavernas, donde han hecho jugar variamente la luz; allá te recrea una vista de parterres floridos, de límpidos canales y de vagas islillas, con bellos edificios, que en las aguas se espejan. Del sitio más hórrido te hacen de repente pasar al más ameno, y nunca del deleite va separada la maravilla, porque al disponer un jardín ellos la buscan lo mismo que nosotros al tejer la fábula de un poema. Semejantes a los jardines de la China son aquellos que trazan los ingleses tras el mismo modelo de la naturaleza. Cuanto ella posee de vario y ameno, bosquecillos, collados, aguas vivas, praderas con templetos, obeliscos y

aun bellas ruinas, que despuntan acá y allá, se encuentra reunido, así, por gusto y obra de los Chambers, los Kent y los Brown, que han sobrepasado con mucho al Le Nôtre, tenido antes como maestro de la arquitectura, por decirlo así, de los jardines.

(*Ensayo sobre la Opera de Música. Pisa, 1762.*)

*Presagio de la Luminotecnia.*

OTRA cosa importantísima, en que muy poco se repara, y con daño, es la iluminación de las escenas. Admirables cosas haría la luz si no fuese repartida siempre con aquella uniformidad y menudeo que ahora se usa. Distribuyéndola artificialmente, mandándola como en masa sobre algunas partes de la escena y privando casi por completo a otras, ¿no es de imaginar que produciría también, en el teatro, aquellos efectos de fuerza y aquella vivacidad de claroscuro, que ha logrado poner en sus aguafuertes Rembrandt? Y aquella amenidad de luces y de sombras, que tienen los cuadros de Giorgione y de Tiziano, ¿sería cosa tan imposible transferirla a la escena? Bien puede cada uno

acordarse de aquellos teatrillos ambulantes, que llevan el nombre de *vistas ópticas matemáticas* y suelen representar puertos de mar, combates entre armadas navales y otros asuntos parecidos. La luz es allí introducida por medio de papeles de aceite, que atenúan la excesiva crudeza, y la pintura recibe con esto un luminoso acorde, que no hay más allá. Y yo me acuerdo, con ocasión de uno de aquellos monumentos de la Semana Santa que suelen hacerse en Bolonia, de algunas groseras pinturas en lienzo, que estaban sobre los muros de la iglesia, y de algunas estatuas, que mejor se dirían monigotes de cartón, las cuales recibían luz a través de ciertos papeles de aceite, puestos en los lunetos, y parecían acabadas con gubia, aun cerca de los ojos, y de purísimo mármol.

*(Ensayo sobre la Opera de Música. Pisa, 1762.)*

### *Condiciones acústicas.*

**P**ARECE que la experiencia enseñe a preferir, para el interior del teatro, la construcción de leño, esto es, de aquella materia con la cual se hacen precisa-

mente los instrumentos de música, como más apta que ninguna otra, cuando recibe la percusión sonora, para concebir aquel modo de vibraciones, que mejor se acomoda con los órganos del oído. En efecto; ponían los antiguos en sus teatros vasos de bronce, a fin de aumentar la voz de los actores, cuando aquellos teatros eran de materia dura, de piedra, de cemento o de mármol, que son cosas que no pueden resonar. Pero no necesitaban de tal artificio cuando los teatros estaban hechos de madera, la cual, como expresamente dice Vitrubio, devuelve por fuerza el sonido.

*(Ensayo sobre la Opera de Música. Pisa, 1762.)*

### *Galería de porcelanas.*

YO sé bien que los ojos eruditos de vuestras miladys encontrarían aquí un gran pasto viendo los preciosos esmaltes, los bellos e innúmeros diamantes del tesoro del rey, las porcelanas gentiles, así del país como del Japón y de la China, que se conservan en el palacio llamado de Holanda, el cual debe un día verse cubierto, como algunos edificios chi-

nos, con tejas de porcelana. No hablo de los bordados, que se hacen aquí en blanco y por los que en el mundo mujeril tanto resuena el nombre de Dresde. Quisieran algunos que, como en Marsella, se hiciesen de precio más bajo, para que la venta fuese mayor. Y por la misma razón de la venta quisieran algunos que fuesen de un mejor gusto las formas y pinturas de las porcelanas que se fabrican en Sajonia. Tuercen el gesto un poco al ver aquellas menudísimas miniaturas, aquellos dorados, aquellas figuritas con bigote y con paños embadurnados de varios colores, aquellos perfiles no muy donosos en una cosa que ha de ser, dicen, toda ella donosura. Un modelador francés, de aquellos que dirigen la fábrica de Chantilly, vendría como anillo al dedo en Meissen. No estaría mal, me figuro, si copiaran, más de lo que hoy lo hacen, la porcelana antigua del Japón y la China, cuyas formas tienen no sé qué de bello y a la vez exótico, como las plantas y animales que de allá nos vienen. Pero, sobre todo, creo que se aventajaría mucho un tal tráfico, que monta ya hoy a mucho, si se pusieran a imitar las cosas antiguas. ¡Qué deliciosas formas, por ejemplo, no podrían sacar! ¡Qué linda cosa no sería tener, en porcelana bella y blanca, algún hermoso trozo de bajorrelieve, una serie de medallones de empe-

radores y filósofos y las más hermosas estatuas, como la Venus, el Fauno, el Antinoo, el Laocoonte, modeladas en pequeño! Me parece que querrían ornarse todos los gabinetes y los *dessert* de Inglaterra. No sé yo si usted sabe, mylord, que a la melancolía de hacer oro somos deudores de esta bella porcelana de Sajonia. El padre del actual soberano estudiaba mucho la alquimia. Hizo venir de Berlín a un famoso alquimista de aquellos días, llamado Bottcher, y éste, buscando el oro, halló la porcelana, que vale verdaderamente oro. La primera que se hizo era oscura y hoy es rarísima. He tenido ocasión de hallar una pieza y la he destinado al museo de nuestro general Churchill, que no habría envidiado al Sannazzaro sus églogas piscatorias, pero sí, por cierto, sus porcelanas.

(*A Mylord Hervey. Hamburgo, 30 agosto 1739.*)

## *Las Letras*

*Poetas en lengua muerta.*

**P**ARA ir animando más y más los propios conceptos inventaron los poetas latinos nuevas pala-

bras; para dar a la expresión más vivacidad y movimiento, fueron a servirse de helenismos como de más vivaces posturas, y en cada verso brillan las metáforas por ellos formadas como nuevos relámpagos de ingenio. Pero ¿qué cosa podrán hacer los que se dan a poetizar en una lengua, restringida dentro de los confines en que la dejaron los antiguos escritores, que no pueden manejar a su antojo y donde no les es permitido ningún atrevimiento, antes bien, donde sufren un miedo continuo de dar un paso en falso y se encuentran con que están siempre entre el repertorio y la gramática, o, casi diría, entre el yunque y el martillo? Se verán forzados a embotar el propio entusiasmo, a poner los pies en las pisadas de otros y a acrecer el rebaño de los imitadores. En efecto, la moderna pléyade de poetas latinos, aquellos que tienen más renombre entre nosotros, no merecen quizás otro título que el de centonistas, que hacen solamente buen papel cuando se muestran revestidos de los despojos y divisas de otros. Con bastante facilidad les reconoce quienquiera esté versado en la poesía latina. Bien a menudo puede advertir cómo las expresiones, que en los antiguos autores se encuentran bellas y logradas, guían a estos otros y forman el sentimiento del poeta, en lugar de hacer que los



pensamientos saquen tras ellos la expresión. Así, tal autor que en lengua italiana es poeta casto y platónico, se vuelve licencioso y epicúreo en lengua latina, arrastrado a la fuerza por las frases de Catulo y Ovidio, sus maestros y conductores.

*(Sobre la necesidad de escribir en la propia lengua. Postdam, 1750.)*

*Horacio viviente.*

DESPUÉS de haber llevado una vida medio mundana, medio filosófica y toda ella voluptuosa, amigo de todo lo bello y, lo que es más, amigo de sí mismo, domada ya la envidia, en cuanto ello es lícito a hombre viviente, murió en edad de cincuenta y siete años, cerca de un mes después de Mecenas, que lo recomendó a Augusto, como otro sí mismo. De algunas particularidades, referentes a su vida y humor, fué ganoso de dejar noticia a la posteridad. Hablando a su libro, que da a la luz pública a la edad de cuarenta y cuatro años, le encomienda explicar ante los lectores que, nacido él no de alto lugar y en mediocre fortuna, había tomado mucho mayor vuelo del que auguraba la pe-

queñez del nido de donde saliera; que era amigo del sol, no muy grande de cuerpo, y que encaneció prematuramente, cosa que tuvieron en común con él Newton y Petrarca. De sus escritos se deduce también que tenía los ojos defectuosos, la salud no muy firme y escasa robustez de la persona, cosa que suele ser compañera de la sutileza del ingenio. Cuando le acontecía presentarse por la primera vez a algún gran personaje, solía desconcertarse algo y sufría un poco de azoramiento. No era gran hablador; no perdía el tiempo en variadas disputas, máxime con quien tenía más pulmones que él. La pintura, como convenía a hombre de tan fino gusto, le deleitaba extraordinariamente; como de ánimo liberal, era más largo que corto en el gastar dinero; y, como devoto de las musas y de la libertad, era gran amador de las aldeas. Aunque no abusara de su calidad de poeta, importunando al prójimo con el recitar cosas suyas, condescendía, sin embargo, con el prurito, que todo escritor siente, de aparecer en público, según él deja traslucir en aquella misma epístola que endereza a su libro y donde va mostrándole los peligros en que se mete al salir a la luz, por lo que le tacha de bribonzuelo. En verdad, los grandes ingenios, al producirse en público, por juiciosos que sean, suelen ser como las solteronas

cuando deliberan acerca del matrimonio. Después de bien considerados por aquéllas los inconvenientes de convertirse en esposas y por éstos los de convertirse en autores, las unas acaban en marido y los otros en libro.

Tal, poco más o menos, fué Horacio, no sin algún lunar acá y allá esparcido en su bella persona; tal se descubre por sus escritos, y vive entre nosotros aquel poeta, que inspirado en el noble orgullo, compañero de la virtud, predijo que no del todo moriría; que al andar de los años siempre más rejuvenecida se vería su fama, y que su nombre, igual que Roma y el Capitolio, sería eterno. Ya ha destruído el tiempo el Capitolio, y los versos de Horacio siguen todavía cantándose por la voz del tiempo.

*(Ensayo sobre Horacio. Bolonia, 1760.)*

### *Martirio de la lengua francesa.*

LA lengua francesa de entonces era tal, que aunque Montaigne se duela de no hallarla bastante manejable ni apta para corresponder a una fuerte imaginación, tenía ciertamente más variedad, mayor

viveza y más anchas espaldas que ahora. Parece que fuese en aquellos tiempos más acordada al genio y a la índole de la nación que en ella hablaba. Y ya nadie podrá maravillarse bastante de ver cómo una lengua tan regulada, tan estrecha, tan tímida, como aparece reducida hoy, ande en bocas de una nación tan viva, pronta y animosa como es la francesa. Será esto, por aventura, uno de los ejemplos más ilustres de la fuerza que tiene la ley para vencer a la naturaleza. A pesar de la índole de la nación, a pesar de las quejas de los escritores más célebres, la Academia se tuvo firme, como una ciudadela literaria, puesta sobre la fantasía y el ingenio de la nación y plantada en el Louvre. Fundada por el rey en tiempos en que, por obra del cardenal de Richelieu, se hacían mangas y capirotos de la libertad de los franceses, participó ella misma de la condición del gobierno y halló cuellos más dóciles al yugo. Todas aquellas expresiones, que traían robustez y animación, parecieron demasiado atrevidas en un país ya vencido por la monarquía y reblandecido en las artes de la cortesanería y el servilismo. Montaigne fué señaladamente proscrito por la Academia, como autor demasiado libertino en la lengua y sedicioso: aquel sin el cual, el idioma, al decir de no sé quién, hubiera quedado en agua de borrajas.

Se volvieron siempre más rigurosas las reglas de la gramática, según se hizo el gobierno más absoluto; y la Academia, con ellas en la mano, abre todavía hoy el proceso contra los más claros escritores del siglo de Luis XIV, renovando la escuela de aquellos antiguos maestros, que tachaban a Cicerón de no haber sabido el latín.

Un inglés hubo de decir, a propósito de las reglas harto severas de la poética francesa, que las musas del Sena, parecidas a pájaros con las alas cortadas, pueden ir revoloteando acá y allá, pero no tienen fuerza para subir a lo alto y tenderse en un noble vuelo. Con bastante más razón creo que se puede decir, a propósito de las reglas demasiado severas de su gramática y de los estrechísimos confines que han sido impuestos a la lengua, que los ingenios franceses son semejantes a aquellos excelentes capitanes que no pueden hacer la guerra a conciencia y como mandan las razones del arte militar, porque se ven demasiado enredados con las restricciones del gabinete. Demasiado pequeño en realidad es el campo que les ha quedado: y ellos se ven a la postre reducidos, más bien que a dar un buen golpe, a buscar el salir con honor de cualquier mal paso o de cualquier dificultad.

Tal amarga queja salió de la pluma de Fenelón,

el cual, tras de las nobles huellas de la Odisea, se puso a pintar las aventuras del hijo de Ulises. No sólo advirtió aquel gran ingenio los defectos de la propia lengua, como al manejarla habían hecho ya tantos otros, sino que se esforzó por conllevarlos del mejor modo que fuese posible y por buscarles abundante compensación. Con una razonadísima escritura suya se puso frente a la Academia de Francia. En ella expone la mala condición, la pobreza de un idioma hablado, dice él, por una nación apenas salida de la barbarie; muestra cómo, al quererla mejorar, la habían empeorado, y cómo los remedios que hasta entonces habían sido puestos en obra no habían servido sino para recrudecer el mal. Dice ser excesivo por demás el estreñimiento de aquellos que se habían sentado los primeros en aquel tribunal tan enemigo de los escritores; ser bien justo que de la severidad pasada se remitiese un tanto, conocido el desorden que se había causado con ella; deberse, por el contrario, usar aquella libertad de la cual había abusado Ronsard; de todas partes, deberse implorar y entresacar voces, expresiones y giros; hacer, según la necesidad, provisión y masa de tal modo, que se viniese a refundir y reacuñar, por decirlo así, la lengua francesa, y así pudiera, por la armonía y riqueza de vocablos, por

la composición de las palabras y por cierta franqueza, variedad y lozanía en los modos de decir, tener curso con las lenguas antiguas y con las más hermosas entre las modernas...

Si una tan sensata reforma pudiera lograrse o no en lenguaje ya hecho y al que tantos libros han como puesto el sello, resulta cosa poco fácil de decidir, aunque la autoridad de un hombre como Fernelón haga creer que sí. Pero lo que sí se puede decir francamente es que todo buen francés habría debido desear que se lograra. Un campo más hermoso se habría abierto a sus escritores y no habrían tenido que devanarse los sesos por la estrechez de las palabras; su lengua no habría cedido en abundancia y flexibilidad a la italiana, en majestad a la española, ni a la inglesa en energía. Más varia y armoniosa, capaz de moverse a compás de los movimientos del ánimo, musical y pintoresca, sería menos sorda para responder al ingenio de los franceses y sonaría más grata al oído de los forasteros.

*(Sobre la lengua francesa. Berlín, 1750.)*

### *Dificultad del estilo.*

TENEMOS un país donde la lengua es más pura que en ninguna otra comarca de Italia; pero ese país no sabría dar el tono a los otros que pretenden la igualdad y aun la superioridad en no pocos aspectos. Sin capital y sin corte nos vemos forzados a escribir una lengua casi ideal, temiendo siempre displacer a las gentes de mundo o a los sabios de las Academias, y en esta carrera no se tiene otra guía que el gusto, del cual es tan difícil fijar las leyes.

### *El imperio materialista.*

HOY día, merced principalmente a la imprenta y al tráfico libre de las ideas entre los diversos países, todas las naciones piensan casi del mismo modo. Ninguna cosa que pueda conducir a la grandeza es hoy descuidada, tanto en los órdenes civiles como en los mercantiles y militares; todo es promovido y cultivado con grandísimo ardor. Así que hoy día será más poderosa la nación que sea más rica. Y la gran industria, que reina actual-



mente en todas partes, conduce a los hombres, en cierto modo, al estado primitivo de naturaleza, en cuanto que más rica, más poderosa, y al fin vencedora de las otras será aquella nación que posea más materias primas y más habitantes.

*(Ensayo sobre el Comercio. Pisa, 1763.)*

### *Liberalismo chino.*

**MIENTRAS** la más grosera superstición en que andaban envueltos los mahometanos no impidió a aquella secta renovar las ciencias del mundo y hacer en ellas grandes progresos, se ve, por otra parte, cómo la libertad de que gozan los literatos chinos no les ha dado ánimo ni fuerza para hacer con ella grandes descubrimientos. Así, las historias más veraces dan fe de cómo aquellos librepensadores, aunque vean las ciencias cultivadas y protegidas entre ellos desde hace muchos siglos, han tenido que aprender muchísimo, en astronomía especialmente y en hidrostática, yendo casi a la escuela de nuestros sacerdotes y misioneros de Europa.

*(Ensayo sobre el gentilismo. Venecia, 1754.)*

LOS Estados, dice un gran político, necesitan de vez en cuando, para mantenerse en vigor, retraerse hacia sus principios. Y yo he creído no hallar modo mejor de vivir estos tiempos desdichados para la poesía que reduciéndome a estudiar las obras de aquellos ingenios que poetizaban en tiempos mejores. Me he remontado hasta aquel primer manantial

*... a quo, ceu fonte perenni  
Vatum pieriis ora rigantur aquis.*

¡Qué unidad y variedad en sus invenciones, qué justeza y a la vez qué alma en la expresión! Nada digo de la no afectada universalidad de sus conocimientos, que se extienden a todas las obras de la naturaleza y del arte; ni de aquella su inasequible verdad al pintar sin amaneramiento ninguno, de modo tal que Homero podría llamarse la cámara óptica de la poesía. Cuando lo leo, también a mí me viene la fantasía de

*Quemar incienso y ofrecerle votos.*

Descreídos los hubo en todas las edades; pero la herejía, llamémosla así, contra Homero, surgió

verdaderamente en Francia y casi en nuestros días, aunque los poetas que allí había se mantuvieron fieles a él. Cabecillas de esta herejía fueron ciertos lindos ingenios, que según el código de las costumbres de la propia nación, pronunciaron sentencia contra los antiguos y pusieron la esencia de la poesía en una cierta andadura convencional, en los afeites de los laboratorios retóricos, en las caricaturas de los novelistas, cosas para las que ciertamente nunca en su vida fueron inspirados de Apolo. Uno casi diría que los franceses, a fuerza de *esprit*, han perdido el sentimiento. Y muchos, entre los ingleses, por el contrario, se figuran sentir a fuerza de reflexiones. Sin embargo, como quiera que sea, Homero ha tenido ciertamente devotos grandísimos en aquella isla, que lo han vengado de los Perrault, de los La-Mothe y de los demás Zoilos franceses. El más reflexivo de todos, el más melancólico, y si queréis el origen del culto homérico, es un cierto Blakwell, que se propone resolver este problema de poética: *Por qué razón nadie haya igualado a Homero en los tiempos posteriores a él, ni le haya superado en los anteriores.* A cuyo efecto asigna él, si no recuerdo mal, bastantes razones. El ser Homero nacido en clima felicísimo, en país libre, en tiempo tal que la teología andaba tejida de fábulas y la

moral de alegorías; en un siglo en que las virtudes civiles, como el amor a la patria y a la libertad, el desprecio a la muerte y otras semejantes, estaban en el consorcio de los hombres y no solamente en los libros de los filósofos; y en un siglo en el cual Grecia salía, sí, de la barbarie, pero no del todo, impoluta; quiero decir, que las pasiones gallardas, que son el alma de la poesía, no se embotaban en la perfección de los gobiernos, ni se velaban con la decencia de la sociedad civil, la cual hace a los hombres disimulados y parecidos unos a otros; el haber Homero, además, escrito en una lengua de por sí incomparable y que, por razón de los tiempos en que escribió, tenía todavía más de poética. A estas ventajas, comunes a todos los hombres de aquel país y aquella edad, se añaden las particulares de Homero. Dotado de altísimo ingenio, se vió nutrido por la doctrina de su época cuando la poesía era, como todos saben, intérprete y depositaria de todas las ciencias. Quiso su buenaventura que se viese por la pobreza constreñido a viajar y a tratar con todo linaje de personas, y con eso se volvió geógrafo e historiador, pudo ver la naturaleza en todas sus formas y conocer las varias modificaciones de las costumbres y del arte. Despreciado, no fué él jamás, como piensa el vulgo; al contrario,

tenido en honor excepcional de los grandes y el pueblo, como eran los cantores en aquel tiempo y como lo fueron más tarde los trovadores de Provenza, lo cual eleva los ánimos gentiles y les enciende para el canto. Todavía el mejor argumento que pudiera escogerse para la poesía fué elegido por él, o sea una guerra de los pueblos griegos contra un poderoso reino del Asia. Ocasión de la guerra era el vengar el honor de la patria común.

*(Carta a José Santarelli. Dresde, 12 enero 1747.)*

**DEMASIADO** grande paradoja os parece la de poner entre las ventajas de Homero aquella de ser él nacido en tiempo que la Grecia estaba no del todo limpia de barbarie ni reducido a perfección su gobierno. Las artes reciben aumento con el aumento de las sociedades civiles, decís vos; ¿y por qué no también la poesía? Convendría, sin embargo, decir que Homero no sería aquel gran poeta que es si hubiese venido a ver la luz en los tiempos de Pericles, de Fidias, de Protógenes, de Demóstenes, de Platón, aunque esto os parezca un poco difícil de creer. Así parece a primera vista; pero quien mira más adentro yo creo que lo ve de otra manera. En

verdad, una empresa hecha por un Estado ordenadísimo, con un ejército bien disciplinado, no ofrecerá realmente gran materia a la poesía. El vigor de las leyes en la comunidad y la disciplina en el ejército regularán las pasiones de los hombres, de manera que todos servirán a un solo e idéntico fin, o sea el bien público. ¿Os figuráis que en un ejército mandado a Troya en tiempos de Temístocles se hubiera podido encender la ira de Aquiles? Aquello que en semejantes empresas haya de irregular podrá servir a las reflexiones de un Tucídides más bien que al estro de un Homero. Las cosas ordenadísimas son frías en poesía y en pintura. ¿Qué pintor querría pintar un regimiento prusiano o el sitio de Versalles? Está bien, me replicaréis. Pero Homero, aunque hubiera nacido en el tiempo de Pericles, ¿no podía cantar las cosas sucedidas en el tiempo de Agamenón? Sí que podía. Y bien que cantó Virgilio bajo Augusto la destrucción de Troya y los hechos de Eneas. Pero una cosa es ver con los propios ojos los efectos de las gallardas pasiones en tiempo en que toda la tierra está en armas y el arte del pirata en el mar, y otra cosa es ver los mismos efectos con la mente desde tiempos de naturaleza quieta y tranquila. Y de ahí viene verdaderamente aquel fuego poético de Homero, que todo él resplan-

dece, ilumina, arde verdaderamente y ya no es tan vivo en Virgilio. Y ¿no os parece que aquellos griegos de Virgilio tengan un no sé qué de más magnífico que los de Homero, aunque sean los mismos? Sienten la grandeza romana. ¿Y no os maravilla el pensar que hasta las mismas selvas de Virgilio debían ser dignas de un pro-cónsul? Y Plinio el joven, que se las daba de Marco Tullio, ¿no es un maestro de esgrima y el otro un legionario de verdad? Tanto servidumbre y libertad, van modificando, más que otra cosa, las obras del ingenio.

*(Carta a José Santarelli. Dresde, 11 febrero 1747.)*

## *Los viajes*

### CARTAS DE RUSIA

#### *La flota negra.*

LO más memorable que hasta entonces nos aconteciese fué encontrarnos casi en la mitad de una flota de carboneros que hacían vela a Newcastle.

¡Qué extraña cosa es una flota de tal especie! Las naves son completamente negras, negros los marineros, negras las velas, negro todo cuanto allí se ve. Se diría que es la flota de Satanás. Pero el hecho es que estos navíos carboneros, que llegan, según oí decir, a cuatrocientos, no son de menor importancia que aquellos de la pesca del bacalao en el banco de Terranova. Contienen el seminario de la marinería inglesa; y con sabia resolución fué votado por el Parlamento que el carbón de las minas de Newcastle no fuera transportado por vía de tierra. Por la cantidad y la mole de tales navíos, presto se comprende el gran consumo que se hace de su mercancía en las partes meridionales del reino, y cómo, principalmente por la ayuda de una tasa puesta sobre el carbón, se pudo en el espacio de sólo treinta años edificar San Pablo de Londres, que costó poco menos de un millón de esterlinas.

*(Carta a Mylord Hervey. Helsingor, 10 junio 1739.)*

*Tempestad.*

**EN** medio de tales reflexiones cambió la escena, como era obligado. Quien sale al mar, espere mal



tiempo. Yo no me pondré a hacerle la descripción de una borrasca que nos zarandea por espacio continuo de seis días. La podrá ver en Homero o en Virgilio, y crea de veras, mylord, que no faltó el *terque quaterque beati* para los que estaban en tierra. Ni faltó el *que diable allait-il faire dans cette maudite galère?*, cuando yo me veía, ora encima, ora al fondo de una gran sábana de agua; cuando yo veía el Océano transformado, hasta donde alcanzaba la vista, en nueve o diez vastísimas montañas, bien diferentes de las colinitas, llamémoslas así, de nuestro Mediterráneo.

(*Carta a Mylord Hervey. Helsingor, 10 junio 1739.*)

### *Aurora boreal.*

PODRÉ decirle, por ejemplo, que el veintitrés del mes pasado, hacia la media noche, apareció una aurora boreal, a manera de arco, cuya cima miraba al Oeste, viniendo, según yo calculo, a ser cortada por el azimuth de la declinación de la brújula, que cae unos diez o doce grados al Oeste. Esto concuerda con lo que yo oí ya en Greenwich al viejo

Eudoxio y a Halley, que con los polos de aquel su ovillo terrestre va encontrando relaciones así de la dirección del imán como de la exhalación de aquel vapor que forma las auroras boreales.

*Ojo de carnero.*

UN día de calma hizo el señor King, con gran destreza, la anatomía del ojo de un carnero, el cual fué después asado con igual maestría por nuestro Marcialó. Nos mostró la coroides, que era verde, y verde igualmente nos dijo que era esta túnica en todos los animales que pacen. ¿Será quizá, mylord, que la naturaleza haya formado en estos animales aquella túnica, apta solamente a reflejar los rayos verdes para que la yerba hiciese mayor impresión sobre sus ojos y hubiese como una especie de atracción entre ellos y la cosa con que se nutren y crecen? ¿O bien será que aquella túnica, por el continuo reflejar los rayos verdes, se vuelva apta únicamente para reflejar aquellos rayos y no otros? Conocemos la fuerza que hace la costumbre aun sobre lo orgánico y lo físico. Su antecesor Demóstenes, ¿no se hizo hábil a fuerza de ejercicio para pronun-

ciar netamente la R, para la cual era inhábil por naturaleza? Y quien se pusiera a pronunciar una sola palabra, quizás se volvería mudo para las demás.

### *Ilusión óptica.*

OTRA observación bastante curiosa me fué hecha estos días pasados sobre la óptica, y en ella se demuestra que de los engaños de nuestros sentidos vienen a regularse de ordinario los juicios de la mente. De dos objetos muy lejanos, el más iluminado se juzga, como usted sabe bien, el menos lejano. Dos velas iban en bordadas, una contra otra, a grandísima distancia de nosotros. Sobre una lucía el sol y sobre la otra no. La iluminada por el sol parecía la más próxima a nosotros. Pero, cuando fueron las dos en la misma línea con el ojo, desapareció la iluminada, cubierta por la otra, y aquella que, según las reglas, yo juzgaba más próxima, estaba quizás una media legua o tres cuartos más alejada de nosotros.

### *La isla de Urania.*

EL día diez, según le escribí ya, mylord, zarpamos de Helsingor, en compañía de cuarenta o cincuenta velas, que muy pronto dejamos a popa. Una hora después dejamos al Este la isla de Huen, o sea Uranibourg, antigua residencia de Ticho-Brahe. Usted sabe, mylord, la peregrinación que hizo hasta aquí Picart, y cómo en esta isla celeste no quedan más que dos cabañas medio deshechas y casi ningún vestigio de aquel observatorio suyo, cuyos trabajos, aunque hechos con anterioridad al anteojo, quedan siempre como una época de la astronomía. De gran importancia es la situación de aquella isla, en la embocadura del Sund, donde está a caballo. Más parece hecha para tener un fuerte de artillería que un observatorio con astrolabios; tanto más que, aunque surja atrevidamente del mar, el horizonte en torno no es tan libre como podría desear un astrónomo ni como se debería esperar de una isla.

### *Cronembourg y Helsenberg.*

LAS costas de Suecia son bastante salvajes; domésticas, por el contrario, y amenas, son las de Dina-

marca, o sea del Zeeland; y si tales hubieran sido otras veces, no las habrían abandonado los teutones para buscar nuevas moradas y dar tanta guerra a nuestros mares. La pura verdad es que en el día de hoy podrían casi rivalizar con las campiñas de Inglaterra. Lindos bosquecillos, dulces y pequeñas colinas, prados que descenden al mar, un verde esmeraldino. Surge pintorescamente sobre la playa el magnífico Castillo de Croneburg, cubierto de cobre, que en medio de su ciudadela señorea el Sund y mira como de alto en bajo a la pobre Helsenberg, que de la orilla opuesta rinde ella también saludo a los navíos que entrando por el Sund saludan el Dardanelo danés. ¡Pobre de verdad Helsenberg! Pero de una cosa puede ella gloriarse, y es haber visto de sus torres a los veteranos de Dinamarca deshechos por los aldeanos de Suecia, al mando de Steinbock, en los días de Carlos XII.

(*A Mylord Hervey*, vicechambelán de Inglaterra. Helsingor, 10 junio 1739.)

### *El té de Revel.*

NO poca sorpresa me ha dado también una especie de té, que he bebido, con flores todavía en los

tallos y de una fragancia suavísima, *of delicious flavour*; tanto más que no me parecía cosa de esta tierra, apenas libre de las nieves y donde, aunque ya bien mediado junio, apenas empiezan los árboles a sentir la savia. Este té viene a San Petersburgo por tierra con la caravana de la China. Dicen que precisamente por esto se conserva tan fresco. Siendo planta delicadísima, el olor de la sentina de la nave le corrompe un poco, como pasa con el tabaco de España, que se echa a perder fácilmente por cualquier olor que se le avecine. Le mando, mylord, una muestra como a *dilettantissimo* y casi profesor de té. Y vuelvo a embarcar sobre el esquife para volver a subir a la nave y proseguir nuestro camino.

(*A Mylord Hervey*, vicechambelán de Inglaterra. Revel, 17 junio 1739.)

### *España y Rusia.*

ESPAÑA y Rusia son quizás los dos países mejor situados para hacerse señores del mundo: la una, a caballo del Océano y del Mediterráneo, naturalmente soberana del Estrecho y con las espaldas guardadas por los Pirineos; con las mismas ventajas,

en el mundo moderno, que tuvo en el antiguo Italia; Rusia, a caballo de Asia y Europa, inaccesible por diversos lados, y que en otros tiene por fortalezas la debilidad de los vecinos, por lo cual fácilmente se puede dilatar hacia aquella parte, donde el hacerlo le traería mayores ventajas. Pero ¿qué puede hacer la una con seis o siete millones de habitantes? Y la otra tampoco puede emprender grandes cosas, pues no llega a tener la población de Francia, cuando en tamaño la supera veinte veces.

### *Las galeras del Zar.*

**TIENE** [el Zar] galeras pequeñas que llevan cerca de ciento treinta hombres y grandes que llevan muchos más. Van armadas de dos piezas de artillería a proa, del cañón de corsía y de falconetes en las bandas. El Zar una vez dió a cada una el nombre de un pez ruso. Ahora están numeradas, como las legiones antiguas. Llegan al número de ciento treinta, y deben ser bastantes más. Con ellas se transporta un ejército de treinta mil hombres, que es verdaderamente un placer. Lo que entre los sol-

dados romanos era el nadar, es entre los rusos el remar. Todos los infantes aprenden igualmente a manejar el remo y el fusil, y así, sin tanto tráfico marítimo, sin *embargo*, se ha encontrado bonitamente la chusma para las galeras. Fondean cada noche: te hacen un desembarco donde menos te piensas, tiran las galeras a tierra, las ponen en cerco con los espolones y las artillerías hacia el territorio enemigo, y hete aquí un campo atrincherado, a cuya guardia quedan cuatro o seis batallones, mientras el resto de la gente va a saquear y correr el país. Dado el golpe, se hacen a la mar y van en seguida a desembarcar en otro sitio. Estos navíos han llegado a transportarlos de unas aguas a otras a través de una lengua de tierra, como hicieron alguna vez sus antepasados y como hizo Mahomet II con su flota en el asedio de Constantinopla. Bien saben los suecos hasta qué punto son terribles para sus enemigos las galeras de Rusia. Les han visto devastar las para ellos riquísimas minas de Norkoping, la costa entera de la Gotlandia y de la Sudermania; les han visto aun frente a Estocolmo. Nárrase a este propósito un caso bastante extraño, que en las historias griegas o romanas habría hecho un gran papel entre los milagros y los augurios de que están llenas. Aconteció, no sé



qué año, que las aguas del Neva, por una extraordinaria crecida, entraron en un vivero de *sterlett* que no estaba lejos del río. Los *sterlett* son peces de una carne mórbida y de un sabor archiexquisito, que sólo se cogen en las aguas de los ríos meridionales de Rusia. Salidos de su prisión, fueron vagando por el mar y fueron hallados en Naxholm y entre otras islas cerca de Estocolmo. No se dejó de tomarles como anuncio del cielo de que los rusos habrían de venir hacia aquellas partes. Y los rusos vinieron, en efecto, sin tardar mucho.

(*A Mylord Hervey*, vicechambelán de Inglaterra. Cronostat, 21 junio 1739.)

### *El roble de Kazan.*

¿DE qué país cree usted que sea la madera con que se fabrican las galeras de San Petersburgo? De un roble que está, al menos, dos veranos en viaje antes de llegar. Viene en tablones aserrados y hermosos del reino de Kazan y remonta un trozo del Volga; luego, el Tuertza; de allí, por medio de un canal, pasa al Suá, al Mesta, y por el Volcova cae en un canal a lo largo del lago Ladoga, de donde

desciende, finalmente, por el Neva a San Petersburgo. Hay aquí en Cronostat una falúa fabricada en Kazan y venida de allí hasta aquí por aquellos mismos ríos que le decía, los cuales unen el mar Caspio con el Báltico, y son otro cantar diferente del canal de Languedoc.

### *La caravana de la China.*

DE todos los pueblos de Europa solamente los rusos trafican por tierra con China, y solamente de los rusos toman los chinos mercancías. No exigen dinero en metálico como precio de sus productos. Y las mercancías que toman son pieles, de las cuales tienen necesidad en las partes septentrionales de aquel Imperio, que del Trópico estivo se extiende más allá de los cincuenta grados de latitud. Este comercio asciende a cerca de setenta mil rublos al año, y la ganancia es para alfileres, por decirlo así, de la emperatriz. Entre el ir de San Petersburgo a Pekín, el estar, el hacer los negocios y el volver, emplea la caravana tres años. Pasa por Tobolsk, capital de Siberia, donde se hace escala; después tira hacia abajo por el país de los Tongusos, pasado

Irtusk; atraviesa el lago Baikal y el desierto que va hasta la gran muralla de la China. En el desierto le sale a recibir un mandarín chino, a la cabeza de unos cuantos cientos de soldados, que la escoltan hasta Pekín, según nos ha contado un cierto barón Lang, que ha sido siete u ocho veces el conductor, y que en galardón ha sido elegido ahora vicegobernador de Irtusk, lo cual quiere decir una provincia bastante más vasta que Francia, pero que no tiene tantas almas como la más pequeña parroquia de París. Una vez que han llegado los mercaderes rusos a Pekín, no tienen ya libertad de ir y venir para dedicarse a sus quehaceres, porque el gobierno les encierra en un *caravanserail*, y les tiene con guardias de vista, poco más o menos como los holandeses en el Japón. Y cuando los chinos creen que sea tiempo, les llevan su té, un poco de oro, sedas crudas, viejas estofas, pagodas de la más vil porcelana; la mayor parte, deshechos, y casi inmundicias de sus bazares, y les mandan con Dios.

*Suntuosidad.*

**P**OMPOSISIMAS hácense aquí las galas: se ingenian en Lyon por hacer entrar a onzas el oro y la

plata en las estofas que fabrican para Rusia. No se sabe bien si semejante lujo sea efecto del gobierno femeníl, que ama naturalmente las galas, o bien del gobierno forastero, que por ese camino empobrece a los aldeanos. El hecho es que comenzó en los tiempos de Catalina, creció bajo la minoría de Pedro II y ahora ha llegado a su apogeo con el gobierno presente. Muy de otra manera andaban las cosas en tiempos del Zar, que de Holanda, con las manufacturas y las artes, trajo también la frugalidad. Y donde ahora se ven obligados los Boyardos a gastar gran parte de lo suyo en bordados y franjas, se hacía otras veces, por orden del soberano, construir una nave.

### *Marcha a Crimea.*

EL ejército marchaba formado en uno o más cuadros, con el bagaje y los víveres en el centro. No se veía en torno sino hierba y cielo y los tártaros que venían en diversos grupos a atacar al ejército acá y allá. Se desbandaban rechazados a un flanco, y he aquí que en seguida se aparecían por el otro, y aun alguna vez envolvían todo el ejército: tanta era su muchedumbre. Se oponían a ellos cosacos

y dragones, que en diversas patrullas marchaban a las puntas del cuadro, y en toda ocasión se veían sostenidos por la infantería, que iba, en parte, armada de picas y llevaba caballos de frisia, los cuales, plantados en tierra, servían como de atrincheramiento. Pero de ordinario los tártaros se dispersaban con algún disparo de la artillería, que era en el ejército numerosa. Sucedió alguna vez que el enemigo, si los rusos tenían viento de cara, pegaba fuego a las hierbas, que en aquellos desiertos crecen altísimas. Entonces no había reparo posible sino cavando fosos y alzando la tierra para poner dique al incendio que corría el campo, victorioso.

### *Puertos del mar Caspio.*

**P**OR lo demás, de puertos, el mar Caspio no anda muy regalado. En la playa septentrional no tiene ninguno si se le quita Astracán, que está en el Volga. La oriental está casi toda defendida por escollos para que no se acerque nadie. Parece almenada de rocas. Allí hay un seno que llaman la bahía de Alejandro, cuyo nombre en Oriente es,

en boca del pueblo, lo que en Francia el de Julio César. Allí todavía encontramos el seno de Balchan, guarida de piratas turcómanos. Astrabad, en la punta de la playa de mediodía, ofrece una especie de puerto en las bocas del río Korgan. En Alemmarood y en Farabad, en el Mazanderan, pueden fondear naves. Langarod y Enzellee están en el Ghilan y son radas pasables. Baku, en el Shirvan, situado sobre la playa occidental, de donde toman los turcos el nombre de este mar, es el puerto más seguro, por no decir el único, del Caspio: defendido de todos los vientos, reparado por la naturaleza contra los maretones, *alquora tuta silent*. Casi uno diría:

*... hic non fessas vincula naves*

*Ulla tenent: unco non alligat anchora morso.*

Floreecía aquí en otro tiempo un gran tráfico de seda cruda del Ghilan, y aquí se carga sal de roca, azufre y azafrán, por lo que es famosa Baku. Niezabad tiene bastante buen embarcadero. Derbent, puerta de hierro o la puerta caspia, que toca las montañas del Dagistán, se dice fundada por Alejandro, e hizo triunfar un día al Zar, que la tomó. Hecha por Nadir puerto franco, no es hoy sino

*statio malefida carinis.* El resto de la playa de Derbent a Astracán, bajo en su mayor parte y pantanoso, está cubierto la mitad del año por un aire pesado y nebuloso.

### *Niveles del Caspio.*

UNA comprobación bellísima de la verdad de aquello que usted observó en nuestro mar es lo que se observa, según le decía, en el Caspio. También aquel recipiente de agua, vastísimo por la cantidad de los ríos que recoge y que traen consigo gran cantidad de fango y arena que se deposita en el fondo, crece de nivel. Observóse que en tal lugar, vecino a Astracán, donde en el año 1722 había solamente seis pies de agua, se encontraba el doble treinta años después. En la orilla persa las observaciones concuerdan con las rusas. En Langarood el mar ha ganado tanto de principios de siglo acá, que bastantes casuchas, puestas antes en la misma orilla, ahora están casi cubiertas por el agua. La bahía de Astrabad, que antes se vadeaba, tiene ahora tres varas de fondo. Lo mismo se observa en un estrecho entre Deverish y Raphtonia, en el golfo de Balchan, y en Derbent, un malecón, donde se descargaban no

hace demasiados años las mercancías, ahora está bajo el agua.

*(Carta al Marqués Scipion Maffei. Postdam, 19 febrero 1751.)*

### *Niveles del Báltico.*

**P**ERO, ¿qué dirá usted, señor marqués, si en medio a tanta luz de observaciones salta, donde menos se piensa, quien afirma positivamente lo contrario? Y no digo yo ya de aquellos que, como Maillet, sacan un argumento sobre la baja del nivel del mar, de la retirada que hacen las aguas en algunos lugares. Estos quedan bastante refutados con el hecho de Ravena, donde gracias a nivelaciones exactísimas sabemos que del tiempo del emperador Teodosio acá el mar se ha levantado bastantes pies; y eso, no obstante, se ha retirado a ojos vistas, que donde Ravena fué un puerto seguro de la Armada romana nos encontramos hoy con que se halla a dos o tres millas lejos del mar. El movimiento litoral que lleva las arenas de los ríos de la Romaña hacia la embocadura del Adriático es la causa más principal de aquel gran relleno que se ha ido formando



entre el mar y Ravena. Es poco más o menos lo mismo que se suele decir del bajo Egipto o Delta, formada por los aluviones del Nilo. De semejantes cosas, según le decía, no le hablo. Entiendo hablar de un matemático sueco que pretende saber, por observaciones exactísimas, que el nivel de las aguas del Báltico, y a la vez del agua de aquel seno de Océano que baña el poniente de Suecia, vaya bajando de continuo. Y tal descenso es no ya en razón de medio pie en trescientos cuarenta y ocho años, que es el decrecimiento de Manfredi, o de un pie por siglo, que es aquel de Hartsoeker, sino en razón de una pulgada al año, que sería más de ocho pies en cien años. Según puede usted ver, no pasará gran tiempo sin que el Báltico, que es mar de poco fondo, se quede en seco, y de Stralsund a Estocolmo correrán las postas. Las observaciones en que se funda esta nueva aseveración son nombres de estrecho, de isla y semejantes, o gruesos anillos de hierro y áncoras que se hallan tierra adentro; fondos de agua más bajos de lo que eran antes; bonificaciones diversas hechas en las marinas. Pero las más decisivas son los escollos que en la memoria de los viejos del país estaban entonces a flor de agua, y ahora han levantado la cabeza y, con bastantes pies sobre las ondas, señorean el mar.

## «*Newtonisme pour dames*»

### *Propósito.*

**HACE** largo tiempo había pretendido en mis Diálogos ir por caminos de flores, donde los geómetras no van sino por senderos de espinas, y aun explicar Newton a ese sexo que prefiere sentir a conocer.

### *Escenario.*

**SOBRE** la falda de una graciosa montañuela, que entre Bardolino y Garda surge a las orillas del Bénéaco, está situado Mirabello, lugar de delicias de la marquesa de F<sup>\*\*\*</sup>, y donde ella acostumbra a pasar todos los años una buena parte del estío. Por un lado mira al hermoso llano que riega el Mincio, y por el otro, los Alpes altísimos y los collados de Saló, regalados de fresca y olorosa verdura; y a los pies tiene el lago, en donde se espeja, esparcido acá y allá, de navíos y de amables isletas. Me encontraba yo aquí el pasado estío a veranear con la

marquesa, cuyo aspecto corresponde bien a tal amenidad del lugar, y es aquí donde me ocurrió venir a razonar con ella de filosofía. Me redujo a esto la agudeza de su ingenio, tanto como la de su curiosidad, la cual, según adonde va el discurso, se despierta con media palabra y no se satisface tan de ligero. Más anhelosa de saber que voluntariosa de hablar, no menos sabe ella hacer lindas preguntas que escuchar las respuestas; y tales son, por lo demás, las maneras con que suele acompañar y sazonar sus antojos, que cuanto ella desea tanto solamente pueden desear los demás...

*Descartes y el amor.*

—¿SE habrá de creer —añadió la marquesa— que de una cosa tan chiquita concedida a Descartes hayan de seguirse tantas maravillas?

—Madama —le repuse—. ¿No sabéis que por un tanto así que se conceda a los filósofos ellos proceden en seguida como los amantes, y poco a poco llevan a las personas donde ellas no se figuraban llegar nunca?

—Yo —dijo la marquesa— entiendo tan poco de amor como de filosofía.

## *La cámara oscura.*

**P**ARA gozar de ella hace falta estar un hermoso día de sol en una estancia bien a oscuras, salvo un agujero pequeño sobre el que se ajusta una lente. Cada punto de los objetos de fuera, que están delante del resquicio abierto, manda rayos, los cuales, hallando allí la lente que les aguarda, vienen reunidos por ella dentro de la estancia en otros tantos puntos, que ocupan, respectivamente, entre sí, la misma situación y el mismo orden que los puntos de los objetos de donde parten. Vienen así, cual puntas de pinceles, a pintar sobre una hoja de papel, que tras de la lente se pone, la imagen de aquellos mismos objetos. Y de veras os digo, madama, que de tal precisión y de tal suerte es aquella pintura, que un paisaje de Marchetto Ricci o una vista del Canaletto mal podrían rivalizar con ella. Maravillosa es la degradación de los tonos, armonioso cuanto se pueda imaginar el colorido, exactísimo el dibujo. No sólo están llenas de animación todas las cosas, sino que se mueven verdaderamente. Allí veréis andar a personas, tremedar las hojas de los árboles, ir a la vela una chalupa y batir los remos en el agua. ¿Qué más? Sobre la onda que rompe el remo veréis el vario jugueteo y las centellas de la luz.

## *Espuma y pompas de jabón.*

UN blanco bellísimo, que es la suma de todos los colores, nos lo muestra la espuma que se alza en el agua batida con jabón. Quien la observa de cerca ve sus burbujas o esferillas casi en un hormigueo de varios colores; pero si uno se aleja un poco, aquellos colores variados vienen a confundirse en uno solo y aparece blanca en todas sus partes aquella multitud de burbujas.

A Newton se le ocurrió soplar con un tubito en aquella espuma para que se hiciera de tamaño algo considerable una de aquellas burbujas levantadas acá y allá. En seguida, posada ligeramente la burbuja, hecha ya bastante más pomposa de lo que era antes, la puso sobre un velador y la recubrió con una campana de vidrio para defenderla de aquella leve ondulación que hay siempre en el aire y que podía perturbar la experiencia. Hecho esto, observaba él que en un breve espacio de tiempo íbanse allí efundiendo varios colores, los cuales se extendían uno dentro del otro y en torno al polo de la pompa, a manera de otros tantos anillos. Pero según el velo líquido que formaba la esfera, se hacía por

instantes más sutil en la cima y más cargado abajo, por el continuo descender del agua, se veía ensancharse aquellos anillos poco a poco y venir ordenadamente ellos también abajo hasta que se desvanecían a la vista uno tras otro y el velo de la pompa se deshacía en el aire, convertido en una finísima pulverización.

### *Colores.*

NO hay cosa tan opaca que, reducida a láminas sutiles, no dé paso a la luz. Las piedras más duras y los mismos metales, reducidos en hojas, de impenetrables que antes eran a los lúcidos dardos del día, como aquel poeta llamaba a los rayos del sol, se vuelven permeables a ellos y transparentes. Y por eso, así como de la varia densidad o grosor de aquellas laminillas dependía la calidad de su color, de la misma causa debe proceder la variedad de color en los cuerpos mismos. Generalmente hablando, convendrá decir que las partículas de los lienzos azules son menos densas o más sutiles que las que hay en los lienzos bermejos; del mismo modo que este bello tinte de zafiro que viste ahora el cielo, y es a nuestros ojos tan dulce, nos viene reflejado por los

más delicados vapores que de la tierra se elevan a los aires, como de los más pesados vapores viene reflejado aquel tono rojizo de que en el horizonte se tiñe el cielo al acabar el día. Y aquellas blancas nubes — observó la marquesa — que se ven allá lejos, habrá que decir que son un conjunto de vapores de densidad varia, cada uno de los cuales refleja algún particular color; y desde aquí aparece blanco el total que forman todos ellos, como en aquella espuma el hormigueo de varios colores, al ser visto de lejos, blanco del todo aparecía.

### *Las ballenas del éter.*

SEGUN os decía, madama, a tan poco tiempo se remonta la verdadera historia de los cometas, que sería difícil fundar, sobre ellos, justas predicciones. No han pasado aún ciento cincuenta años desde que Juan Keplero, astrónomo por lo demás clarísimo, sostenía que eran las ballenas y monstruos del éter, y por causa de una facultad animal venían a engendrarse — decía él — de las heces del cielo. Aquellos mismos que, según la sentencia de alguna antigua escuela, las creían cuerpos durables, y no por

el contrario meteoros o efímeros, ignoraban del todo el orden de sus movimientos y se figuraban que eran en mucho mayor número de lo que en realidad ellos son, así como en la Opera cuatro docenas de comparsas que salen, entran y vuelven a la escena, son creídas por los niños un gran ejército. Ticho-Brahe, al final del siglo xvi, fué el primero que los observó con exactitud y mostró que se les debía verdaderamente rehabilitar como cuerpos celestes y tenerles en un registro exacto. Y solamente desde Newton acá vienen siendo conocidas las leyes a las cuales ellos también obedecen. Pero al considerar lo largo de sus órbitas, algunas de las cuales superan con mucho la edad del hombre, no se encontrarán su período y su número sino con el andar de los siglos, y las marquesas que vendrán de aquí a dos mil años podrán saber, madama, un poco más precisamente que vos, aquello que se pueda esperar o temer de los varios cometas. De todas maneras, nosotros habremos hecho no floja ganancia asegurándonos que, después de todo, no son siempre de mal agüero. Y si pueden inundarnos de agua o hacernos arder como estopas, nos pueden también regalar alguna nueva luna o quizá también un lindo anillo. Ciertamente, observó la marquesa, se debe agradecer a Maupertuis



esa nueva esperanza con que tan cortésmente nos ha favorecido. Nuestra vida está más en el porvenir que en el presente y se nutre más de imaginaciones que de realidad; por eso, de aquel que sin ofender en nada a la razón, pone más en juego la fantasía, conviene decir que no poco merece de los hombres.

### *Optica para ciegos.*

SIN mendigar ejemplos del pasado, he ahí pocos años hace en Inglaterra, el prodigio de Sanderson, que por culpa de la viruela, privado en absoluto de la vista desde la niñez, no se acordaba ya de haber visto nunca la luz, así que podía reputarse como ciego de nacimiento. Este, no teniendo de los rayos mayor idea sino la de que eran hacesillos de líneas rectas, heterogéneas, divergentes de cada punto del cuerpo luminoso, y que abatiéndose sobre otros cuerpos producen los reflejos, refracciones y difracciones con estas y las otras leyes, razonaba profundamente de óptica y la explicaba en cátedra como segundo Newton, a quien había sucedido en el aula de Cambridge. Contra la opinión de los mejores videntes que conocemos, daba él una solución al fa-

moso problema de óptica propuesto por Molineux y que refiere Locke en su libro. Se pregunta, según recordaréis, si un ciego nato, el cual adquiriese de repente la vista, podría distinguir, mediante la sola vista, una esfera de un cubo. Molineux—y Locke también según él da a entender—estaba por la negativa, fundándose en la razón de que el ciego no puede saber qué cosa sea claro ni oscuro y tampoco puede saber qué claro ni qué oscuro corresponda a la figura tal o cual; de donde deducían que sin la intervención del tacto no podría afirmar qué cosa era angular y cuál redonda. Contra esto, Sanderson afirmó que el ciego habría podido distinguir admirablemente la esfera del cubo, y no os disgustará saber cuál fuese su razonamiento, que yo, con otras parecidas anécdotas, he oído al Sr. Folkes, gentilhombre de rara doctrina, y que fué, por cierto, mi guía para entrar en aquella sociedad, donde él era presidente dignísimo. Convengo que no sé, decía el agudo ciego, qué impresión haga una esfera sobre el sentido de la vista ni cuál haga un cubo; como tampoco sé qué cosa sea sombra ni luz. Pero una cosa sé muy bien, y es que la una es lo contrario de la otra. Y por eso, de aquella manera que el silencio es contrario al sonido, así las apariencias de la luz y la sombra, sean cuales sean, serán totalmente diver-

sas y contrarias entre sí. Ahora yo diré de este modo: Haz que sean puestos al sol tanto la esfera como el cubo, y haz que una y otro giren sobre sí mismos dando unas cuantas vueltas. Es cierto que aquellas partes, tanto de la esfera como del cubo, que miren al sol, serán iluminadas, y serán oscuras aquellas de la parte opuesta al sol. Es cierto también que en cualquier sentido que se vuelva la esfera, ella se presenta al sol de un modo. Y no así el cubo, que ora presenta una cara, ora una punta. En consecuencia, de aquel cuerpo que conserve apariencias invariables de clarooscuro, sean cuales sean, diré resueltamente: *Eso es la esfera*. Y diré viceversa de aquel que vea variando: *Eso es el cubo*.

### *El astrónomo enamorado.*

**CIERTAMENTE**, no poca salud se necesita para afrontar, como vos habéis hecho, la obra del Calendario *siccis oculis*. Ahora, pues, *no dejes tus magnánimas empresas*, que yo espero veros un día en algún bajorrelieve con el globo delante, como el Padre Clavio en el monumento de Gregorio XIII, y veros señalado por los cicerones de Roma, los cua-

les sabe Dios qué lindas cosas dirán en honor vuestro. Cierto es que tan bellas esperanzas se deben llevar tras de sí buena parte de vos; pero, en fin, no tanta que no os quede ni el más mínimo estímulo para visitar a las finas personas, como la marquesa y la marquesita son, las cuales, si no huelen a Calendario, huelen con todo a alguna cosa que ha debido placeros igualmente que el Calendario y que habíais comenzado a saborear un poco en Florencia con la señora Catalina. Pero mirad cuántas formalidades se requerían para que vos tomarais gusto a la conversación de una mujer y llegais al gran atrevimiento de besarle la mano. Hacía falta que ella se deleitase con la astronomía, recordase de vez en cuando a Géminis y Cáncer, citase el ecuador y Tolomeo y además habitase una torre a propósito para observar el eclipse de los satélites. Estos eran los anillos que unían el Calendario y la galantería; y ahora, que de estas damas astronómicas no se encuentran más, os habéis abandonado por completo en los brazos del Calendario, esperando quizás que bajen del cielo Casiopea o Andrómeda para decirles cosas dulces. Yo no espero ya tales diosas y me dignaría a aceptar una mujer terrestre, ignorante, tonta de capirote y, en suma, toda una mujer: y no la encuentro ni siquie-

ra así. Mirad en qué grado de miseria me veo y qué duro noviciado me conviene empezar en Roma. Entretanto, para no pensar en las miserias mías y no hacer paralelos y combinaciones que me causarían enojo, me las voy arreglando casi todo el tiempo con estatuas y arquitecturas o con libros pertenecientes a la antigüedad e historias romanas, y os juro que mi tiempo lo paso tan cumplidamente como vos con vuestro Calendario.

*(Carta a Eustaquio Zanotti. Roma, 16 marzo 1754.)*

## *El Congreso de Citeres*

*Toaletas.*

**MILADY** Gravely traía un vestido de moaré de un hermoso blanco de nieve, con las mangas anchas y cortas, el busto muy ceñido, un finísimo delantal de encaje y una cofia piramidal en la cabeza. Le acompañaba un joven hermano suyo, que durante el camino había andado siempre por su lado para

leer el *Tacido*, de Gordon, y el *Viaje por Grecia*, de Spon; y a toda costa hubiera querido, antes de fondear en Citeres, visitar el promontorio de Azio y las minas de Nicópolis.

**MADAMA** de Jasy tenía tanto bermellón en el rostro, que los habitantes de Citeres se la mostraban uno a otro como cosa nueva, y de agua de lavanda y otros gratos aromas toda olía. El recogido guardainfante, de una seda pajiza, que graciosamente bordaban florecillas de plata, y la corta basquiña, no impedían que se viera parte de la mejor torneada pierna que se haya visto en Francia de Gabriela acá. A su lado iban tres o cuatro petimetres. Ella posaba la mano sobre el brazo de uno, sonreía al otro, hacía seña a aquel; y ellos iban trenzando sus pasos de lindos saltitos. Y según venían, descubriendo las bellezas de aquella isla, sacaban en seguida a colación Bagnolet y Marly, y encontraban que los habitantes de Citeres eran forasteros en Citeres.

**EL** guardainfante de madona Beatriz era al menos dos cuartas más ancho que el de madama de Jasy. Su cofia, muy rizada, iba entretejida de un

gran lujo de cintas y los cabellos le caían en estudiados bucles medio cubiertos de gemas. Bajo el peso de tantos adornos ella sostenía su hermosura. Larga fila de chichisbeos le daba cortejo: unos delante, otros detrás y todos comidos de envidia por aquel preferido para el honor de darla el brazo. Entre éstos se veía andar, contoneándose sobre la cintura, a un perfumado septuagenario con una leve malaca de Indias en una mano y un par de guantes en la otra, que la dama, cortés, le había confiado en custodia.

### *Desaparición del amor.*

**CORRÍAN** los primeros años de esta nuestra edad cuando las comarcas más gentiles de Europa se hallaron privadas, durante algún tiempo, de la presencia del amor. No lo veían ya los mortales hacer nido dentro de unos bellos ojos y agotar desde allí su aljaba: los amantes suspiraban por mera rutina o por memoria de las antiguas llagas. Todo languidecía, como muchos deben hoy recordar, y diversos eran los juicios que hacían los hombres sobre la razón de tan raro acontecimiento. Unos imaginaban que el amor se había escondido, quién sabe

dónde, esperando tomarse alguna vez su risueña venganza; y otros que vencido del sueño, por la representación de algún drama o la solemnidad de una Academia, no hubiese despertado todavía. Quien lo suponía ocupado en perturbar consejos de reyes, quien en servir el tema para un madrigal o una bucólica. Y los más especulativos sostenían que se había retirado del mundo con alguna nueva Psiché y junto a ella se estaba embriagado por aquel néctar, del cual él solía escanciar alguna gota a los mortales.

¡Pero qué lejanos andan de la verdad los juicios del hombre, sobre todo cuando con mirada demasiado curiosa buscan de adivinar las cosas de los dioses! No ventolera de venganza, ni dulce sueño, ni reales palacios o rústicas cabañas, ni siquiera el amor le tenía escondido al dios del amor y alejado de nuestras comarcas. Una cuestión de Estado había revuelto los pensamientos y la mente del dios del placer, y le tenía quieto desde hacía semanas en la isla de Citeres, allá en medio al agua del mar, que rompe entre el Peloponeso y la abrupta costa de Creta. Desde hacía algún tiempo había surgido entre varias naciones de Europa una grave disputa, cuya resolución pertenecía solamente al amor y aparecía envuelta de no pocas dificultades. Las andaba ru-



miando el dios, solitario y metido en sí mismo; y casi una nube cargada le cubría la frente con que sabe serenar al mundo. No le vió tan preocupado aquella isla cuando ponderaba con su madre los principios del romano imperio, ni tan angustiado cuando vino a buscar el regazo de ella, herido por la fina serpiente alada de Anacreonte. Muchos y varios partidos barajaba el dios entre sí, dándose ora a éste, ora a aquél, y al fin rechazándolos todos una vez que los consideraba mejor. Decidió finalmente reunir su consejo, deliberar con él este negocio y oír sus opiniones antes de llegar a determinación ninguna, cosa que rarísimas veces, y sólo en casos muy extremos, acostumbra a hacer el amor.

### *Reaparición del amor.*

**REUNIDO** el Consejo, habló el amor con aquella gracia que va con todo cuanto dice y que mal pueden repetir lenguas mortales. Entre las varias partes del mundo decía él haber preferido siempre con razón a Europa. Habían venido del Asia falsos sistemas; del América, verdaderos azotes, y de ambas, la riqueza, ocasión de tanto desorden en los placeres amorosos. El Africa, nido antiguamente de gentile-

za, se mostraba hoy más bien habitada de fieras que de hombres; y Europa, feliz por el clima y el ingenio, había sido en todo tiempo patria del ánimo risueño no menos que de la virtud. En los siglos felices, cuando reposó bajo las alas del águila romana, uno solo era el cetro que la regía, una sola la lengua que aprendía, uno solo el culto de amor que practicaba. Los mismos ritos con que se sacrificaba al amor en el Capitolio, eran aquellos con que se sacrificaba en toda Grecia, en la fría Germania, en las Españas, en la última Tule. Pero hoy, en las varias naciones de Europa, vario es el estilo que se sigue en las prácticas del amor, ni más ni menos que en las hablas diversas, en los gobiernos, en las maneras de vivir. Tal pueblo hace de los sentimientos del corazón un casi puro objeto de la mente; aquel los quiere conformar a caprichos de las costumbres; aquel otro muestra confundir con los apetitos bestiales los impulsos más delicados de la voluptuosidad. Cada uno condena ásperamente las opiniones de los otros y sostiene la propia como la sola y única a seguirse; reprobados los extranjeros escritores, tiene los suyos como los solos clásicos del arte de amar y enmascara cada uno el hastío que siente hacia las otras, con el celo del verdadero culto que al amor es debido.

Tal nueva guerra le ha sido movida por aquella redicha y marisabidilla de la razón, que tantas veces vencida y ridiculizada por él, es desde antiguo su enemiga. Conociendo no poder disuadir a los hombres de amar, por mucho que haya predicado, que las leyes de amor son duras y oblicuas, que en el amor no hay sino mucho ajeno, cubierto de un poco de miel, deleites fugitivos e incesante enojo y todas las demás retahilas sempiternas; conociendo no poder destruir su reino, se ha propuesto turbar a toda costa su tranquilidad y poner en todo confusión y desorden. Esto lo ha conseguido, sin embargo, poniendo sobre el tapete cuestiones nuevas sobre cómo se deba amar y atizando entre las gentiles personas querellas y discordias continuas, bastante más ásperas de las que suele haber entre las escuelas de los filósofos y demás pedantes de su jurisdicción. Aunque el imperio del amor no temiese de ninguna humana fuerza así astucia, y aunque tuviese fundamentos y principios de muy otra seguridad que la propia de los mundanos imperios, manifestó el amor haber oído decir que las divisiones y sectas en los Estados eran siempre sumamente nocivas y el mantener unidad de pensamiento entre los súbditos la mayor virtud del principado.

